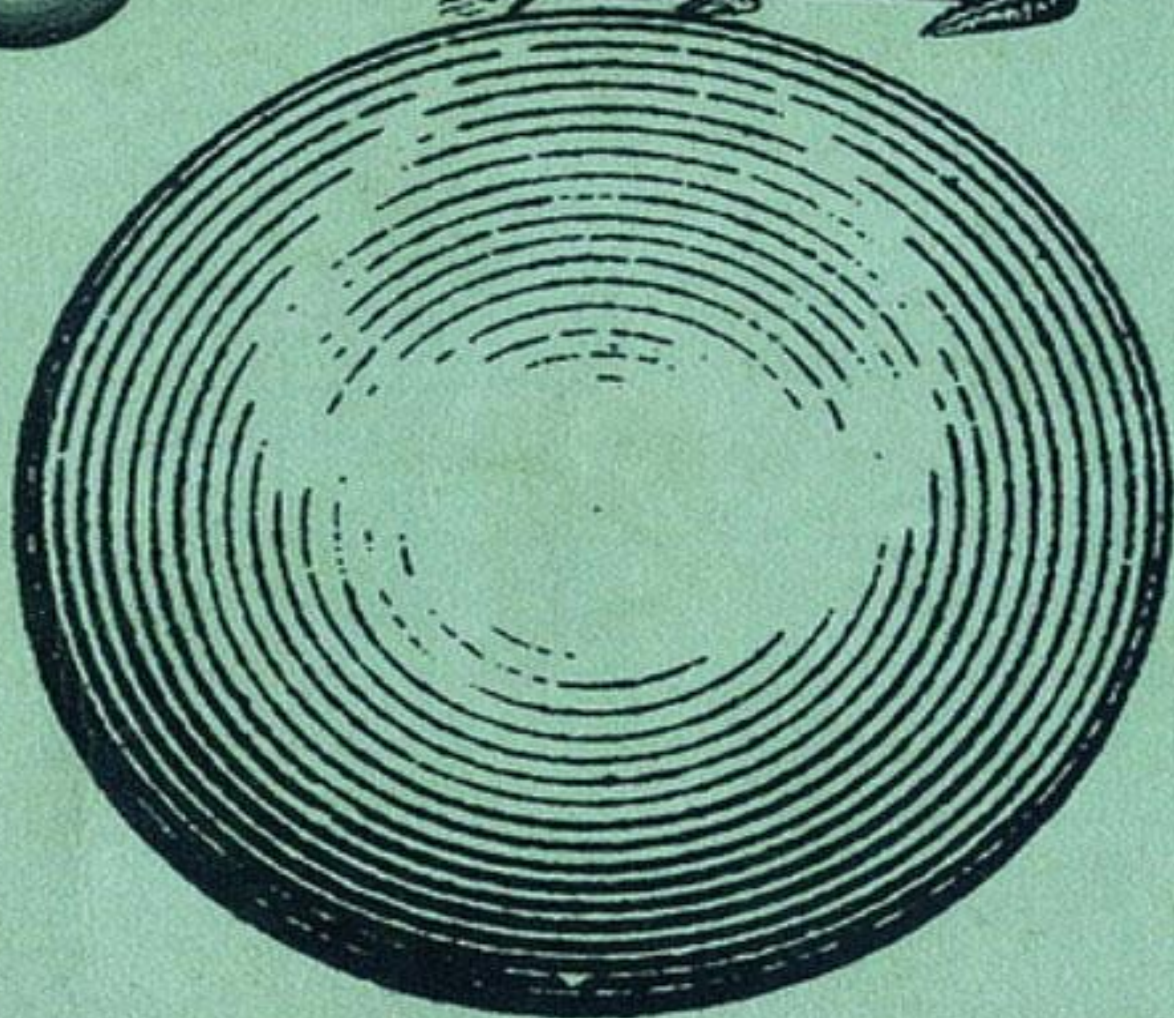
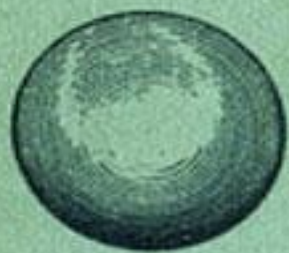


nebulae
ciencia ficción



Expedición
a la
TIERRA

ARTHUR C. CLARKE

Lectulandia

¿Qué pasará cuando lleguemos a la Luna? ¿Colonizaremos los otros planetas? ¿Encontraremos en ellos vestigios de vida? ¿Qué sucederá a nuestra propia raza cuando, tras un sinnúmero de años, por una evolución geológica irremediable, la Tierra se haya hecho inhabitable para el hombre? ¿En tiempos remotos hubo en la Tierra o en otros planetas, civilizaciones de las que no nos ha llegado noticia y fueron éstas más avanzadas que la nuestra? Todas estas preguntas y muchas más se las plantea Arthur Clarke en su privilegiada mente de científico y filósofo. ¿Qué harán los dos únicos ocupantes de una astronave que pierda casi todo su oxígeno, permitiendo sólo la subsistencia de uno de ellos? ¿Cómo harán los últimos hombres para salvaguardar los tesoros de las civilizaciones antiguas, cuando en la Tierra ya no sea posible la vida?

Lectulandia

Arthur C. Clarke

Expedición a la Tierra

ePUB v1.1

TabernaHormiga 14.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Expedition to Earth*

Arthur C. Clarke, 1953.

Traducción: Eduardo Salades

Editor original: TabernaHormiga (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

Prólogo

Que Arthur Clarke es hoy día uno de los que mejor cultivan el género de la novela científica lo saben ya los lectores de COLECCIÓN NEBULAE que han leído su novela *Las Arenas de Marte*, en cuyo prólogo puse de manifiesto los antecedentes científicos y literarios de este conocido autor inglés.

La obra que hoy tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores es una colección de novelitas cortas, la primera que ha escrito Arthur Clarke. Sin embargo, los que no gusten de tales colecciones y prefieran a ellas una obra larga de bien hilvanado trabazón, no deben por esto desdeñar este volumen pues todas las novelas cortas que lo componen responden a una idea única; el planteo de los problemas con que tendrá que enfrentarse el hombre cuando en un futuro, que cada vez parece más próximo, haya podido salir de su actual morada, el planeta que habitamos, y conquistar, para la expansión de su raza, primero los planetas y después quizá también los ámbitos de nuestra Galaxia y quién sabe si de las demás.

Amigo lector; por el sólo hecho de serlo de COLECCIÓN NEBULAE, es usted una persona que gusta de especular sobre el futuro y siente una ansia —que le honra— por saber cómo los grandes y acelerados progresos científicos y técnicos de nuestro tiempo influirán en la vida de mañana. Seguramente, en su interior, se ha planteado usted muchos problemas, todos de acuciante interés: ¿Qué pasará cuando lleguemos a la Luna? ¿Colonizaremos los otros planetas? ¿Encontraremos en ellos vestigios de vida? ¿Qué sucederá a nuestra propia raza cuando, tras un sinnúmero de años, por una evolución geológica irremediable, la Tierra se haya hecho inhabitable para el hombre? ¿Hubo en tiempos remotos, en la Tierra o en otros planetas, civilizaciones de las que no nos ha llegado noticia y fueron éstas o no más avanzadas que la nuestra?

Todas estas preguntas, y muchas más, se las ha planteado también Arthur Clarke en su privilegiada mente de científico y filósofo. Con sus disquisiciones hubiera podido, como otras veces, llenar doctos volúmenes que, dada su bien cimentada y merecida fama, hubieran sido leídos con gusto por los especialistas, pero que probablemente no hubieran llegado nunca al gran público. Es quizá por esto que Clarke, en lugar de dar el fruto de sus reflexiones en forma de abstrusos conceptos, ha preferido escribir una serie de novelas cortas, cada una de las cuales responde a uno de los citados problemas.

¿Qué hubiera podido llegar a ser una civilización basada tan sólo en un gran desarrollo filosófico y mental, pero sin ningún desarrollo de la técnica, de las ciencias aplicadas? Esta cuestión la encontrarán tratada en *La Segunda Aurora*, la primera de las novelitas de este volumen. La dramática situación que se origina entre los dos únicos ocupantes de una nave espacial que viaja por las regiones siderales y en la que

por una fuga se ha escapado el oxígeno, de tal manera que no queda más que el suficiente para permitir la supervivencia de uno solo de ellos hasta llegar a término y la drástica solución a que se llega, las encontrarán ustedes descritas con mano maestra literaria en *Tensión Extrema*. ¿Cómo harán los últimos hombres que puedan subsistir sobre la Tierra, para salvaguardar los tesoros de las civilizaciones ancestrales, cuando en nuestro planeta ya no sea posible la vida? Esta obsesionante cuestión es el tema de *Expedición a la Tierra*. ¿No puede un exceso de técnica, una busca obsesiva de refinamientos científicos en las artes bélicas paradójicamente conducir a una inferioridad militar frente a otros pueblos que se hayan contentado con armas más «clásicas», más antiguas, si se quiere? De esto se trata en *Superioridad*. ¿Un espía del futuro que, perseguido por una gran astronave, aterriza en una luna de Marte, puede burlar a su perseguidor dando continuas vueltas al pequeño satélite como una ardilla en su jaula? Léalo usted en *Juego de Escondite*. Nosotros, hasta ahora por lo menos, no hemos alcanzado la Luna pero ¿si en otros planetas de nuestro sistema solar, o de otros sistemas, han florecido civilizaciones que hayan llegado a un desarrollo técnico tal que, en la época que sea, les ha permitido emprender vuelos interplanetarios, no sería posible que hubiesen alcanzado nuestro satélite y en él hubiesen dejado rastros de su paso o quién sabe si lugares de observación desde los cuales poder vigilar el desarrollo de la civilización terrestre? Esta aventurada lucubración es el tema de *El Centinela*. Me parece que con lo dicho basta para que el lector se dé cuenta que la lectura de las novelitas de este volumen le proporcionará una amplia visión de un porvenir casi ilimitado. No habrá sido una lectura en vano, sino una de aquéllas que hacen reflexionar y ensanchan los límites de nuestra imaginación.

Miguel Masriera

LA SEGUNDA AURORA

(Second Dawn, 1951)

—Ahí vienen —dijo Eris alzando sus patas delanteras y volviéndose para mirar a lo largo del extenso valle. Pena y amargura habían abandonado sus pensamientos por un instante, hasta el punto que incluso Jeryl, cuya mente estaba más precisamente ajustada a la suya que ninguna otra, apenas pudo percibirlas. Había incluso un resabio de dulzura que le recordaba acerbamente aquel Eris que había conocido en los días antes de la Guerra, el viejo Eris que ahora parecía casi tan remoto y tan perdido como si estuviese yaciendo con los otros, allá abajo en la llanura.

Una oscura marea fluía subiendo por el valle, adelantando con curioso y vacilante movimiento, haciendo extrañas pausas y avanzando a pequeños saltos. A sus flancos brillaba el oro de la delgada línea de guerreros atelenios, tan terriblemente escasos, comparados con la negra masa de los prisioneros. Pero eran los suficientes; en realidad, eran solamente necesarios para guiar aquel río sin meta en su indecisa marcha. Y sin embargo, a la vista de tantos miles de enemigos, Jeryl descubrió que temblaba, y se acercó instintivamente a su compañero, piel de plata que se apoyaba contra la de oro. Eris no dio señales de haber comprendido, ni tan sólo observado el movimiento.

El miedo se desvaneció cuando Jeryl vio lo despacio que la corriente oscura adelantaba. Le habían dicho lo que tenía que esperar, pero la realidad era aún peor de lo que se había imaginado. Al acercarse los prisioneros, todo el odio y la amargura se desvanecieron de su mente, siendo reemplazados por una penosa compasión. Nadie de su raza debería temer ya nunca más a la horda idiota y sin objetivo que era conducida a través del paso, hacia el valle del que nunca más saldría.

Los guardias apenas si hacían más que instar a los prisioneros con gritos sin sentido pero alentadores, como niñeras que llaman a niños demasiado pequeños para comprender sus pensamientos. Por más que se esforzase, Jeryl no podía percibir vestigio alguno de razón en ninguna de aquellos millares de mentes que pasaban tan cerca. Aquello hizo que se diese cuenta más vívidamente que ninguna otra cosa, de la magnitud de la victoria y de la derrota. Su mente era lo suficientemente sensible para detectar los primeros pensamientos vagos de los niños, que bordeaban el límite de la conciencia. Los derrotados enemigos no eran ni tan sólo niños, sino bebés con cuerpos de adultos.

La marea pasaba ahora a pocos palmos de ellos. Por vez primera, Jeryl se dio cuenta de cuánto mayores que su propia gente eran los mitraneos, y cuán bellamente la luz de los soles gemelos resplandecía sobre el oscuro raso de sus cuerpos. Una vez, un magnífico ejemplar que sobrepasaba a Eris en una cabeza, se apartó del grupo

principal y se acercó tambaleándose hacia ellos, deteniéndose a pocos pasos. Luego se agachó como un niño perdido y asustado, moviendo inciertamente de un lado a otro su espléndida cabeza, como si buscara no sabía qué. Por un instante, sus ojos grandes y vacíos contemplaron de frente la cara de Jeryl. Ella sabía que era tan hermosa para los mitraneos como para su propia raza, pero no hubo ni un parpadeo de emoción en aquellas facciones sin expresión, ni pausa en los movimientos sin sentido de aquella cabeza inquisitiva. Y entonces un exasperado guardia dirigió nuevamente al prisionero hacia sus compañeros.

—Larguémonos —rogó Jeryl—. No quiero ver ninguno más. ¿Por qué me trajiste aquí? —Este último pensamiento estaba cargado de reproches.

Eris comenzó a alejarse sobre las pendientes herbosas, dando grandes saltos que ella no podía esperar igualar, pero a medida que avanzaba su mente lanzó un mensaje hacia la de ella. Los pensamientos de él aún eran amables, pero el dolor que había tras ellos era demasiado profundo para poder ser ocultado.

—Quería que todos, incluso tú, vieses lo que tuvimos que hacer para ganar la Guerra. Así, quizá, no tendremos ya más en el curso de nuestras vidas.

Eris la estaba esperando sobre la cresta de la colina, tranquilo a pesar de la alocada violencia de su ascensión. La corriente de prisioneros estaba ahora demasiado por debajo de ellos para que pudiesen apreciar los detalles de su penoso avance. Jeryl se agachó junto a Eris y comenzó a pacer la escasa vegetación que había emigrado desde el fértil valle. Comenzaba a recuperarse lentamente de su impresión.

—Pero ¿qué les ocurrirá? —preguntó al fin, perturbada aún por el recuerdo de aquel espléndido gigante sin razón, en su camino hacia un cautiverio que no podría jamás comprender.

—Se les puede enseñar a comer —dijo Eris—. En el valle hay alimento para medio año, y luego los desplazaremos. Será una pesada carga para nuestros recursos, pero estamos bajo una obligación moral, y lo hemos hecho constar en el tratado de paz.

—¿No sanarán jamás?

—No. Sus mentes han sido completamente destruidas. Serán así hasta que mueran.

Hubo un largo silencio. Jeryl dejó que su mirada vagase por las colinas, que bajaban ondulando suavemente hasta el borde del océano. Podía vislumbrar, a través de una abertura entre las colinas, la distante línea azul que indicaba el mar, el misterioso e impasible mar. Su azul se hundiría pronto en la oscuridad, pues el feroz y blanco sol se estaba poniendo, y pronto no habría sino el disco rojo —cientos de veces mayor, pero que daba mucha menos luz—, de su pálido compañero.

—Supongo que tuvimos que hacerlo —dijo finalmente Jeryl. Estaba casi

pensando para sí misma, pero dejó que se escapase lo bastante de sus pensamientos para que Eris lo alcanzase a oír.

—Los has visto —contestó Eris brevemente—. Eran mayores y más fuertes que nosotros. Aunque éramos más que ellos, la partida estaba igualada; al final, creo que hubiesen ganado. Haciendo lo que hicimos, salvamos a miles de ellos de la muerte, o de la mutilación.

La amargura volvió a entrar en sus pensamientos, y Jeryl no se atrevió a mirarle. Eris había corrido una pantalla sobre las profundidades de su mente, pero Jeryl sabía que estaba pensando en el destrozado muñón de marfil de su frente. Excepto al final, la guerra se había hecho solamente con dos armas, los cascos agudos como navajas de las pequeñas y casi inútiles garras delanteras, y los cuernos semejantes al del unicornio. Con uno de esos, Eris no podría ya nunca más luchar, y de esa pérdida procedía gran parte de la aspereza amargada que le hacía a veces herir hasta a los que le querían.

Eris estaba esperando a alguien, pero Jeryl no sabía a quién. Jeryl tenía demasiada experiencia para interrumpir los pensamientos de su compañero cuando estaba de un humor como el de ahora, de modo que permaneció silenciosa a su lado, fundiendo su sombra con la de él, que se extendía a lo largo de la cumbre de la colina.

Jeryl y Eris procedían de una raza que había sido más afortunada que la mayor parte en la lotería de la Naturaleza, pero que sin embargo había perdido uno de los premios más importantes. Tenían cuerpos y mentes potentes, y vivían en un mundo templado y fértil. A la mirada humana hubiesen parecido extraños, pero en modo alguno repulsivos. Sus cuerpos esbeltos, recubiertos de piel peluda, se estrechaban formando un solo miembro trasero gigante que les permitía dar sobre el suelo saltos de diez metros. Los dos miembros delanteros eran mucho más pequeños, y no servían más que de apoyo y para equilibrarse; terminaban en puntiagudos cascos que podían ser mortales en el combate, pero que no tenían ninguna otra utilidad.

Tanto los atelenios como sus primos, los mitraneos, poseían poderes mentales que les habían permitido desarrollar unas matemáticas y una filosofía muy avanzadas, pero carecían de todo dominio sobre el mundo físico. Casas, herramientas, tejidos — los artefactos de toda clase—, les eran absolutamente desconocidos. A razas que poseían manos, tentáculos o cualquier otro método de manipulación, su cultura hubiese parecido increíblemente limitada; pero tal es la adaptabilidad de la mente, y la fuerza de la costumbre, que pocas veces se daban cuenta de sus limitaciones y no imaginaban ninguna otra forma de vida. Era lo natural vagar en grandes manadas sobre las fértiles llanuras, deteniéndose donde abundaba la comida, y desplazándose nuevamente cuando se agotaba. Esa vida nómada les había dado tiempo suficiente para la filosofía e incluso para ciertas artes. Sus poderes telepáticos no les habían privado aún de sus voces, y habían desarrollado una música vocal compleja y una

coreografía más compleja aún. Pero su mayor orgullo era la extensión de sus pensamientos; por miles de generaciones habían hecho vagar sus mentes por el nebuloso infinito de la metafísica. De la *física*, así como de todas las demás ciencias de la materia, no sabían nada, ni siquiera sabían que existiese.

—Alguien viene —dijo repentinamente Jeryl—. ¿Quién es?

Eris no se tomó la molestia de mirar, pero su respuesta sonó algo tensa.

—Es Aretenon. Quedé en encontrarme con él aquí.

—Cuánto me alegro. Ustedes eran tan buenos amigos antes; me dolió cuando se pelearon.

Eris escarbó nerviosamente la hierba, como si estuviese embarazado o enojado.

—Me enojé con él cuando me abandonó durante la quinta batalla de la llanura. Naturalmente, entonces no sabía por qué tenía que irse.

Los ojos de Jeryl se abrieron con repentino asombro y comprensión.

—¿Quieres decir que tuvo algo que ver con la Locura, y la manera como terminó la Guerra?

—Sí. Había pocos que supiesen más que él sobre la mente. No sé qué papel desempeñó, pero debe haber sido importante. No me figuro que nos pueda nunca decir mucho acerca de ello.

Aun a una distancia apreciable por debajo de ellos, Aretenon subía en zigzag y a grandes saltos la colina. Un poco más tarde les había alcanzado, e instintivamente bajó la cabeza para tocar cuernos con Eris, gesto universal de salutación. Y entonces se detuvo, terriblemente embarazado, y se produjo una turbada pausa, hasta que Jeryl vino a salvar la situación con algunas observaciones convencionales.

Al hablar Eris, Jeryl se sintió aliviada, pues se dio cuenta del evidente placer que aquél sentía al encontrarse nuevamente con su amigo, por vez primera después de la enojada separación en el punto culminante de la guerra. Hacía aún más tiempo que ella había visto por última vez a Aretenon, y se sorprendió al observar lo mucho que había cambiado. Era bastante más joven que Eris, pero ahora nadie lo hubiese dicho. Parte de su piel, antaño dorada, se estaba volviendo negra con la edad, y con un rasgo de su antiguo humor, Eris observó que pronto no se le podría distinguir de un mitraneo.

Aretenon se sonrió.

—Eso hubiera sido útil durante las últimas semanas. Acabo de pasar por su país, ayudando a reunir a los Vagabundos. Como ya se podrán figurar, no somos muy populares. Si hubiesen sabido quién era yo, no creo que hubiese vuelto.

—No estabas verdaderamente encargado de la Locura, ¿verdad? —preguntó Jeryl, incapaz de reprimir su curiosidad.

Jeryl tuvo la momentánea impresión que se formaba una espesa neblina defensiva alrededor de la mente de Aretenon, protegiendo todos sus pensamientos del mundo

externo. Y vino entonces la respuesta, extrañamente ahogada, con una sensación de distancia que era muy rara en contacto telepático.

—No; no tenía el mando supremo. Pero solamente había otros dos entre mí y lo más alto.

—Naturalmente —dijo Eris con cierta petulancia—. Yo no soy sino un sencillo soldado y no entiendo esas cosas. Pero me gustaría saber cómo lo hicieron. Naturalmente —añadió—, ni Jeryl ni yo hablaríamos a nadie más.

Nuevamente pareció descender un velo sobre los pensamientos de Aretenon. Luego el velo se levantó, siquiera fuese tan sólo un poco.

—Hay muy poca cosa que me sea permitido decirles. Como ya sabes, Eris, siempre me interesó la mente y su funcionamiento. ¿Te acuerdas de nuestros juegos, cuando yo trataba de descubrir tus pensamientos, y tú hacías todo lo que podías para evitarlo? ¿Y cómo a veces te hacía realizar acciones contra tu voluntad?

—Pienso todavía —dijo Eris—, que no hubieses podido hacer aquello con un extraño, y que en realidad yo cooperaba inconscientemente.

—Eso era cierto entonces, pero ya no lo es. La prueba la tienes ahí abajo, en el valle. —E hizo un gesto hacia los últimos rezagados, que los guardianes iban rodeando. La marea oscura había ya casi pasado, y pronto se cerraría la entrada del valle.

—Cuando fui creciendo —continuó Aretenon—, pasé más y más tiempo investigando el funcionamiento de la mente, tratando de descubrir por qué algunos de nosotros podemos compartir tan fácilmente nuestros pensamientos, mientras que otros no pueden nunca conseguirlo, sino que tienen que permanecer siempre aislados y solitarios, forzados a comunicarse por medio de sonidos y gestos. Y me fascinaban aquellas mentes que están completamente desequilibradas, de modo que quienes las poseen parecen ser menos que niños.

»Cuando comenzó la Guerra, tuve que abandonar aquellos estudios. Y luego, como ya saben, me llamaron un día durante la quinta batalla. Incluso ahora, no estoy bien seguro de quién fue la causa. Me llevaron a un lugar muy lejos de aquí, donde encontré un pequeño grupo de pensadores, a muchos de los cuales ya conocía.

»El plan era sencillo, y tremendo. Desde el amanecer de nuestra raza hemos sabido que dos o tres mentes, unidas, podían ser utilizadas para controlar otra mente, *si esa quería*, en la forma en que acostumbraba a dominarte a ti. Desde tiempos remotos hemos empleado ese poder para curar. Ahora proyectamos utilizarlo para destruir.

»Había dos dificultades principales. Una se relacionaba con la curiosa limitación de nuestro poder telepático normal, el hecho que, excepto en raras ocasiones, solamente podemos tener contacto a distancia *con alguien a quien ya conocemos*, y no podemos comunicarnos con extraños más que cuando estamos en su presencia.

»El segundo, y mayor problema, era que se necesitaría el poder de muchas mentes, y hasta entonces nunca había sido posible unir más de dos o tres. La forma en que lo conseguimos, es nuestro principal secreto; como todas esas cosas, ahora que lo hemos logrado parece fácil. Y una vez comenzamos, fue más sencillo de lo que habíamos supuesto. Dos mentes son más poderosas que el doble de una, y tres son mucho más poderosas que tres veces una sola. La relación matemática exacta es interesante. Ya sabes cuán rápidamente aumenta el número de maneras en que puede ser ordenado un grupo de objetos, al aumentar el tamaño del grupo. Pues bien, en nuestro caso se da una relación semejante.

»Y así conseguimos finalmente nuestra Mente Compuesta. Al principio era inestable, y solamente conseguimos mantenerla junta durante unos cuantos segundos. Todavía constituye un esfuerzo enorme para nuestros recursos mentales, y solamente podemos hacerlo durante..., bueno, durante el tiempo suficiente.

»Como es natural, todos estos experimentos fueron realizados con el mayor secreto. Si podíamos hacerlo nosotros, también podían hacerlo los mitraneos, pues sus mentes son tan buenas como las nuestras. Teníamos cierto número de ellos prisioneros, y los empleamos como sujetos.

Por un instante, el velo que había ocultado los pensamientos internos de Aretenon pareció temblar y disolverse, pero pronto se rehizo.

—Eso fue la peor parte. Ya era bastante terrible enviar locura a un país distante, pero era infinitamente peor poder observar con nuestros propios ojos los efectos de lo que hacíamos.

»Cuando hubimos perfeccionado nuestra técnica, efectuamos los primeros ensayos a larga distancia. Nuestra víctima fue alguien tan bien conocido de uno de nuestros prisioneros —de cuya mente nos habíamos apoderado—, que pudimos identificarlo completamente, de modo que la distancia entre nosotros no fue un obstáculo. El experimento salió bien, pero naturalmente nadie sospechó que nosotros éramos los causantes.

»No volvimos a operar hasta que estuvimos seguros que nuestro ataque sería tan avasallador que terminaría la Guerra. Por las mentes de nuestros prisioneros habíamos identificado a unos veinte mitraneos —sus amigos y parientes—, con tal detalle que podíamos encontrarlos y destruirlos. Cada mente que caía bajo nuestro ataque nos permitía el conocimiento de otras, y así fue aumentando nuestro poder. Pudimos haber hecho mucho más daño del que hicimos, porque solamente tomamos a los machos.

—¿Y fue eso —dijo Jeryl amargamente—, realmente tan misericordioso?

—Quizá no; pero hay que recordarlo en nuestro favor. Nos detuvimos tan pronto como el enemigo pidió la paz, y como sólo nosotros sabíamos lo que había ocurrido, fuimos a su país para deshacer todo el daño que pudiésemos. Fue, en verdad, muy

poco.

Se hizo un largo silencio. El valle estaba ahora desierto, y el blanco sol se había puesto. Soplaban un viento frío sobre las colinas, pasando a donde nadie podía seguirlo, hacia afuera, a través del vacío y no surcado mar. Eris habló entonces, susurrando casi sus pensamientos en la mente de Aretenon.

—No viniste para decirme esto, ¿verdad? Hay algo más. —Era una afirmación más que una pregunta.

—Sí —replicó Aretenon—. Tengo un mensaje para ti que te sorprenderá mucho. Es de Terodimus.

—¡Terodimus! Yo creía...

—Creíste que había muerto, o, peor aún, que era un traidor. No es ni lo uno ni lo otro, aunque ha vivido en territorio enemigo durante los últimos veinte años. Los mitraneos le trataron como nosotros, y le dijeron todo lo que necesitaba. Reconocieron su mente por lo que era, e incluso durante la Guerra, nadie le tocó. Ahora quiere volverte a ver.

Cualesquiera que fuesen las emociones que sintió Eris al recibir noticias de su antiguo maestro, no las reveló. Quizá pensaba en su juventud, recordando ahora que Terodimus había desempeñado un papel más importante en la formación de su mente que ninguna otra influencia por sí sola. Pero sus pensamientos no eran asequibles ni a Aretenon, ni siquiera a Jeryl.

—¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo? —preguntó finalmente Eris—. ¿Y por qué quiere verme ahora?

—Es una historia larga y complicada —dijo Aretenon—, pero Terodimus ha realizado un descubrimiento tan notable como el nuestro, y que quizá tenga consecuencias aún más importantes.

—¿Descubrimiento? ¿Qué clase de descubrimiento?

Aretenon hizo una pausa, mirando pensativo a lo largo del valle. Regresaban los guardianes, dejando solamente los pocos que se necesitarían para ocuparse de posibles prisioneros vagabundos.

—Tú sabes tanto de nuestra historia como sé yo, Eris —comenzó—. Creemos que se tardó algo así como un millón de generaciones para que alcanzásemos nuestro nivel actual de desarrollo, y esto es un espacio de tiempo tremendo. Casi todo el progreso que hemos realizado ha sido debido a nuestros poderes telepáticos; sin ellos seríamos muy poco distintos de los demás animales que muestran semejanzas tan desconcertantes con nosotros mismos. Estamos muy orgullosos de nuestra filosofía y de nuestras matemáticas, de nuestra música y baile, pero ¿se te ha ocurrido alguna vez, Eris, que podría haber otras direcciones de desarrollo cultural en las cuales no hemos ni tan sólo pensado? *¿Que podría haber otras fuerzas en el Universo, además de las mentales?*

—No comprendo lo que quieres decir —dijo Eris con desdén.

—Es difícil de explicar, y no voy a intentarlo, excepto para decir lo siguiente. ¿Te das cuenta de lo lamentablemente escaso que es nuestro dominio sobre el mundo exterior, y lo realmente inútiles que son estos miembros nuestros? No, no puedes darte cuenta, porque no has visto lo que yo he visto. Pero quizá esto te lo hará comprender.

La estructura de los pensamientos de Aretenon modularon repentinamente en una clave menor.

—Recuerdo haberme encontrado una vez con un macizo de hermosas y extrañamente complicadas flores. Quise saber cómo eran por dentro, y traté de abrir una, sujetándola entre mis pezuñas, y abriéndola con mis dientes. Traté una y otra vez, y fracasé. Al final, medio loco de rabia, pateé todas aquellas flores en el polvo.

Jeryl pudo percibir la perplejidad en la mente de Eris, pero pudo también ver que se interesaba y sentía curiosidad por saber más.

—Yo también he tenido sentimientos de esta clase —admitió—. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Y, al fin y al cabo, es realmente importante? Hay muchas cosas en este universo que no son exactamente como desearíamos.

Aretenon se sonrió.

—Eso es cierto. Pero Terodimus ha encontrado la manera de remediarlo en algo. ¿Quieres ir a verle?

—Debe ser un largo viaje.

—Unos veinte días desde aquí, y tenemos que atravesar un río.

Jeryl sintió que Eris se estremecía ligeramente. Los atelenios odiaban el agua, por la excelente y suficiente razón que sus huesos eran demasiado pesados para que pudiesen nadar, y se ahogaban rápidamente si se caían en ella.

—Es en territorio enemigo; no me querrán.

—Te respetarán, y quizá sería una buena idea que fueses; un gesto amistoso, por decirlo así.

—Pero me necesitan aquí.

—Puedes creer en mi palabra respecto a que nada de lo que haces aquí es tan importante como el mensaje que Terodimus tiene para ti, y para todo el mundo.

Eris veló sus pensamientos durante un instante, y luego los descubrió brevemente.

—Lo pensaré —dijo.

* * *

Fue sorprendente cómo Aretenon consiguió hablar tan poco durante los muchos días del viaje. De vez en cuando Eris atacaba las defensas de su mente con golpes medio en broma, que eran siempre detenidos con habilidad y sin esfuerzo. Sobre la

última arma que había terminado la Guerra, no quería decir nada, pero Eris sabía que quienes la habían manejado no se habían separado aún y estaban en su escondrijo secreto. Pero a pesar que no quería hablar del pasado, Aretenon hablaba con frecuencia del futuro, con la ansiedad urgente de uno que había ayudado a forjarlo y que no estaba seguro de haber obrado bien. Como otros muchos de su raza, estaba perseguido por el recuerdo de lo que había hecho, y una sensación de culpabilidad le apesadumbraba a veces. A menudo hacía observaciones que por entonces dejaban perplejo a Eris, pero que luego, en los años por venir, debía recordar más y más vívidamente.

—Hemos llegado a un punto crucial de nuestra historia, Eris. Los poderes que hemos descubierto serán pronto compartidos por los mitraneos, y otra guerra significaría la destrucción de todos. Toda mi vida he trabajado para aumentar nuestro conocimiento de la mente, pero ahora me pregunto si he traído al mundo algo que es demasiado peligroso para que lo manejen nosotros. Pero ya es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos; más tarde o más temprano era necesario que nuestra cultura llegase a este punto, y que descubriese lo que hemos hallado.

»Es un dilema terrible, y no hay más que una solución. No podemos retroceder, y si seguimos adelante podemos llegar a un desastre. De modo que debemos alterar la naturaleza misma de nuestra civilización, y romper por completo con el millón de generaciones que quedan detrás de nosotros. No puedes imaginarte cómo es posible hacerlo; tampoco podía yo, hasta que me encontré con Terodimus y me explicó su sueño.

»La mente es algo maravilloso, Eris, pero por sí sola es impotente en este universo material. Sabemos ahora cómo multiplicar por un enorme factor el poder de nuestros cerebros; podemos quizá resolver los grandes problemas matemáticos que nos han desconcertado durante siglos. Pero ni nuestras mentes por sí solas, ni la mente de grupo que hemos creado ahora, pueden alterar en lo más mínimo el hecho que a través de la historia viene ocasionando el conflicto entre nosotros y los mitraneos, el hecho que nuestra producción de alimentos es limitada, y que nuestras poblaciones no lo son.

Jeryl les observaba, participando poco en sus pensamientos, mientras discutían sobre esos temas. La mayor parte de esas discusiones tenían lugar mientras se apacentaban, pues como todos los rumiantes activos, tenían que pasar una parte considerable del día buscando alimento. Por fortuna, la tierra a través de la cual pasaban era extremadamente fértil, a decir verdad, su fertilidad había sido una de las causas de la Guerra. Jeryl observaba con satisfacción que Eris volvía a ser algo de lo que antes había sido. El sentimiento de amargura frustrada que había llenado su mente durante tantos meses no se había desvanecido, pero a la sazón, ya no era tan dominante como había llegado a ser.

Abandonaron la abierta llanura en el vigesimosegundo día de su viaje. Durante mucho tiempo habían estado moviéndose a través de territorio mitraneo, pero los pocos ex enemigos que habían encontrado se habían mostrado más bien inquisitivos que hostiles. Ahora llegaban al término de los pastos, y frente de ellos se alzaba la selva con todos sus primitivos terrores.

—En esta región solamente habita un carnívoro —les tranquilizó Aretenon—, y no podría con nosotros tres. Pasaremos los árboles en un día y una noche.

—¡Una noche en la selva! —dijo Jeryl en forma entrecortada, medio petrificada de terror, ante la sola idea.

Aretenon estaba evidentemente un poco avergonzado de sí mismo.

—No quise mencionarlo antes —dijo excusándose—, pero realmente no hay peligro. Yo lo he hecho varias veces. Al fin y al cabo no existe ya ninguno de los grandes carnívoros de la antigüedad, y no será realmente oscuro, ni siquiera en el bosque. El sol rojo estará todavía alto.

Jeryl temblaba aún ligeramente. Procedía de una raza que, durante miles de generaciones, había vivido en las elevadas colinas y en las llanuras abiertas, confiando en su velocidad para escapar del peligro. La idea de aventurarse entre árboles, y en el crepúsculo rojo, mientras el sol primario estaba oculto, la llenaba de pánico. Y de ellos tres, solamente Aretenon poseía un cuerno con que luchar (no era ni con mucho tan largo ni tan agudo, pensó Jeryl, como lo había sido el de Eris).

No se sentía todavía tranquila ni siquiera cuando había transcurrido un día, completamente sin incidentes, desplazándose a través del bosque. Los únicos animales que vieron fueron pequeñas criaturas de larga cola, que subían y bajaban por los troncos de los árboles con sorprendente velocidad, parloteando de rabia al pasar los intrusos. Era entretenido observarlos. Pero Jeryl pensaba que la selva no iba a ser tan divertida por la noche.

Sus temores resultaron bien fundados. Cuando el ardiente sol blanco desapareció bajo los árboles, y las sombras carmesí del gigante rojo yacían por doquier, pareció descender una súbita transformación sobre el mundo. Un silencio repentino barrió la selva, un silencio roto abruptamente por un quejido muy distante, hacia el cual los tres se volvieron instintivamente, mientras en su mente aullaban advertencias ancestrales.

—¿Qué fue eso? —exclamó Jeryl con voz ahogada.

Aretenon respiraba precipitadamente, pero su respuesta fue tranquila.

—No importa —dijo—. Era muy lejos. No sé lo que fue.

Y Jeryl comprendió que mentía.

Se turnaron para vigilar, pero la larga noche fue pasando lentamente. De vez en cuando Jeryl se despertaba de sueños perturbadores a la realidad de pesadilla de los extraños y distorsionados árboles que se agrupaban en forma amenazadora a su al-

rededor. Una vez, mientras estaba de guardia, oyó el ruido de un pesado cuerpo que se movía muy lejos, a través del bosque, pero que no se acercó, y por esto ella no perturbó a los otros. Hasta que al fin el anhelado brillo del sol blanco comenzó a inundar el cielo; había llegado nuevamente el día.

Jeryl pensó que Aretenon se sentía probablemente más aliviado de lo que aparentaba. Casi parecía rejuvenecido, y retozaba a la luz de la mañana, lanzando de vez en cuando un mordisco a las hojas de alguna rama colgante.

—Ya no nos queda más que medio día de viaje —dijo alegremente—. Habremos salido de la selva al mediodía.

Había un cierto tono travieso en sus pensamientos que desconcertaba a Jeryl. Parecía como si Aretenon les guardase aún otro secreto, y Jeryl se preguntaba qué otros obstáculos tendría que vencer. Hacia el mediodía lo supo, pues su camino quedaba cerrado por un gran río que fluía lentamente junto a ellos, como si no tuviese prisa por llegar al mar.

Eris lo miró con cierto disgusto, midiéndolo con ojo experto.

—Es demasiado hondo para vadearlo aquí. Tendremos que remontar mucho el curso antes de poderlo atravesar.

Aretenon se sonrió.

—Al contrario —dijo alegremente—, vamos a *descender* su curso.

Eris y Jeryl le miraron con asombro.

—¿Estás loco? —gritó Eris.

—Pronto lo verán. Ya no nos queda mucho; han llegado hasta aquí, y bien pueden fiarse de mí el resto del viaje.

Inmediatamente el río se ensanchó y se hizo más hondo. Si antes había sido impassable, ahora lo era doblemente. Eris sabía que a veces se llega a un arroyo sobre el cual ha caído un árbol, de modo que es posible pasar caminando sobre el tronco, si bien es cosa arriesgada. Pero aquel río tenía la anchura de varios troncos, y no se hacía más estrecho.

—Ya casi hemos llegado —dijo por fin Aretenon—. Reconozco el lugar. Alguien saldrá de aquellos bosques en cualquier momento. —Hizo un gesto con su cuerno hacia los árboles del lado opuesto del río, y casi al mismo tiempo salieron a la orilla tres figuras dando saltos. Jeryl vio que dos de ellas eran atelenios, y el tercero un mitraneo.

Se acercaba ahora a un gran árbol que se alzaba al borde del agua, pero Jeryl no hizo mucho caso, pues estaba demasiado interesada en las figuras de la distante orilla, preguntándose qué iban a hacer. De modo que cuando el asombro de Eris explotó como un trueno en las profundidades de su propia mente, estaba de momento demasiado confusa para comprender su motivo. Y entonces se volvió hacia el árbol, y vio lo que Eris había visto.

Para ciertas mentes y ciertas razas, pocas cosas podían haber sido más naturales o más ordinarias que una gruesa cuerda atada alrededor del tronco de un árbol y que flotaba a través del agua de un río, hasta otro árbol en la orilla opuesta. Y, sin embargo, llenó a Eris y a Jeryl con el terror de lo desconocido, y por un terrible instante Jeryl creyó que una serpiente gigantesca estaba saliendo del agua. Luego vio que no estaba viva, pero su terror subsistió, pues era el primer objeto artificial que veía en su vida.

—No se preocupen por lo que es, ni cómo fue puesta ahí —aconsejó Aretenon—. Les va a transportar al otro lado, y eso es todo lo que importa de momento. Miren, alguien viene ahora hacia aquí.

Una de las figuras de la lejana orilla había descendido al agua, y avanzaba con sus miembros delanteros por la cuerda. Al acercarse —era el mitraneo, y una hembra— Jeryl vio que llevaba una segunda cuerda mucho más pequeña arrollada alrededor de la parte superior de su cuerpo.

Con la habilidad de una larga práctica, la extranjera avanzó a través del flotante cable, y emergió chorreando del río. Parecía conocer a Aretenon, pero Jeryl no pudo interceptar sus pensamientos.

—Puedo atravesar sin ayuda ninguna —dijo Aretenon—, pero voy a enseñarles la manera fácil de hacerlo.

Se pasó el lazo sobre sus hombros, y, dejándose caer al agua, enganchó sus miembros delanteros sobre el cable fijo. Un momento más tarde los otros dos de la orilla opuesta le arrastraban a gran velocidad hacia el otro lado donde, después de mucho nerviosismo, se le reunieron Eris y Jeryl. No era la clase de puente que uno podía esperar de una raza capaz de tratar fácilmente con las matemáticas de un arco de cemento armado, si la posibilidad de tal objeto se les hubiera podido ocurrir. Pero servía para su objeto, y una vez había sido construido podía ser fácilmente utilizado.

Había sido construido. Pero ¿quién lo había construido?

Cuando sus chorreantes guías se les unieron, Aretenon hizo una advertencia a sus amigos.

—Me temo que se van a llevar muchas sorpresas mientras estén aquí. Verán muchas cosas extrañas, pero cuando las comprendan, dejarán de sorprenderse lo más mínimo. A decir verdad, pronto las aceptarán como cosa corriente.

Uno de los extraños, cuyos pensamientos ni Eris ni Jeryl pudieron interceptar, le estaba comunicando un mensaje.

—Terodimus nos está esperando —dijo Aretenon—. Está muy ansioso por verles.

—He estado tratando de establecer contacto con él —se lamentó Eris—, pero no lo he conseguido.

Aretenon pareció ligeramente turbado.

—Encontrarán que ha cambiado —dijo—. Al fin y al cabo, no se han visto desde

hace muchos años. Quizá pasará algún tiempo antes que puedan establecer nuevamente un contacto completo.

Su camino serpenteaba a través de la selva, y de vez en cuando unos curiosos senderos estrechos se ramificaban en diversas direcciones. Terodimus, pensó Eris, debe en verdad haber cambiado mucho para haberse instalado a vivir permanentemente entre árboles. Pronto el camino se abrió formando un amplio claro semicircular con un bajo acantilado blanco a través de su diámetro. Al pie del acantilado había varios agujeros oscuros de distintos tamaños, evidentemente entradas de cuevas.

Era la primera vez que Eris o Jeryl habían entrado en una cueva, y no les tentaba mucho la experiencia. Se sintieron aliviados cuando Aretenon les dijo que esperasen fuera de los orificios, y se dirigió solo hacia la enigmática luz amarilla que brillaba en lo profundo. Un momento más tarde, vagos recuerdos comenzaron a pulsar en la mente de Eris, y supo que su viejo maestro iba a venir, si bien no podía compartir completamente sus pensamientos.

Algo se agitó en la oscuridad, y Terodimus salió a la luz del sol. Al verle, Jeryl dio un grito, y escondió su cabeza en la melena de Eris, pero Eris se mantuvo firme, a pesar que temblaba como nunca lo había hecho antes de la batalla. Pues Terodimus resplandecía con una magnificencia que nadie de su raza había nunca conocido desde los comienzos de la historia. Alrededor de su cuello colgaba una banda de objetos resplandecientes que captaban y refractaban la luz del sol en miríadas de colores, mientras que su cuerpo estaba cubierto de una capa de material grueso de muchos colores, que crujía suavemente al andar. Y su cuerno no era ya de un amarillo de marfil; alguna magia lo había transformado en la más maravillosa púrpura que Jeryl había visto jamás.

Terodimus permaneció inmóvil por un instante, saboreando hasta el máximo su asombro. Luego, su resonante risa despertó un eco en sus mentes, y se alzó sobre su miembro trasero. La prenda coloreada cayó al suelo susurrando, y con un movimiento de su cabeza despidió el brillante collar, el cual, formando un arco iris, fue a parar a un rincón de la cueva. Pero el cuerno purpúreo permaneció inalterado.

A Eris le pareció como si se encontrase al borde de un gran abismo, mientras, desde el lado opuesto, Terodimus le hacía señas para que se acercase. Sus pensamientos lucharon por formar un puente, pero no pudo establecer contacto. Entre ellos se encontraba el vacío de media vida y de muchas batallas, de una miríada de experiencias no compartidas, los años de Terodimus en esa tierra extraña, su propia unión con Jeryl, y el recuerdo de sus perdidos hijos. A pesar que se hallaban frente a frente, a pocos pasos de distancia, sus pensamientos no podían encontrarse ya nunca más.

Y entonces Aretenon, con todo el poder y la autoridad de su habilidad

insuperable, hizo algo a su mente que Eris no pudo, después, recordar nunca. Solamente supo que los años parecían haber sido obliterados, y que era una vez más el ansioso y vehemente alumno, y que podía nuevamente hablar a Terodimus.

* * *

Dormir bajo tierra era extraño, pero menos desagradable que pasar la noche entre los terrores desconocidos de la selva. Mientras observaba como las sombras carmesíes se oscurecían más allá de la entrada de la pequeña cueva, Jeryl trató de recoger sus desperdigados pensamientos. Solamente había comprendido una pequeña parte de lo que había pasado entre Eris y Terodimus, pero sabía que estaba ocurriendo algo increíble. La evidencia de sus propios ojos era suficiente para probarlo; había visto cosas para las cuales no había palabras en su lenguaje.

Y también había oído cosas. Al pasar ante una de las bocas de las cuevas, había percibido un zumbido rítmico que procedía de ella, distinto del que hacía cualquier animal conocido. Había continuado constante, sin pausa ni interrupción, todo el tiempo que pudo oírlo, e incluso ahora su ritmo calmado continuaba en su mente. Creía que Aretenon también lo había oído, pero sin sorpresa alguna; Eris había estado demasiado ocupado con Terodimus.

El viejo filósofo le había hablado muy poco, diciendo que prefería mostrarles su imperio cuando hubiesen descansado toda una noche. Casi toda su conversación se había referido a los acontecimientos de su propio país durante los últimos años, y Jeryl la había encontrado algo aburrida. Una cosa solamente le había interesado, y no tenía ojos para casi nada más. Y eso era la maravillosa cadena de cristales coloreados que Terodimus había llevado alrededor de su cuello. Lo que era, o como había sido creada, no podía imaginarlo, pero la codiciaba. Al dormirse pensaba vagamente, pero más que medio en serio, en la sensación que causaría si volviese a su gente con una maravilla tal resplandeciendo sobre su propia piel. Quedaría mucho mejor que sobre el viejo Terodimus.

Aretenon y Terodimus se les reunieron en la cueva poco después de la aurora. El filósofo había prescindido de sus adornos —que evidentemente sólo había lucido para impresionar a sus huéspedes— y su cuerpo había vuelto al amarillo normal. Eso era algo que Jeryl podía comprender, pues había visto frutos cuyo jugo producían cambios de color semejantes.

Terodimus se instaló a la entrada de la cueva. Comenzó su narración sin ningún preliminar, y Eris adivinó que lo debía haber contado antes muchas veces a anteriores visitantes.

—Llegué a este lugar, Eris, unos cinco años después de salir de nuestro país. Como sabes, siempre me habían interesado los países extranjeros, y por los mitraneos

había oído rumores que me habían intrigado mucho. Como conseguí seguirlos hasta su origen es una historia que ahora poco importa. Un verano crucé el río muy a lo alto, cuando el agua estaba muy baja. No hay más que un lugar donde se pueda hacer, y aun eso solamente en los años más secos. Más arriba todavía el río se pierde en las montañas, y no creo que haya ningún camino a través de ellas. De modo que esto es virtualmente una isla, casi completamente aislada de terreno mitraneo.

»Es una isla, pero no está deshabitada. Las gentes que aquí viven se llaman filenios, y tienen una cultura muy notable, enteramente diferente de la nuestra. Ya han visto algunos de los productos de esa cultura.

»Como ya saben, en nuestro mundo hay muchas razas diferentes, y bastantes de ellas tienen cierta inteligencia. Pero hay un gran abismo entre nosotros y todas las demás criaturas. Por cuanto sabemos, nosotros somos los únicos seres capaces de pensamiento abstracto y de procesos lógicos complejos.

»Los filenios son una raza mucho más joven que la nuestra, y constituyen un intermedio entre nosotros y los demás animales. Han vivido aquí, en esta isla, que es bastante grande, durante varios millares de generaciones, pero su velocidad de desarrollo ha sido muchas, muchísimas veces mayor que la nuestra. Ni poseen ni comprenden nuestros poderes telepáticos, pero tienen algo que bien podemos nosotros envidiarles, algo que es la causa de toda su civilización y de su progreso increíblemente rápido.

Terodimus hizo una pausa, y se alzó lentamente sobre sus pies.

—Sígueme —dijo—. Les llevaré a ver a los filenios.

Les condujo de vuelta a las cavernas, de las cuales habían salido la noche anterior, deteniéndose frente a la entrada por la cual Jeryl había oído aquel susurro extraño y rítmico. Era ahora más claro y más fuerte, y Jeryl observó cómo Eris se sobresaltaba, como si lo escuchase ahora por vez primera. Terodimus emitió un agudo silbido, e inmediatamente el zumbido se fue debilitando, bajando octava por octava, hasta desvanecerse en el silencio. Un momento después algo salió de la oscuridad, dirigiéndose hacia ellos.

Era una pequeña criatura, de escasamente la mitad de su propia altura, y no saltaba, sino que caminaba sobre dos miembros unidos que parecían delgados y débiles. Su gran cabeza esférica estaba dominada por dos enormes ojos, situados a bastante distancia el uno del otro, y capaces de movimiento independiente. Con la mejor voluntad del mundo, a Jeryl no le pareció muy atractiva.

Entonces Terodimus silbó nuevamente, y la criatura levantó hacia ellos sus miembros delanteros.

—Miren bien —dijo Terodimus muy suavemente—, y verán la respuesta a muchas de vuestras preguntas.

Por primera vez Jeryl vio que los miembros delanteros de aquella criatura no

terminaban en pezuñas, ni, a decir verdad, en la forma de ningún otro animal que conociese. En su lugar, se dividían en por lo menos una docena de tentáculos flexibles y delgados, y en dos garras ganchudas.

—Acércate a él, Jeryl —ordenó Terodimus—. Tiene algo para ti.

Dubitativamente, Jeryl se adelantó. Observó que el cuerpo de la criatura estaba cruzado de bandas de material oscuro, a las cuales había sujetos una serie de objetos no identificables. Bajó un miembro delantero a uno de ellos, y una tapa se abrió revelando una cavidad dentro de la cual algo resplandecía. Y luego los pequeños tentáculos tomaron aquel maravilloso collar de cristal, y con un movimiento tan rápido y tan diestro que Jeryl apenas pudo seguirlo, el filenio se adelantó y lo prendió alrededor de su cuello.

Terodimus apartó su confusión y su gratitud, pero su vieja y astuta mente quedó bien satisfecha. Ahora Jeryl sería su aliada en todo lo que él proyectase. Pero las emociones de Eris no serían quizá tan fácilmente influidas, y en aquella cuestión la lógica por sí sola no era suficiente. Su antiguo alumno había cambiado tanto, había sido herido tan profundamente por el pasado, que Terodimus no podía estar seguro del éxito. Sin embargo, tenía un plan que podía volver en su favor incluso aquellas dificultades.

Dio otro silbido, y el filenio hizo un curioso ademán con la mano y desapareció en la cueva. Un momento más tarde el curioso zumbido ascendió nuevamente del silencio; pero la curiosidad de Jeryl estaba ahora completamente dominada por el deleite que le producía su nueva posesión.

—Iremos a través de los bosques —dijo Terodimus—, al establecimiento más cercano; está muy cerca de aquí. Los filenios no viven al aire libre como nosotros. En realidad, difieren de nosotros en casi todos los aspectos posibles. Incluso me temo —añadió pensativamente—, que su carácter sea mucho mejor que el nuestro, y creo que un día serán inteligentes. Pero primeramente, deja que te explique lo que he aprendido acerca de ellos, de modo que puedas comprender lo que intento hacer.

* * *

La evolución mental de una raza cualquiera está condicionada, incluso dominada, por factores físicos que aquella raza casi invariablemente acepta como parte del orden natural de las cosas. Las manos maravillosamente sensitivas de los filenios les habían permitido encontrar, por experimento y ensayo, hechos que la única otra especie inteligente del planeta había tardado mil veces más en descubrir por pura deducción. Muy pronto en el curso de su historia, los filenios habían inventado sencillas herramientas. De éstas habían pasado a los tejidos, la cerámica y el uso del fuego. Cuando Terodimus los descubrió, habían inventado ya el torno y la rueda de alfarero,

y estaban a punto de entrar en su primera Edad del Metal, con todo lo que eso significaba.

En el aspecto puramente intelectual, su progreso había sido menos rápido. Eran inteligentes y hábiles, pero les disgustaba el pensamiento abstracto, y sus matemáticas eran puramente empíricas. Sabían, por ejemplo, que un triángulo de lados en la relación tres:cuatro:cinco era rectángulo, pero no habían sospechado que ése era solamente un caso de una ley mucho más general. Sus conocimientos estaban llenos de grandes lagunas de ese tipo, las cuales no parecían tener prisa en llenar, a pesar de la ayuda de Terodimus y de sus docenas de discípulos.

A Terodimus lo adoraban como a un dios, y durante dos generaciones enteras de su raza de corta vida le habían obedecido en todo, dándole todos los productos de su habilidad que necesitaba, y haciendo a sugerencia suya, las nuevas herramientas y dispositivos que se le habían ocurrido. Esa asociación había sido extraordinariamente fértil, pues era como si ambas razas se hubiesen repentinamente liberado de sus cadenas. Una gran habilidad manual y un gran poder intelectual se habían fundido en una fructífera unión probablemente única en todo el universo, y un gran progreso que normalmente hubiese requerido milenios había sido alcanzado en menos de una década.

Tal como Aretenon les había prometido, si bien Eris y Jeryl vieron muchas maravillas, no encontraron nada que no pudieran comprender, una vez que vieron trabajar a los pequeños artífices filenios, y observaron con qué arte mágico sus manos moldeaban los productos materiales dándoles formas hermosas o útiles. Incluso sus minúsculas ciudades y primitivas granjas pronto dejaron de ser maravillas y pasaron a ser parte del orden natural de las cosas.

Terodimus les dejó contemplar a su gusto, hasta que vieron todos los aspectos de aquella sutil cultura de la edad de piedra. Como no habían visto otra cosa, no les pareció nada incongruente ver un alfarero filenio —que apenas si sabría contar hasta diez —formar una serie de superficies algebraicas complejas bajo la dirección de un joven matemático mitraneo. A semejanza de todos los de su raza, Eris poseía un tremendo poder de visualización mental, pero se dio cuenta de cuánto más fácil sería la geometría si uno pudiera realmente *ver* las formas que consideraba. De ese principio (si bien él no podía adivinarlo), evolucionaría algún día la idea de un lenguaje escrito.

De todas las cosas, lo que más fascinaba a Jeryl era ver como las pequeñas mujeres filenias tejían en sus primitivos telares. Podía permanecer sentada horas enteras contemplando las voladoras lanzaderas y deseando poder usarlas. Una vez se había visto hacer, parecía tan sencillo y obvio, y tan por completo fuera del alcance de los burdos e inútiles miembros de su propia gente.

Llegaron a apreciar mucho a los filenios, quienes parecían ansiosos de agradar, e

infantilmente orgullosos de todas sus habilidades manuales. En ese ambiente nuevo y original, y viendo cada día nuevas maravillas, Eris parecía irse recuperando de algunas de las cicatrices que la Guerra había dejado en su mente. Pero Jeryl sabía que aún quedaba mucho daño por reparar. A veces, y antes que él pudiese ocultarlas, encontraba abiertas y enconadas heridas en las profundidades de la mente de Eris, y temía que muchas de ellas —como el roto muñón de su cuerpo— no se curarían nunca. Eris había odiado la Guerra, y la forma en que había terminado le oprimía aún. Pero, además, Jeryl lo sabía, le torturaba el miedo a que pudiese venir de nuevo.

A menudo discutía esas dificultades con Terodimus, a quien ahora apreciaba mucho. No podía aún comprender del todo por qué les había hecho ir allí, o cuáles eran sus planes y los de sus discípulos. Terodimus no tenía prisa por explicar sus acciones, pues deseaba que, en lo posible, Eris y Jeryl hiciesen sus propias deducciones. Pero, finalmente, cinco días después de su llegada, los llamó a su cueva.

—Ahora ya han visto —comenzó— la mayor parte de las cosas que podemos mostrarles aquí. Saben lo que pueden hacer los filenios, y quizá han pensado lo mucho que nuestras vidas se enriquecerán una vez podamos utilizar los productos de su habilidad. Eso fue lo primero que pensé cuando llegué aquí, hace muchos años.

»Era una idea obvia y más bien infantil, pero me condujo a otra mucho más importante. A medida que fui conociendo a los filenios, y observé lo rápidamente que sus mentes habían avanzado en tan corto tiempo, me di cuenta de la tremenda desventaja que nuestra raza había siempre sufrido. Comencé a preguntarme cuánto más hubiésemos nosotros avanzado si hubiésemos tenido el dominio de los filenios sobre el mundo físico. No es sencillamente una cuestión de comodidad, ni de la posibilidad de fabricar cosas hermosas como ese collar tuyo, Jeryl, sino algo mucho más profundo. Es la diferencia entre la ignorancia y el conocimiento, entre la debilidad y el poder.

»Hemos desarrollado nuestras mentes, y solamente nuestras mentes, hasta que ya no podemos avanzar más. Como Aretenon les ha dicho, hemos llegado ahora a un peligro que amenaza a toda nuestra raza. Estamos bajo la sombra del arma irresistible contra la cual no hay defensa.

»La solución está, literalmente, en manos de los filenios. Tenemos que utilizar nuestra habilidad para transformar nuestro mundo, y eliminar así la causa de todas nuestras guerras. Tenemos que volver al principio, y establecer de nuevo los fundamentos de nuestra cultura. Y no será solamente nuestra cultura, pues la compartiremos con los filenios. Ellos serán las manos, y nosotros los cerebros. ¡Oh, he estado soñando en el mundo del futuro, que puede venir dentro de siglos, cuando incluso las maravillas que ahora ven en derredor vuestro serán consideradas juguetes infantiles! Pero no muchos son filósofos, y necesitan argumentos más substanciales que puros sueños. Y creo que he encontrado este argumento definitivo, aunque no

puedo aún estar seguro.

»Te he pedido que vinieses aquí, Eris, en parte porque quería renovar nuestra antigua amistad, y en parte porque tu palabra tendrá ahora mucho más influencia que la mía. Eres un héroe entre tu propio pueblo, y también los mitraneos te escucharán. Quiero que regreses, llevándote contigo algunos filenios y sus productos. Muéstraselos a tu pueblo, y pídeles que envíen a sus hombres jóvenes aquí, para ayudarnos en nuestro trabajo.

Se produjo una pausa durante la cual Jeryl no consiguió enterarse en absoluto de los pensamientos de Eris. Y entonces éste replicó algo vacilante:

—Pero todavía no lo comprendo. Esas cosas que hacen los filenios son muy bonitas, y algunas de ellas pueden sernos útiles. Pero ¿cómo pueden transformarnos tan profundamente como parece creer?

Terodimus suspiró. Eris no podía ver más allá del presente, en el futuro que no existía aún. No había captado, como Terodimus, la promesa que se encontraba tras las atareadas manos y herramientas de los filenios, las primeras y vagas limitaciones de la Máquina. Quizá no podría nunca comprenderlo, pero todavía podía ser convencido.

Velando sus pensamientos más profundos, Terodimus dijo:

—Quizá algunas de esas cosas son juguetes, Eris, pero pueden ser más poderosas de lo que te figuras. Sé que a Jeryl le causaría gran pesar tener que prescindir de la suya..., y quizá pueda encontrar una que te convenza a ti.

Eris parecía escéptico, y Jeryl podía darse cuenta que estaba en uno de sus tenebrosos humores.

—Mucho lo dudo —dijo.

—Bueno; podemos probarlo. —Terodimus silbó y uno de los filenios se acercó corriendo. Hubo un breve intercambio de palabras.

—¿Quieres venir conmigo, Eris? Tardaremos un rato.

Eris le siguió, mientras los otros, por indicación de Terodimus, se quedaron. Salieron de la gran cueva y se dirigieron hacia la hilera de las más pequeñas, que los filenios utilizaban para sus diversas industrias.

El extraño zumbido iba resonando más fuertemente en los oídos de Eris, pero de momento no pudo ver su origen, pues la luz de las burdas lámparas de aceite era demasiado débil para sus ojos. Luego percibió a uno de los filenios inclinado sobre una mesa de madera, encima de la cual algo giraba rápidamente, movido por una correa unida a un pedal, que operaba otra de las pequeñas criaturas. Había visto que los alfareros utilizaban un dispositivo semejante, pero éste era diferente. Estaba moldeando madera, y no arcilla, y los dedos del alfarero habían sido sustituidos por una afilada hoja de metal de la cual salían largas y delgadas virutas que se arrollaban en forma de fascinadoras espirales. Con sus grandes ojos los filenios, a quienes desagradaba la plena luz del sol, podían ver perfectamente en la penumbra, pero pasó

algún tiempo antes que Eris pudiese comprender lo que estaba sucediendo. Pero luego, repentinamente, comprendió.

* * *

—Aretenon —dijo Jeryl cuando los otros los hubieron dejado—, ¿por qué tienen los filenios que hacer todas estas cosas para nosotros? ¿Sin duda son ya felices tal como son, no?

Aretenon pensó que tal pregunta era característica de Jeryl, y que Eris nunca la hubiese hecho.

—Harán todo lo que les diga Terodimus —respondió—, pero, aparte de eso, hay también mucho que nosotros podemos darles. Cuando dedicamos nuestras mentes a sus problemas, podemos ver formas de resolverlos que nunca se les hubiesen ocurrido a ellos. Tienen mucho interés en aprender, y ya debemos haber hecho avanzar su cultura en centenares de generaciones. Y también, físicamente, son muy débiles. A pesar que no poseemos su destreza, nuestra fuerza hace posible tareas que ellos no podrían nunca ni intentar.

Habían ido paseando hasta la orilla del río, y se detuvieron un momento contemplando las tranquilas aguas que se deslizaban hacia el mar. Jeryl se volvió para remontar el curso, pero Aretenon la detuvo.

—Terodimus no quiere que vayamos por allí, todavía —explicó—. No es sino otro de sus pequeños secretos. Nunca le gusta revelar sus planes hasta que están a punto.

Algo molesta, y francamente curiosa, Jeryl obedientemente dio la vuelta. Naturalmente, iría allí tan pronto como no hubiese nadie por los alrededores.

Era muy tranquilo allí, en la caliente luz del sol, entre las lagunas de calor rodeadas de árboles. Jeryl había casi perdido su miedo a la selva, a pesar que sabía que nunca sería verdaderamente feliz en ella.

Aretenon parecía muy abstraído, y Jeryl se daba cuenta que él quería decir algo y estaba poniendo en orden sus pensamientos. Y de pronto comenzó a hablar, con la libertad que sólo es posible entre dos personas que se aprecian, pero entre las cuales no hay lazos sentimentales.

—Resulta muy penoso, Jeryl —comenzó—, volver la espalda al trabajo de toda la vida de uno. En un tiempo yo había tenido esperanzas para que las grandes fuerzas nuevas que hemos descubierto pudieran ser empleadas impunemente, pero ahora ya sé que es imposible, por lo menos por muchos años. Terodimus tenía razón, no podemos progresar ya más solamente con nuestras mentes. Nuestra cultura ha sido excesivamente unilateral, si bien no tenemos nosotros la culpa de ella. No podemos resolver el problema fundamental de la paz y de la guerra sin tener un dominio sobre

el mundo físico, como el que tienen los filenios, y que nosotros esperamos aprender de ellos.

»Quizá habrá aquí otras grandes aventuras para nuestras mentes que nos hagan olvidar lo que tendremos que abandonar. Por fin podemos aprender algo de la naturaleza; cuál es la diferencia entre el fuego y el agua, entre la madera y la piedra, qué son los soles, y qué son aquellos millones de débiles luces que vemos en el cielo cuando los dos soles se han puesto. Quizá las respuestas a todas estas preguntas se encuentren al fin del nuevo camino a lo largo del cual tenemos que avanzar.

Hizo una pausa.

—Nuevos conocimientos, nueva sabiduría, en reinos en los cuales no hemos nunca antes soñado. Quizá nos aparte de los peligros que hemos encontrado; pues con certeza, nada de lo que podamos aprender de la Naturaleza constituirá nunca un peligro tan grande como el que hemos descubierto en nuestras propias mentes.

El curso de los pensamientos de Aretenon se vio repentinamente interrumpido. Y entonces dijo:

—Creo que Eris quiere verte.

Jeryl se preguntó por qué Eris no le habría enviado a ella directamente el mensaje, y se preguntó también a qué se debía el tono vagamente divertido —¿o es que era otra cosa?— en la mente de Aretenon.

No se veían ni rastros de Eris al acercarse a las cuevas; pero les estaba esperando y se les acercó dando saltos a la luz del sol antes que ella pudiera llegar a la entrada. Y entonces Jeryl dio un grito involuntario, y se retiró un paso o dos, mientras su compañero se acercaba a ella.

Pues Eris estaba otra vez entero. Había desaparecido el quebrantado muñón de su frente, y había sido sustituido por un cuerno nuevo y resplandeciente, no menos espléndido que el que había perdido.

Con un gesto algo tardío de salutación, Eris tocó cuernos con Aretenon. Y desapareció en la selva dando grandes y alegres saltos, pero no sin que antes su mente hubiese encontrado la de Jeryl como pocas veces lo había hecho desde los días de antes de la Guerra.

—Déjale ir —dijo suavemente Terodimus—. Preferirá estar solo. Cuando regrese creo que lo encontrarás diferente. —Se rió un poco—. Los filenios son listos, ¿no es verdad? Quizá ahora Eris apreciará más sus juguetes.

—Ya sé que soy impaciente —dijo Terodimus—, pero soy viejo, y quisiera ver el comienzo de las transformaciones durante mi propia vida. Por esta razón estoy comenzando tantos proyectos con la esperanza que por lo menos algunos tendrán éxito. Pero entre todos, es éste aquel en el cual he puesto más fe.

Por un instante se perdió en sus pensamientos. Ni tan sólo uno entre cien de los de su propia raza podría compartir completamente su sueño. Incluso Eris, a pesar que

ahora creía en él, lo hacía más bien con su corazón que con su mente. Quizá Aretenon, el brillante y sutil Aretenon, tan desesperadamente ansioso por neutralizar los poderes que había traído al mundo, pudiera haber vislumbrado la realidad. Pero de todas las mentes la suya era la más impenetrable, excepto cuando él deseaba precisamente lo contrario.

—Tú lo sabes tan bien como yo —continuó Terodimus, mientras remontaban la corriente— que nuestras guerras se deben solamente a una razón: comida. Nosotros y los mitraneos nos encontramos prisioneros en este continente con sus recursos limitados, y nada podemos hacer por aumentarlos. Frente a nosotros se alza siempre la pesadilla de la inanición, y a pesar de la inteligencia de la que tan orgullosos estamos, no hay nada que podamos hacer para evitarlo. ¡Oh, sí, hemos conseguido excavar laboriosamente algunos canales de irrigación, pero qué pequeña ha sido la ayuda que nos han prestado!

»Los filenios han descubierto cómo cultivar cosechas que aumentan en muchas veces la fertilidad del suelo. Yo creo que nosotros podemos hacer lo mismo, una vez hayamos adaptado sus herramientas para nuestro propio uso. Ésta es nuestra primera y más importante tarea, pero no es aquella a la cual me dedico con más afán. La solución final de nuestro problema, Eris, *debe ser el descubrimiento de nuevas tierras vírgenes a las cuales pueda emigrar nuestro pueblo.*

Se sonrió ante el asombro del otro.

—No, no creas que estoy loco. Tales tierras existen, estoy seguro de ello. Una vez me encontraba al borde del océano, y observé una bandada de pájaros que venían hacia tierra desde la lontananza del mar. También los he visto volar hacia afuera, con tal determinación, que estoy seguro que éstos iban a algún otro país. Y los he seguido con mis pensamientos.

—Incluso si tu teoría es cierta, y probablemente lo es —dijo Eris—. ¿De qué nos puede servir? —Señaló de un gesto al río que fluía junto a ellos—. En el agua nos ahogamos, y no se puede construir una cuerda que nos soporte... —Sus pensamientos se desvanecieron repentinamente en un arremolinado caos de ideas.

Terodimus se sonrió.

—De modo que ya has adivinado lo que confío hacer. Bueno, ahora podrás ver si tienes razón.

Habían llegado a una porción llana de la orilla, donde un grupo de filenios trabajaba afanosamente, bajo la supervisión de algunos de los ayudantes de Terodimus. Junto al borde del agua había un extraño objeto, que, según pudo darse cuenta Eris, consistía en muchos troncos de árbol unidos por medio de cuerdas.

Continuaron observando fascinados hasta que el organizado tumulto llegó a su punto culminante. Hubo mucho estirar y empujar, hasta que la balsa entró pesadamente en el agua, produciendo un gran chapoteo. Apenas habían cesado de

caer las salpicaduras, cuando un joven mitraneos saltó desde la orilla y comenzó a danzar alegremente sobre los troncos que ahora tiraban de sus amarras, como ansiosos de desprenderse y de seguir el curso del río hasta el mar. Un momento más tarde se le habían unido los otros, regocijándose en su dominio de un nuevo elemento. Los pequeños filenios, incapaces de saltar, permanecieron de pie contemplando pacientemente desde la orilla como se divertían sus amos.

La escena era tan alegre, que ninguno de los presentes podía dejar de percibirlo, si bien pocos de entre ellos se daban cuenta que se encontraban en un punto crucial de la historia. Solamente Terodimus se mantuvo un poco alejado de los demás, perdido en sus propios pensamientos. Sabía que aquella primitiva balsa no era más que un comienzo. Había que probarla en el río, y luego a lo largo de las costas del océano. El trabajo requeriría años, y no era probable que pudiese ver a los primeros viajeros a su regreso de aquellos países fabulosos cuya existencia no era aún más que una hipótesis. Pero lo que él había comenzado, otros lo terminarían.

Sobre su cabeza una bandada de pájaros pasaba a través de la selva. Terodimus los contempló pasar, envidiándoles su libertad de moverse a voluntad sobre la tierra y el mar. Había comenzado la conquista del agua para su raza, pero que los cielos también pudieran ser suyos algún día, estaba fuera incluso de su imaginación.

Aretenon, Jeryl y el resto de la expedición habían ya cruzado el río cuando Eris se despidió de Terodimus. Esta vez lo habían hecho sin que ni una sola gota de agua tocara sus cuerpos, pues la balsa había descendido la corriente y prestaba valioso servicio como trasbordador. Se estaba ya construyendo un modelo muy mejorado, pues era muy evidente que el prototipo no era precisamente muy marineramente. Esas dificultades iniciales fueron rápidamente superadas por diseñadores que, a pesar de verse forzados a emplear herramientas de la edad de piedra, sabían manejar sin dificultad las matemáticas de metacentros, flotaciones e hidrodinámica avanzada.

—Tu trabajo no será sencillo —dijo Terodimus—, pues no puedes mostrar a tu pueblo todas las cosas que has visto aquí. Al principio tendrás que contentarte con sembrar la semilla, con despertar interés y curiosidad, especialmente entre los jóvenes, quienes vendrán aquí para aprender más. Quizá te encontrarás con oposición; así lo supongo. Pero cada vez que vuelvas a nosotros tendremos nuevas cosas que enseñarte y que reforzarán tus argumentos.

Se tocaron los cuernos, y Eris se fue, llevándose consigo el conocimiento respecto a que iba a cambiar el mundo —muy lento al principio— y luego cada vez más rápidamente. Una vez cayesen las barreras, una vez que se hubiese dado a los mitraneos y los atelenios las sencillas herramientas que pudiesen sujetar a sus miembros delanteros, y usarlas sin otra ayuda, el progreso sería rápido. Pero, de momento, tenían que fiarse de los filenios para todo, y de esos había muy pocos.

Terodimus estaba satisfecho. Solamente desde un punto de vista se hallaba

decepcionado; había tenido la esperanza que Eris, que siempre había sido su favorito, fuese también su sucesor. El Eris que ahora regresaba a su propio pueblo no estaba ya ni obsesionado ni amargado, pues tenía una misión y esperanza en el futuro. Pero carecía de la visión aguda y de largo alcance que aquí se necesitaba; sería Aretenon quien debería terminar lo que él había comenzado. Pero en fin, eso tenía remedio, y no era aún necesario pensar en tales cosas. Terodimus era muy viejo, pero sabía que aún se encontraría muchas veces con Eris, aquí junto al río, a la entrada de su país.

* * *

En aquel momento el traspordador había desaparecido, y si bien Eris lo había ya esperado, se detuvo asombrado ante el gran arco del puente, que oscilaba ligeramente en la brisa. La ejecución no igualaba al diseño —en su suspensión parabólica habían entrado muchas matemáticas—, pero seguía siendo la primera gran obra de ingeniería de la historia. A pesar de haber sido construido enteramente con madera y cuerdas, predecía la forma de los gigantes metálicos del porvenir.

Eris se detuvo en medio de la corriente. Podía ver el humo que se levantaba de los astilleros frente al océano, y le pareció vislumbrar los mástiles de alguno de los nuevos bajeles que se estaban construyendo para el comercio de cabotaje. Era difícil creer que cuando había atravesado por primera vez aquel río le habían arrastrado colgado de una cuerda.

Aretenon les estaba esperando en la otra orilla. Ahora se movía más bien lento, pero sus ojos todavía brillaban con la antigua y despierta inteligencia. Recibió a Eris calurosamente.

—Me alegra que hayan venido; llegan justamente a tiempo.

Eris sabía que eso solamente podía significar una cosa.

—¿Han vuelto los barcos?

—Casi; los vislumbramos en el horizonte hace una hora. Están por llegar en cualquier momento, y entonces sabremos por fin la verdad, después de tantos años. Si sólo...

Sus pensamientos se desvanecieron, pero Eris podía continuarlos. Habían llegado a la gran pirámide de piedras bajo la cual yacía Terodimus, Terodimus, cuyo cerebro estaba detrás de todo lo que venía, pero que ahora no podría saber nunca si su sueño más querido era o no era cierto.

Por el mar se estaba levantando una tormenta, y se apresuraron a lo largo de la nueva carretera que bordeaba la orilla del río. Pequeños botes de un tipo que Eris no había visto antes pasaban de vez en cuando ante ellos, movidos por atelenios o mitraneos, con palas de madera sujetas a sus miembros delanteros. A Eris siempre le producía gran placer ver tales nuevas conquistas, tales nuevas liberaciones de su

pueblo de sus cadenas seculares. Y, sin embargo, a veces le recordaban a niños a quienes se suelta repentinamente en un nuevo mundo maravilloso, lleno de cosas estimulantes e interesantes que hay que hacer, tanto si prometían ser útiles como si no. En la última década, Eris había descubierto que la inteligencia pura no era a veces suficiente; había ciertas habilidades que ningún esfuerzo mental era suficiente para hacer adquirir. Si bien su pueblo había en gran parte superado su miedo al agua, eran aún muy incompetentes en el océano, y, por lo tanto, los filenios se habían convertido en los primeros navegantes del mundo.

Jeryl miró nerviosamente en derredor suyo cuando retumbó el primer trueno, que venía de la dirección del mar. Todavía llevaba el collar que Terodimus le había regalado hacía tanto tiempo; pero no era, ni con mucho, el único ornamento que ahora llevaba.

—Espero que los barcos estarán a salvo —dijo ansiosamente.

—No hace mucho viento, y ya han capeado temporales mucho peores que éste —dijo Aretenon tranquilizándola, mientras entraban en su cueva. Eris y Jeryl miraron en derredor con ávido interés, para ver qué nuevas maravillas habían hecho los filenios durante su ausencia; pero si había alguna, se hallaba, como de costumbre, escondida hasta que Aretenon pudiese enseñársela a ellos. Era algo infantil en su afición a tales pequeñas sorpresas y misterios.

La reunión tenía un aire distraído que hubiese dejado perplejo a un observador ignorante de su causa. Mientras Eris hablaba de todas las alteraciones del mundo externo, del éxito de los nuevos establecimientos filenios, y del continuo desarrollo de la agricultura entre su pueblo, Aretenon escuchaba con sólo la mitad de su mente. Sus pensamientos, y los de sus amigos, estaban lejos, mar adentro, e iban al encuentro de los barcos que regresaban, y que quizá traían la mayor noticia que el mundo había recibido.

Al terminar Eris su informe, Aretenon se levantó y comenzó a moverse inquieto alrededor de la habitación.

—Han adelantado más de lo que nos habíamos atrevido a esperar al principio. Por lo menos no ha habido guerra durante una generación, y nuestra producción de alimentos va por delante de la población, por primera vez en la historia, gracias a nuestras nuevas técnicas agrícolas y ganaderas.

Aretenon echó una ojeada a los objetos de su habitación, recordando con esfuerzo el hecho que en su propia juventud casi todo lo que veía le hubiese parecido imposible o sin sentido. Entonces no había existido ni la más sencilla de las herramientas; por lo menos su pueblo no había conocido ninguna. Ahora había barcos y casas y puentes, y eso no era sino un principio.

—Estoy satisfecho —dijo—. Tal como lo habíamos proyectado, hemos desviado la corriente de nuestra cultura, apartándola de los peligros que se alzaban en su

camino. Los poderes que hicieron posible la Locura pronto serán olvidados; solamente un puñado de nosotros los conoce, y nos llevaremos con nosotros nuestro secreto. Quizá cuando nuestros descendientes los vuelvan a descubrir serán lo suficientemente sensatos para utilizarlos adecuadamente. Pero hemos descubierto tantas maravillas, que quizá transcurran mil generaciones antes que volvamos a contemplar nuestras propias mentes y a perturbar las fuerzas encerradas en ella.

Un relámpago iluminó repentinamente la boca de la cueva. La tormenta se acercaba, aunque estaba todavía a unos cuantos kilómetros. La lluvia comenzaba a caer desde un cielo plomizo en grandes y tenebrosas gotas.

—Mientras esperamos a los barcos —dijo Aretenon bastante abruptamente—, vayan a la cueva de al lado y verán algunas cosas nuevas que podemos mostrarles desde vuestra última visita.

Era una extraña colección. Unas junto a otras, sobre la misma mesa, había herramientas e invenciones que en otras culturas habían estado separadas por miles de años. La Edad de Piedra había pasado, y habían llegado el bronce y el hierro; se habían construido ya los primeros instrumentos científicos rudimentarios, destinados a experimentos que estaban haciendo retroceder las fronteras de lo desconocido. Una primitiva retorta hablaba de los principios de la química, y a su lado se encontraban las primeras lentes que el mundo había visto, esperando revelar los insospechados universos de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande.

La tormenta se encontraba sobre ellos cuando la descripción que Aretenon estaba haciendo de aquellas nuevas maravillas llegó a su fin. De vez en cuando había echado una ojeada nerviosa a la boca de la cueva, como si esperase a un mensajero del puerto, pero nadie les había perturbado, excepto el estampido de algún que otro trueno.

—Les he enseñado todo lo importante —dijo—, pero aquí hay algo que quizá les divierta mientras esperan. Como ya dije, hemos enviado expediciones por todas partes para recoger y clasificar todas las rocas posibles, con la esperanza de encontrar minerales útiles. Una de ellas regresó con eso.

Apagó las luces, y la cueva quedó en completa oscuridad.

—Pasará algún tiempo antes que vuestros ojos se hagan lo suficientemente sensibles para verlo —les advirtió Aretenon—. Miren hacia aquel rincón.

Eris esforzó sus ojos hacia la oscuridad. Al principio no pudo ver nada; luego, lentamente, se hizo visible una débil luz azul. Era tan vaga y tan difusa que no le era posible enfocar sobre ella sus ojos, y automáticamente se adelantó.

—Yo no me acercaría demasiado —aconsejó Aretenon—. Parece ser un mineral perfectamente corriente, pero los filenios que lo encontraron y lo trajeron sufren unas quemaduras muy extrañas a consecuencia de manejarlo. Y, sin embargo, al tacto aparece frío. Algún día conoceremos su secreto, pero no creo que sea nada

importante.

La enorme cortina de un relámpago difuso dividió el firmamento, y por un instante el reflejo de su resplandor iluminó la cueva, fijando extrañas sombras en las paredes. En aquel mismo instante uno de los filenios entró tambaleándose en la cueva y dijo algo a Aretenon con su voz delgada y quebrada. Y éste dio un gran alarido de triunfo, como uno de sus antepasados podía haber dado en algún antiguo campo de batalla; y sus pensamientos fueron a estrellarse en la mente de Eris.

—¡Tierra! ¡Han encontrado tierra! ¡Todo un nuevo continente nos espera!

Eris sintió la sensación de triunfo y de victoria en lo más profundo de su ser, como agua que brota de un manantial. Despejada en el futuro, se abría ahora la nueva y gloriosa ruta a lo largo de la cual avanzarían sus hijos, dominando en su avance al mundo y todos sus secretos. Y la visión de Terodimus se hizo por fin distinta y brillante ante sus ojos.

Buscó la mente de Jeryl para compartir con ella su alegría, y la encontró cerrada para él. Inclinandose hacia ella en la oscuridad, percibió que estaba todavía contemplando las profundidades de la caverna, como si no hubiese oído la maravillosa noticia, y no pudiese apartar sus ojos de aquel enigmático resplandor.

De las entrañas de la noche salió el rugido del tardío trueno en su carrera a través del cielo. Eris sintió que Jeryl temblaba a su lado, y envió hacia ella sus pensamientos para consolarla.

—No lo sé —contestó Jeryl—. Tengo miedo, pero no del trueno. Oh, Eris, lo que hemos hecho es maravilloso, y quisiera que Terodimus estuviese aquí para poderlo ver. ¿Pero adónde nos conducirá este nuevo camino nuestro?

Las palabras que Aretenon había dicho en un tiempo, se alzaban ahora desde el pasado y la obsesionaban. Recordaba su paseo de hacía mucho tiempo, junto al río, cuando él había hablado de sus esperanzas y le había dicho: «Ciertamente, nada que podamos aprender de la Naturaleza será nunca una amenaza tan grande como el peligro que hemos descubierto en nuestras propias mentes». Y ahora aquellas palabras parecían burlarse de ella y proyectar una sombra sobre el dorado futuro; pero por qué, no lo hubiese sabido decir.

Único, quizá, de entre todas las razas del universo, su pueblo había llegado a la segunda encrucijada sin haber nunca pasado la primera. Ahora tenían que recorrer el camino que antes habían dejado de lado, y tenían que enfrentarse con el reto que se encuentra a su final, el reto del cual no podrían, esta vez escapar.

En la oscuridad, el vago resplandor de los átomos que morían ardía imperturbable en la roca. Y seguiría ardiendo allí, apenas debilitado, cuando Jeryl y Eris fuesen polvo desde siglos. Sería solamente un poco más débil, cuando la civilización que estaban construyendo hubiese revelado sus secretos.

¡SI TE OLVIDASE, OH TIERRA!

(If I Forget Thee, O Earth..., 1951)

Cuando Marvin cumplió diez años, su padre le llevó a través de los largos corredores llenos de ecos que conducían a través de la Administración y del Poder, hasta que al fin llegaron a los niveles más altos, y se encontraron entre la vegetación rápidamente creciente de las tierras agrícolas. A Marvin le gustaba aquello; era divertido observar las grandes y delgadas plantas que trepaban con un empuje casi visible hacia la luz del sol, que se filtraba, yendo a su encuentro, a través de las cúpulas de plástico. Por todas partes se percibía el olor de vida, que despertaba ansias inexpresables en su corazón, tan pronto como respiraba el aire fresco y seco de los niveles residenciales, purgados de todos los olores excepto por la vaga picazón del ozono. Hubiese deseado poderse quedarse ahí algún rato, pero su padre no se lo permitió. Continuaron subiendo hasta que llegaron a la entrada del observatorio, el cual no había visitado nunca, pero no se detuvieron; y Marvin se dio entonces cuenta con cierta trepidación interior, que no podía quedarles ya más que una meta. Por vez primera en su vida, iba a salir al exterior.

En la gran cámara de servicio había una docena de vehículos superficiales, con sus amplios neumáticos y sus cabinas a presión. Debían haber estado esperando a su padre, pues inmediatamente fueron conducidos al pequeño automóvil explorador que esperaba junto a la puerta circular de la esclusa de aire. Con tensa expectación, Marvin se instaló en la pequeña cabina mientras su padre ponía en marcha el motor y comprobaba los mandos. Se abrió la puerta interior de la esclusa y luego se cerró tras ellos; oyó el rugido de las grandes bombas de aire que se desvanecía lentamente, a medida que la presión descendía hasta cero. Entonces se encendió la señal de «Vacío», se separó la puerta exterior y la tierra, que todavía era para él desconocida, se abrió frente a Marvin.

Naturalmente, la había visto en fotografías; la había observado cien veces en las pantallas de la televisión, pero ahora se encontraba, en realidad, alrededor suyo, ardiendo bajo el feroz sol que tan lentamente se arrastraba a través de un cielo de un negro de azabache. Miró hacia el oeste, en dirección opuesta al cegador resplandor del sol, y allí estaban las estrellas, tal como se lo habían dicho, pero como nunca había realmente creído. Las contempló largo tiempo, maravillándose que cosa alguna pudiese ser tan brillante y al mismo tiempo tan pequeña. Eran puntos intensos que no oscilaban, y repentinamente recordó un verso que hacía tiempo había leído en uno de los libros de su padre:

Parpadea estrellita,

Me pregunto lo que eres.

Pues bien, él sí que sabía lo que eran las estrellas. Quienquiera que fuese que había preguntado aquello, debía haber sido muy estúpido. ¿Y qué querían decir con parpadear? Se podía ver inmediatamente que todas las estrellas brillaban con la misma luz constante y fija. Abandonó el problema y dirigió su atención al paisaje en derredor suyo.

Corrían a través de una llanura a casi ciento cincuenta kilómetros por hora, y los grandes neumáticos despedían pequeños chorros de polvo tras ellos. No se veía señal alguna de la Colonia; en los pocos minutos que había estado contemplando las estrellas, las cúpulas y sus torres de radio habían desaparecido tras el horizonte. Y, sin embargo, había otras indicaciones de la presencia del hombre, pues a eso de unos dos kilómetros por delante, Marvin podía ver unas estructuras de forma curiosa agrupadas en derredor de la entrada de una mina. De vez en cuando un chorro de vapor salía de una cuadrada chimenea y se dispersaba inmediatamente.

En un momento habían dejado atrás la mina; el padre guiaba con una habilidad imperturbable y embriagadora como si —era extraño que tal pensamiento acudiese a la mente de un niño— como si estuviese tratando de escapar de algo. Al cabo de pocos minutos alcanzaron el borde de la meseta sobre la cual se había levantado la Colonia. El terreno caía rápidamente bajo sus pies formando una rampa empinada, cuya parte inferior se perdía en la sombra. Por delante, y tan lejos como se alcanzaba a ver, había un montón de cráteres, cordilleras montañosas y arroyos. Las cimas de las montañas que captaban el bajo sol, quemaban como islas de fuego en un mar de oscuridad; y por encima de ellas las estrellas brillaban todavía, tan fijas como siempre.

No era posible que hubiese allí camino para proseguir adelante, y sin embargo lo había. Marvin cerró los puños cuando el automóvil se precipitó por la pendiente y comenzó el largo descenso. Entonces vislumbró el camino apenas visible que conducía hacia abajo por la ladera de la montaña, y se tranquilizó un poco. Al parecer, otros hombres habían pasado antes por allí.

Cayó la noche con una rapidez alarmante mientras cruzaban la línea entre sol y sombra y el sol desaparecía por debajo de la cresta de la meseta. Los dos faros gemelos se iluminaron, proyectando franjas de un blanco azulado sobre las rocas de enfrente, de modo que apenas hubo necesidad de reducir la velocidad. Durante horas marcharon a través de valles y pasaron al pie de montañas cuyas cimas parecían peinar las estrellas, y a veces, cuando trepaban por terreno más alto, emergían por un instante a la luz del sol.

Y ahora a la derecha se veía una llanura arrugada y polvorienta, y a la izquierda contrafuertes y terrazas que se alzaban kilómetro tras kilómetro hacia el cielo; había

una barrera de montañas que se adentraban en la distancia hasta que sus cumbres se hundían, perdiéndose de vista bajo el borde del mundo. No había señal alguna indicando que el hombre hubiese nunca explorado aquella tierra, pero una vez pasaron junto al esqueleto de un cohete que se había estrellado, y a su lado, un montículo de piedras coronado por una cruz de metal.

A Marvin le pareció que las montañas se extendían indefinidamente; pero, al fin, muchas horas más tarde, la cordillera terminó en un majestuoso promontorio que se alzaba abruptamente sobre un grupo de pequeñas colinas. Continuaron descendiendo hasta llegar a un umbrío valle que se curvaba formando un gran arco hacia el lado lejano de las montañas; y mientras hacían eso, Marvin se dio cuenta que algo muy extraordinario ocurría en la tierra por delante de ellos.

El sol estaba ahora bajo, tras las colinas de la derecha; el valle frente a ellos debería estar en una oscuridad total. Y, sin embargo, estaba lleno de una radiación blanca y fría que se derramaba por los peñascales bajo los cuales estaban avanzando. Y entonces, repentinamente, salieron a la llanura abierta y la fuente de aquella luz apareció frente a ellos en todo su esplendor.

Ahora que se habían detenido los motores reinaba un gran silencio en la cabina. El único ruido era el débil murmullo del aparato de suministro de oxígeno, y de vez en cuando la crepitación metálica de las paredes externas del vehículo al irradiar su calor. Pues no llegaba calor ninguno del gran creciente plateado que flotaba bajo aquel paisaje con luz perlina. Era tan brillante que pasaron algunos minutos antes que Marvin se decidiese a aceptar su desafío, y mirase de frente su resplandor, pero al fin pudo discernir los contornos de continentes, el borde nebuloso de la atmósfera, las blancas islas de nubes. E incluso a esa distancia podía percibir el brillo de la luz del sol sobre el hielo polar.

Era hermoso, y llamó a su corazón a través de los abismos del espacio. Allá en aquel creciente resplandor se encontraban todas las maravillas que él nunca había visto, los matices de las puestas del sol, el gemido del mar en las costas pedregosas, el murmullo de la lluvia al caer, la bendición pausada de la nieve. Esas miles de otras maravillas debieron haber sido su herencia a través de libros y de antiguas historias, y aquel pensamiento le llenó de la angustia del destierro.

¿Por qué no podían volver? Parecía tan tranquilo bajo aquellas franjas de nubes en marcha... Y entonces Marvin, cuyos ojos ya no estaban cegados por el resplandor, vio que aquella porción del disco que debía haber estado en la oscuridad resplandecía débilmente con perversa fosforescencia; y recordó. Estaba contemplando la pira funeral de un mundo. La cosecha radiactiva de Armagedón. A través casi de un millón de kilómetros de espacio era todavía visible el resplandor de los átomos agonizantes, recuerdo perenne del ruinoso pasado. Aún habrían de pasar siglos antes que el resplandor mortífero muriese en las rocas y pudiese retornar nuevamente la vida a

llenar aquel mundo silencioso y vacío. Y ahora el Padre comenzó a hablar, explicando a Marvin la historia que hasta aquel momento no había significado para él más que los cuentos de hadas que había oído en su infancia. Había muchas cosas que no podía comprender; le resultaba imposible imaginarse aquel esquema de vida resplandeciente, multicolor del planeta que no había visto nunca. Y tampoco podía comprender las fuerzas que lo habían destruido al fin, dejando a la Colonia, protegida por su aislamiento, como único superviviente. Y, sin embargo, podía compartir la agonía de aquellos días finales, cuando la Colonia se había finalmente enterado que ya nunca más vendrían las naves de suministro flotando a través de las estrellas, con regalos de la patria. De una en una las estaciones de radio habían cesado de llamar; sobre el globo en sombra las luces de las ciudades habían ido palideciendo y muriendo, y al final se encontraron solos, tan solos como nunca ningún hombre lo había estado antes, llevando en sus manos el futuro de la raza.

Luego habían venido los años de desesperación, y la larga batalla por la supervivencia en aquel mundo feroz y hostil. Aquella batalla se había ganado, pero por poco; el pequeño oasis de vida estaba a salvo de lo peor que pudiese hacer la Naturaleza. Pero a menos que hubiese un objetivo, un futuro por el cual trabajar, la Colonia perdería su voluntad de vivir, y ni las máquinas, ni la habilidad, ni la ciencia podrían salvarla.

Y así, al fin, Marvin comprendió el objeto de su peregrinación. Él no pasearía nunca junto a los ríos de aquel mundo perdido y legendario, ni escucharía el retumbar del trueno sobre sus colinas. Y sin embargo, un día —¿a qué distancia en el futuro?— los hijos de sus hijos regresarían a reclamar su herencia. Los vientos y las lluvias irían lavando los venenos de las quemadas tierras y los arrastrarían hacia el mar, en cuyas profundidades se consumirían, hasta que no pudiesen hacer ya daño a ningún ser viviente. Y entonces las grandes naves que estaban aún aquí esperando en las llanuras silenciosas y polvorientas, se elevarían una vez más hacia el espacio, por la ruta que conducía a la patria.

Tal era el sueño, y Marvin, con súbita intuición, supo que se lo transmitiría a su propio hijo, aquí, en este mismo lugar, teniendo tras él las montañas, y mientras la luz plateada le bañaba el rostro.

Cuando comenzaron la jornada de regreso, no se volvió para mirar. No podía soportar ver como el frío esplendor de la media Tierra desaparecía de las rocas en derredor suyo, mientras iba a reunirse nuevamente con su pueblo en su largo destierro.

TENSIÓN EXTREMA

(*Breaking Strain*, 1949)

Grant estaba escribiendo el cuaderno de bitácora de la *Reina Estelar*, cuando oyó que se abría tras él la puerta de la cabina. No se molestó en volverse para mirar —ya que era innecesario, pues a bordo de la nave solamente había otro hombre—. Pero al no ocurrir nada, y cuando McNeil no habló ni entró en la habitación, el largo silencio despertó por fin la curiosidad de Grant, quien entonces hizo girar su asiento sobre los soportes, volviéndose.

McNeil estaba de pie junto a la puerta, y a juzgar por su aspecto, parecía como si hubiese visto un espectro. Esa gastada metáfora se presentó inmediatamente en la mente de Grant, quien, hasta al cabo de un instante, no supo lo cercana que estaba a la realidad. En cierto modo, McNeil realmente había visto un espectro —el más espantoso de todos—, el suyo propio.

—¿Qué ocurre? —dijo Grant, enojado—. ¿Estás enfermo, o qué?

El ingeniero denegó con la cabeza. Grant observó las pequeñas gotas de sudor que se desprendían de su frente y se desplazaban a través de la habitación, siguiendo trayectorias perfectamente rectilíneas. Los músculos de su garganta se movieron, pero por un breve rato no salió sonido alguno. Parecía como si fuese a llorar.

—Estamos perdidos —murmuró al fin—. Se nos fue la reserva de oxígeno.

Y entonces, verdaderamente lloró. Parecía una lacia muñeca, que se doblaba lentamente sobre sí misma. No podía caerse, porque no había gravedad, de modo que se dobló sencillamente en medio del aire.

Grant no dijo nada. Inconscientemente aplastó en el cenicero la humeante colilla de su cigarrillo, moliéndola ferozmente hasta que se hubo extinguido la última chispa. Le parecía ya como si el aire se estuviese espesando en derredor suyo, en tanto que el más antiguo terror de las naves espaciales le oprimía la garganta.

Se desató lentamente las cintas elásticas que, mientras estaba sentado, daban cierta impresión de peso, y con habilidad automática se lanzó a través de la puerta. McNeil no se ofreció a seguirle. Grant pensó que, aun teniendo en cuenta la impresión que había recibido, se estaba portando muy mal. Sacudió enojado al ingeniero al pasar, y le dijo que se portase como un hombre.

La bodega era una gran cámara hemisférica que tenía en su centro una gruesa columna por la cual pasaban los mandos y los cables a la otra mitad de la nave espacial, que estaba a unos cien metros de distancia; en conjunto, la nave tenía la forma de una pesa de gimnasia. Estaba llena de cajones y cajas dispuestas con surrealismo tridimensional, en forma que hacía muy pocas concesiones a la gravedad.

Pero aunque todo el cargamento hubiese desaparecido, Grant apenas si lo hubiese

notado. Solamente le interesaba el gran tanque de oxígeno, que era más alto que él, y que estaba atornillado a la pared, cerca de la puerta interior de la esclusa.

Estaba tal como lo había visto la última vez, resplandeciente bajo su capa de pintura de aluminio, y sus paredes metálicas tenían todavía al tacto aquella sensación de frescura, que era la única indicación de su contenido. Todas las tuberías parecían estar en perfecto estado. No había señal alguna indicando que algo estuviese mal, salvo un pequeño detalle. La aguja del manómetro indicador del contenido yacía muda junto al punto cero.

Grant contempló aquel silencioso símbolo como un hombre del antiguo Londres, al regresar una noche a su casa, durante la Peste, pudo haber contemplado una burda cruz recientemente marcada en la puerta. Luego golpeó el cristal media docena de veces con la fútil esperanza que la aguja se hubiese enganchado, aunque en realidad nunca dudó de su mensaje. Una noticia que es lo suficientemente mala lleva consigo, por la razón que sea, la garantía de su autenticidad. Solamente es preciso confirmar las buenas noticias.

* * *

Cuando Grant regresó a la sala de mandos, McNeil ya volvía a ser el mismo. Una ojeada al abierto botiquín mostraba la razón de la rápida recuperación del ingeniero. Incluso intentó mostrarse algo humorista.

—Fue un meteoro —dijo—. Nos dicen que una nave de este tamaño debe ser alcanzada una vez cada cien años. Parece ser que nosotros nos hemos adelantado noventa y cinco.

—Pero ¿y las alarmas? La presión del aire es normal. ¿Cómo podemos haber sido perforados?

—No lo hemos sido —replicó McNeil—. Ya sabes que el oxígeno circula por el lado nocturno, a través de espirales refrigeradoras, para mantenerlo líquido. El meteoro las debe haber reventado, y el líquido, sencillamente, se ha evaporado en su totalidad.

Grant permaneció silencioso, pensando. Lo que había ocurrido era serio, enormemente serio, pero no tenía por qué ser necesariamente fatal. Al fin y al cabo, habían transcurrido ya las tres cuartas partes del viaje.

—¿Pero no es cierto que el regenerador puede mantener respirable el aire, incluso aunque se llegue a enrarecer bastante? —preguntó esperanzado.

McNeil denegó con la cabeza.

—No lo he calculado en detalle, pero conozco la respuesta. Cuando se absorbe el anhídrido carbónico y se hace circular de nuevo el oxígeno, hay una pérdida de un diez por ciento, y es por esa razón que debemos llevar una reserva.

—¡Los trajes espaciales! —gritó Grant, repentinamente animado—. ¿Y sus tanques?

Había hablado sin pensar, y al darse cuenta de su error se sintió aún peor que antes.

—No podemos conservar oxígeno en ellos, herviría todo en pocos días. Hay suficiente gas comprimido para unos treinta minutos, lo suficiente para permitir llegar al tanque principal en caso de emergencia.

—Tiene que haber una solución, incluso si tenemos que tirar el cargamento y escaparnos. Dejémonos de adivinanzas, y veamos exactamente cuál es nuestra situación.

Grant estaba más furioso que asustado. Estaba enojado con McNeil por su hundimiento moral. Estaba furioso con los diseñadores de la nave porque no habían previsto este caso en Dios sabe cuántos millones. La fecha límite podía estar a unos quince días, y hasta entonces podían pasar muchas cosas. Esa idea le ayudó a mantener sus temores a cierta distancia.

Sin duda alguna se trataba de una emergencia, pero era una de aquellas emergencias a largo plazo que parecían solamente ocurrir en el espacio. Había mucho tiempo para ir pensando, quizá demasiado tiempo.

Grant se sujetó a su asiento de piloto y sacó un bloc de papel de escribir.

—Aclaremos los hechos —dijo con artificiosa calma—. Tenemos el aire que está circulando por la nave, y perdemos un diez por ciento de oxígeno cada vez que pasa a través del regenerador. Lánzame el Manual, ¿quieres? No puedo nunca recordar cuántos metros cúbicos usamos por día.

Al decir que la *Reina Estelar* podía esperar ser alcanzada por un meteoro una vez cada cien años, McNeil había inevitable, pero burdamente, simplificado el problema. Pues la respuesta dependía de tantos factores que tres generaciones de estadísticos no habían hecho sino establecer unas leyes tan vagas que las compañías de seguros todavía temblaban de aprensión cuando las grandes lluvias de meteoros barrían como una tempestad las órbitas de los mundos exteriores.

Naturalmente, todo dependía de lo que se entendiese por la palabra meteoro. Cada fragmento de materia meteórica que alcanza la superficie de la Tierra tiene un millón de hermanos más pequeños que perecen en aquella tierra de nadie, donde la atmósfera no ha terminado aún y el espacio no ha comenzado todavía, aquella región espectral donde a veces aparece de noche la extraña Aurora.

Están las conocidas estrellas fugaces, rara vez mayores que una cabeza de alfiler, y a su vez hay un número millones de veces mayor de partículas demasiado pequeñas para dejar traza alguna visible de su muerte a su paso desde las alturas del espacio. Todas ellas, las innumerables partículas de polvo, los escasos pedruscos e incluso las errantes montañas que la Tierra encuentra una vez quizá cada millón de años, todos

son meteoros.

Por lo que se refiere a los viajes espaciales, un meteoro es solamente de interés si al penetrar en el casco de una nave deja un orificio lo suficientemente grande para ser peligroso. Se trata de una cuestión de velocidades relativas además de tamaños. Se han preparado tablas que indican los tiempos aproximados de colisión para diversas partes del Sistema Solar y para meteoros de diversos tamaños, hasta los menores, de masas de unos pocos miligramos.

El que había alcanzado a la *Reina Estelar*, había sido un gigante, de aproximadamente un centímetro de ancho y de unos diez gramos de peso. Según las tablas, el tiempo que había que esperar para chocar con un monstruo semejante era del orden de diez elevado a nueve días —aproximadamente unos tres millones de años—. La certeza virtual respecto a que tal cosa no volvería a ocurrir durante el transcurso de toda la historia humana no consolaba mucho a McNeil y a Grant.

Sin embargo, podía haber sido peor. La *Reina Estelar* llevaba 115 días en su órbita, y solamente le quedaban otros treinta de viaje. Avanzaba, como todos los cargueros, por la larga elipse tangencial que rozaba las órbitas de la Tierra y de Venus a lados opuestos del Sol. Las rápidas naves de pasajeros podían cruzar de un planeta a otro a una velocidad tres veces mayor —y con un consumo de combustible diez veces mayor—, pero aquella podía ir avanzando por su ruta predeterminada, como un tranvía, y tardaba aproximadamente 145 días por viaje.

Hubiese sido difícil imaginar algo menos parecido a la idea de una nave espacial de principios del siglo veinte, que la *Reina Estelar*. Consistía en dos esferas, una de cincuenta, y otra de veinte metros de diámetro, unidas por un cilindro de unos cien metros de longitud. En conjunto la estructura se asemejaba a un modelo de bolas y palillos que representase un átomo de hidrógeno. La tripulación, el cargamento y los mandos se encontraban en la esfera mayor, mientras que la más pequeña transportaba los motores atómicos, y era zona prohibida para toda materia viviente.

La *Reina Estelar* había sido construida en el espacio, y no hubiese nunca podido elevarse ni tan sólo de la superficie de la Luna. A toda potencia su motor iónico podía producir una aceleración que era un vigésimo de la gravedad, la cual en una hora le daba toda la velocidad necesaria para convertirse en un satélite de la Tierra o en uno de Venus.

Transportar el cargamento desde los planetas era el trabajo de los pequeños pero poderosos cohetes químicos. Dentro de un mes subirían a su encuentro los remolcadores desde Venus, pero la *Reina Estelar* no se detendría, pues no habría nadie en los mandos. Continuaría ciegamente en su órbita, pasando Venus a varios kilómetros por segundo, y cinco meses más tarde volverían a estar de vuelta en la órbita de la Tierra, si bien la Tierra misma estaría entonces muy lejos.

Es curioso el tiempo que se tarda en hacer una sencilla suma, cuando la vida de uno depende del resultado. Grant recorrió media docena de veces la corta columna de números, antes de abandonar finalmente la esperanza a que variase el total. Y luego se quedó sentado manoseando nerviosamente el blanco plástico del escritorio del piloto.

—Haciendo todas las economías posibles —dijo— podemos durar unos veinte días. Eso quiere decir que estaremos a unos diez días de Venus cuando... —su voz fue desvaneciéndose hasta terminar en un silencio.

Diez días no parecían mucho —pero lo mismo hubiesen sido diez años—. Grant pensó sardónicamente en todos los escritores baratos que habían utilizado precisamente esa situación en sus historias y en aventuras por entregas en la radio. En tales circunstancias, según los expertos de mesa de café —pocos de ellos habían estado nunca más allá de la Luna—, podían ocurrir tres cosas.

La solución más adecuada —que se había convertido casi en un cliché— consistía en convertir la nave en un invernadero de lujo o granja hidropónica, y dejar que la fotosíntesis hiciese lo demás. O bien se podían realizar prodigios de ingeniería química o atómica —explicados con pesado detalle técnico— y constituir una planta que produjese oxígeno, que no solamente salvaba la vida de uno, y naturalmente la de la heroína, sino que también le convertía a uno en el propietario de unas patentes fabulosamente valiosas. La tercera solución, *deus ex machina*, consistía en la llegada de una oportuna nave que precisamente daba la casualidad que igualaba exactamente vuestro propio rumbo y velocidad.

Pero eso era ficción, y las cosas son diferentes en la vida real. Si bien la primera de aquellas ideas era correcta en teoría, no había ni un sólo paquete de semillas de hierba a bordo de la *Reina Estelar*. Y por lo que se refiere a proezas de ingeniería inventiva, dos hombres —por muy brillantes y desesperados que estuviesen— no era fácil que en pocos días mejorasen el trabajo de docenas de grandes organizaciones de investigación industrial durante todo un siglo.

La nave espacial que «daba la casualidad que pasaba por allí», era, casi por definición, imposible. Incluso si hubiese habido otros cargueros avanzando sobre la misma ruta elíptica —y Grant sabía que no había ninguno—, precisamente por las mismas leyes que determinaban sus movimientos, mantendrían siempre su separación original. No era del todo imposible que una nave de pasajeros, corriendo por su órbita hiperbólica, pasase a unos cuantos centenares de miles de kilómetros de ellos, pero a una velocidad tan grande que sería tan inaccesible como Plutón.

—¿Si arrojásemos el cargamento —dijo finalmente McNeil—, tendríamos alguna posibilidad de alterar nuestra órbita?

Grant movió la cabeza.

—Así lo había esperado —respondió—, pero no serviría. Podríamos llegar a Venus dentro de una semana, si quisiésemos; pero no nos quedaría combustible para frenar, y nada del planeta podría alcanzarnos a nuestro paso.

—¿Ni siquiera una nave de pasajeros?

—Según el *Registro de Lloyd*, actualmente Venus solamente tiene un par de cargueros. En todo caso sería una maniobra prácticamente imposible. Incluso si consiguiese igualar nuestra velocidad, ¿cómo podría la nave de salvamento regresar? Para completar la operación se necesitarían unos cincuenta kilómetros por segundo.

—Si nosotros no podemos encontrar una solución —dijo McNeil—, quizá alguien en Venus pueda hacerlo. Hablemos con ellos.

—Voy a hacerlo —replicó Grant— tan pronto haya decidido lo que voy a decirles. Ve y prepara el transmisor, ¿quieres?

Contempló cómo McNeil salía flotando de la habitación. Probablemente el ingeniero daría trabajo en los días que se acercaban. Hasta ahora se habían entendido bastante bien. Como todos los hombres gruesos, McNeil era persona de carácter fácil y pacífico. Pero ahora Grant se daba cuenta que le faltaba temple. A fuerza de vivir tanto tiempo en el espacio, se había vuelto lacio, tanto física como moralmente.

* * *

Resonó un zumbido en el tablero del transmisor. El espejo parabólico del casco estaba orientado hacia la resplandeciente lámpara de arco de Venus, que estaba solamente a diez millones de kilómetros de distancia, y que se movía en una trayectoria casi paralela. Las ondas de tres milímetros del transmisor de la nave harían el viaje en poco más de medio minuto. Era amargo darse cuenta que estaban a solamente treinta segundos de la salvación.

El monitor automático de Venus dio su señal impersonal de *Adelante*, y Grant comenzó a hablar pausadamente y, así lo esperaba, desapasionadamente. Analizó cuidadosamente la situación, y terminó con una solicitud de consejo. Nada dijo de sus temores en lo referente a McNeil. Entre otras razones, sabía que el ingeniero le estaría escuchando en el transmisor.

Hasta aquel momento nadie en Venus habría aún oído el mensaje, a pesar que había ya pasado el tiempo de retraso del transmisor. Estaría todavía arrollado en los carretes grabadores, pero dentro de pocos minutos llegaría un inocente oficial de señales y lo haría sonar.

No tenía ni idea de la bomba que iba a estallar, despertando olas de simpatía en todos los mundos habitados, en cuanto la televisión y los periódicos se apoderasen de la noticia. Un accidente en el espacio tiene una calidad tal que barre de los titulares a

todas las demás noticias.

Hasta entonces Grant había estado demasiado preocupado por su propia seguridad para haber pensado en el cargamento que se le había confiado. Un capitán de barco de los tiempos pasados, cuyo primer pensamiento era para su barco, podría quizá haberse escandalizado de tal actitud. Sin embargo, la razón estaba en este caso del lado de Grant.

La *Reina Estelar* nunca podría hundirse, nunca podría chocar con rocas que no figuran en los mapas, ni desaparecer silenciosamente para siempre, como tantos barcos han desaparecido, del mundo de los hombres. La nave estaba a salvo, ocurriese lo que ocurriese a su tripulación. Si no se la perturbaba, continuaría trazando su órbita con tal precisión que los hombres podrían fijar sus calendarios por ella, durante siglos por venir.

Grant recordó repentinamente que el cargamento estaba asegurado en veinte millones de dólares. No había muchas cosas que fuesen lo suficientemente valiosas para ser transportadas de un mundo a otro, y la mayoría de los cajones que había en la bodega valían más que su peso —o mejor dicho, su masa—, en oro. Quizá alguno de los artículos fuese útil en la emergencia presente, y Grant se dirigió a la caja fuerte para sacar la lista de embarque.

Estaba separando las delgadas y resistentes hojas cuando McNeil entró nuevamente en la cabina.

—He reducido la presión del aire —dijo—. Hay algunas pérdidas en el casco, que en condiciones normales no hubiesen importado.

Grant asintió distraídamente y pasó un fajo de hojas a McNeil.

—Ésta es nuestra lista de embarque. Propongo que los dos la miremos, en caso que haya algo en el cargamento que nos pueda ser útil.

Y podía haber añadido que, sino para otra cosa, por lo menos serviría para ocuparles en algo.

Al ver a lo largo de las extensas columnas de partidas un muestrario completo del comercio interplanetario. Grant no pudo menos de preguntarse qué habría detrás de estos inanimados símbolos. *Partida 347 - 1 libro - 4 kilos bruto.*

Dejó escapar un silbido, al notar que estaba marcado con una estrella y asegurado en cien mil dólares, y repentinamente recordó haber oído por la radio que el Museo Hespérico acababa de comprar una primera edición de *Los Siete Pilares de la Sabiduría*.

Unas cuantas hojas más adelante había otra partida que contrastaba con aquella: *Libros Varios - 25 kilos - sin valor intrínseco.*

Había costado una pequeña fortuna enviar aquellos libros a Venus, y sin embargo «carecían de valor intrínseco». Grant dejó vagar su imaginación. Quizá alguien que deja la Tierra para siempre se llevaba consigo a un nuevo mundo sus posesiones más

apreciadas, aquella docena aproximadamente de libros que más habrían contribuido a formar su mente.

Partida 564 - 21 carretes de películas.

Eso sería, naturalmente, la súper-épica neroniana, *Mientras Arde Roma*, que había salido de la Tierra antes de la censura. Venus la esperaba con considerable impaciencia.

Suministros médicos - 50 kilos. Caja de cigarros - 1 kilo. Instrumentos de precisión - 75 kilos. Y así seguía la lista. Cada partida era algo raro, algo que la industria y la ciencia de una civilización más joven no podía aún producir.

El cargamento estaba netamente dividido en dos clases: puro lujo, o necesidad imperiosa. Entremedio había poca cosa. Y no había nada, nada en absoluto que diese a Grant la más pequeña esperanza. No veía como pudo haber sido de otro modo, pero eso no impidió que sintiese una decepción poco razonable.

Cuando la respuesta de Venus llegó al fin, tardó casi una hora en ser grabada. Era un cuestionario tan detallado que Grant se preguntó malhumorado si viviría lo bastante para contestarlo. La mayor parte de las preguntas eran técnicas y se referían a la nave. Los expertos de dos planetas unían sus cerebros en un esfuerzo para salvar a la *Reina Estelar* y su cargamento.

—Y bien, ¿qué te parece? —preguntó Grant a McNeil cuando el otro hubo terminado de leer el mensaje. Observaba cuidadosamente al ingeniero, buscando alguna nueva muestra de tensión.

Hubo una larga pausa antes que McNeil hablase. Y entonces se encogió de hombros, y sus primeras palabras fueron un eco de los propios pensamientos de Grant.

—Evidentemente nos mantendrá entretenidos. No podré hacer todos estos ensayos en menos de un día. La mayor parte de las veces puedo darme cuenta de qué es lo que persiguen, pero algunas de las preguntas son sencillamente disparatadas.

Grant lo había sospechado, pero no dijo nada mientras el otro continuaba.

—Velocidad de pérdida del casco (eso es comprensible), pero ¿para qué quieren saber la eficiencia de nuestra protección a la radiación? Me figuro que tratan de conservar nuestra moral pretendiendo que tienen algunas ideas luminosas, o bien quieren mantenernos muy ocupados para que no nos preocupemos.

La calma de McNeil alivió, pero al mismo tiempo molestó a Grant —le alivió porque se había temido otra escena, y le molestó porque McNeil no parecía encajar claramente en la categoría mental que le había destinado—. ¿Fue el desfallecimiento del primer momento algo característico de aquel hombre, o era algo que pudiera haber ocurrido a cualquiera?

A Grant, para quien el mundo era con certeza un lugar de luces y sombras, le molestaba no poder decidir si McNeil era cobarde o valiente. Que podía ser ambas

cosas a la vez, era una posibilidad que no se le había ni tan sólo ocurrido.

* * *

En los vuelos espaciales se pierde la sensación del tiempo de una manera inigualada en ninguna otra experiencia humana. Incluso en la Luna hay sombras que se desplazan lentamente de risco en risco, siguiendo, la pausada marcha del sol, a través del cielo. En dirección a la Tierra hay siempre el gran reloj del globo giratorio, que marca las horas, con continentes como manecillas. Pero en un largo viaje en una nave giro-estabilizada, las mismas sombras se dibujan inmóviles sobre las paredes y el suelo mientras el cronómetro va desgranando horas y días sin sentido.

Grant y McNeil habían aprendido desde hacía tiempo a regular sus vidas de acuerdo con las circunstancias. En las profundidades del espacio se movían y pensaban con una calma que luego desaparecía rápidamente cuando el viaje se acercaba a su término, y llegaba la hora de las maniobras de frenado. A pesar que ahora se encontraban bajo sentencia de muerte, continuaron moviéndose por la inercia de la costumbre.

Cada día Grant escribía cuidadosamente el diario, comprobaba la posición de la nave, y llevaba a cabo sus deberes de rutina. McNeil también parecía comportarse normalmente, si bien Grant sospechaba que parte del trabajo técnico de mantenimiento se venía efectuando con cierta negligencia.

Hacía ahora tres días desde que el meteorito les había alcanzado. Durante las últimas veinticuatro horas la Tierra y Venus habían estado conferenciando, y Grant se preguntaba cuándo sabría el resultado de sus deliberaciones. No creía que ni siquiera los cerebros más privilegiados del Sistema Solar pudieran salvarles ahora, pero resultaba difícil abandonar la esperanza cuando todo parecía aún tan normal, y el aire todavía puro y fresco.

Al cuarto día Venus habló nuevamente. Desprovisto de la parte técnica, el mensaje no era ni más ni menos que una oración fúnebre. Se descontaba a Grant y McNeil, pero se proporcionaban instrucciones detalladas para asegurar el salvamento del cargamento.

Allá en la Tierra los astrónomos estaban calculando todas las órbitas de salvamentos posibles que pudieran establecer contacto con la *Reina Estelar* en el curso de los próximos años. Incluso existía la posibilidad que se la pudiese alcanzar desde la Tierra al cabo de seis o siete meses, cuando estuviese nuevamente en el afelio, pero tal maniobra solamente podría ser ejecutada con una nave rápida sin carga, y costaría una fortuna en combustible.

* * *

McNeil desapareció tan pronto como llegó el mensaje. Al principio Grant se sintió aliviado. Si McNeil prefería quedarse solo, allá él. Además, había que escribir algunas cartas..., si bien el testamento y las últimas disposiciones podían aún esperar.

Correspondía a McNeil preparar aquella cena, ocupación que le complacía, pues tenía buen cuidado de su estómago. Cuando Grant se advirtió que no se oían los ruidos acostumbrados en la cocina, salió en busca de su tripulación.

Encontró a McNeil echado en su litera, en paz con el Universo. Flotando en el aire junto a él se veía una gran caja de metal que había sido violentamente abierta. Grant no necesitó examinarla de cerca para adivinar su contenido. Tuvo bastante con echar una ojeada a McNeil.

—Es vergonzoso —dijo el ingeniero sin el más mínimo embarazo— tener que tomárselo chupando por un tubo. ¿No podrías poner un poco de «g» para que lo pudiésemos beber como corresponde?

Grant le contempló con desprecio enojado, pero McNeil le devolvió la mirada despreocupadamente.

—¡Oh!, ¡no seas aguafiestas! Toma tú mismo un poco, ¿qué importa ya?

Empujó una botella, y Grant la alcanzó diestramente al paso. Era un vino fabulosamente caro —ahora recordaba la partida— y el contenido de aquella pequeña caja debía valer muchos miles.

—No me parece que haya ninguna necesidad —dijo Grant severamente— de portarse como un cerdo ni siquiera en las presentes circunstancias.

McNeil no estaba aún borracho. Había solamente llegado a la brillantemente iluminada antesala de la borrachera, y no había perdido por completo el contacto con el prosaico mundo exterior.

—Estoy dispuesto —dijo con gran solemnidad—, a escuchar cualquier buen argumento en contra de mi actitud presente, actitud que a mí me parece eminentemente cuerda. Pero procura convencerme pronto mientras estoy aún asequible a la razón.

Oprimió nuevamente la pera de plástico, y un chorro de purpúreo color saltó introduciéndose en su boca.

—Dejando aparte el hecho que estás robando propiedad de la Compañía, que será ciertamente rescatada más tarde o más temprano, no te va a ser posible permanecer borracho durante varias semanas.

—Eso —dijo McNeil pensativamente— es lo que queda por ver.

—No lo creo —replicó Grant. Y apuntalándose contra la pared dio a la caja un violento empujón que la envió volando a través de la puerta abierta.

Se zambulló tras la caja, y mientras cerraba de golpe la puerta pudo oír a McNeil que gritaba:

—¡Estúpida broma!

El ingeniero tardaría aún algún tiempo, especialmente en su presente estado, en desatarse y en seguirle. Grant condujo la caja a la bodega y cerró con llave la puerta. Como la nave estaba en el espacio no había nunca necesidad de cerrar la bodega. McNeil no tenía una llave y le sería fácil a Grant ocultar el duplicado, que se guardaba en la cabina de mando.

Cuando Grant, un rato más tarde, pasó junto a la habitación de McNeil, éste estaba cantando. Tenía aún la compañía de un par de botellas, y gritaba:

*No nos importa a donde va el oxígeno,
Con tal que no se caiga en el vino...*

Grant, cuya educación había sido estrictamente técnica, no consiguió situar la cita. Al detenerse a escuchar se sintió conmovido por una emoción que, para ser justos, hay que admitir no reconoció de momento.

Pasó tan rápidamente como había venido, dejándole mareado y temblando. Por vez primera se dio cuenta que su antagonismo hacia McNeil se estaba lentamente convirtiendo en odio.

* * *

Es una regla fundamental en los vuelos espaciales, la que por justas razones psicológicas, la tripulación mínima para un viaje a larga distancia debe consistir en no menos de tres hombres.

Pero las reglas han sido hechas para ser quebrantadas, y los propietarios de la *Reina Estelar* habían obtenido plena autorización del Consejo de Control Espacial y de las compañías aseguradoras, cuando el carguero había partido hacia Venus sin su capitán habitual.

Había enfermado a última hora, y no había sustituto. Como los planetas no están dispuestos a servir al hombre y a sus asuntos, si no hubiese zarpado a tiempo no hubiese ya podido zarpar.

Había en juego millones de dólares, de modo que zarpó. Grant y McNeil eran ambos muy capaces, y no tuvieron objeción alguna en ganarse una paga doble a costa de muy poco trabajo más. A pesar de diferencias fundamentales de carácter, en circunstancias ordinarias se entendían muy bien. Y no era falta de nadie si las circunstancias eran ahora todo lo contrario de ordinarias.

Se dice que tres días sin comida son más que suficientes para eliminar todas las diferencias entre un hombre civilizado y un salvaje. Grant y McNeil no sentían aún incomodidad física ninguna, pero su imaginación había estado demasiado activa, y ahora se asemejaban, más de lo que les hubiese gustado admitir, a un par de

hambrientos isleños del Pacífico en una canoa perdida y sin alimentos.

Pues había un aspecto de la situación, el más importante de todos, que no había sido nunca mencionado. Aún después de comprobar y volver a comprobar los números de Grant sobre su bloc de notas, los cálculos no habían quedado completos. Instantáneamente cada uno de los dos hombres habían dado el paso siguiente, y habían llegado simultáneamente al mismo resultado inexpresado.

Era de una simplicidad terrible..., una parodia macabra de aquellos problemas de aritmética de primer año que comienzan:

«Si seis hombres tardan dos días en montar dos helicópteros, ¿cuánto...?».

El oxígeno duraría veinte días para *dos* hombres, y quedaban treinta para Venus. No era necesario ser un prodigioso calculador para darse inmediatamente cuenta que era aún posible que sobreviviese un hombre, y uno solamente, lo bastante para poder caminar por las calles metálicas de Puerto Hesperus.

La fecha final admitida estaba a veinte días de distancia, pero la no mencionada a diez días solamente. Hasta aquel momento habría aún aire suficiente para dos hombres y de allí en adelante solamente para un hombre hasta el final del viaje. Para un observador lo suficientemente desinteresado, la situación hubiese sido muy entretenida.

Era evidente que la conspiración de silencio no podía ya durar mucho tiempo más. Pero no es sencillo, incluso en el momento más propicio, que dos personas puedan decidir amistosamente cuál de ellas debe suicidarse. Y es aún más difícil cuando esas dos personas no se hablan.

Grant deseaba ser perfectamente justo. Y por lo tanto, lo único que podía hacer era esperar a que McNeil pudiese estar sobrio y plantearle francamente la cuestión. Podía pensar mejor cuando estaba en su escritorio, de modo que fue a la cabina de mando y se sujetó en la silla del piloto.

Durante un rato contempló pensativamente el vacío. Por fin decidió que lo mejor sería abordar la cuestión por correspondencia, especialmente con las relaciones diplomáticas en su presente estado. Sujetó una hoja de papel sobre la carpeta y comenzó «*Estimado McNeil...*» La rasgó y comenzó de nuevo, «*McNeil...*»

Tardó casi tres horas, e incluso entonces no quedó del todo satisfecho. ¡Ciertas cosas eran tan difíciles de poner en negro sobre blanco! Pero al fin consiguió terminar.

Cerró la carta y la encerró en la caja fuerte. Podía esperar uno o dos días.

Pocos entre los millones que esperaban en la Tierra y en Venus podían tener la menor idea de las tensiones que se iban lentamente forjando a bordo del *Reina Estelar*. Durante muchos días la prensa y la radio habían aparecido llenas de fantásticos proyectos de salvamento. En tres mundos apenas si había otro tema de conversación. Pero solamente un débil eco del tumulto de tres mundos llegaba a los

dos hombres que eran su causa.

La estación de Venus podía siempre hablar a la *Reina Estelar*, pero había muy poca cosa que decir. No era decentemente posible enviar palabras de estímulo a unos hombres que estaban en la celda de los condenados, a pesar que hubiese cierta incertidumbre acerca de la fecha de la ejecución.

De modo que Venus se contentaba con unos mensajes de rutina cada día, y detenía la continua corriente de exhortaciones y ofertas de diarios que llegaban ininterrumpidamente de la Tierra. A consecuencia de ello algunas compañías de radio particulares de la Tierra realizaron intentos frenéticos para establecer contacto directo con la *Reina Estelar*, pero fracasaron, sencillamente porque ni a Grant ni a McNeil se les ocurrió nunca enfocar su receptor en ninguna otra dirección excepto en la de Venus que estaba ahora tan tentadoramente cerca.

Se había producido un intermedio algo embarazoso cuando McNeil salió de su cabina, pero si bien las relaciones no eran particularmente cordiales, la vida a bordo de la *Reina Estelar* continuaba poco más o menos como antes.

Grant pasaba la mayor parte del tiempo en el puesto de piloto, calculando maniobras de aproximación, y escribiendo interminables cartas a su mujer. Si lo hubiese deseado, hubiese podido haber hablado con ella, pero la idea de todos aquellos millones de oídos que estaban a la espera se lo había impedido. Los circuitos de conversación interplanetaria eran teóricamente particulares, pero había demasiada gente que se interesaba especialmente en aquel.

Grant se aseguró a sí mismo que al cabo de dos días entregaría su carta a McNeil y entonces podrían decidir lo que había que hacer. Esa demora daría una oportunidad a McNeil para que fuese él mismo quien plantease el asunto. Que pudiese tener otras razones para vacilar, era algo que la mente consciente de Grant todavía se negaba a admitir.

Con frecuencia se preguntaba cómo pasaba el tiempo McNeil. El ingeniero tenía una extensa biblioteca de libros en microfilm, pues leía mucho, y el campo de sus intereses era muy extenso. Grant sabía que su libro favorito era *Jürgen*, y quizá en aquel mismo instante estaría tratando de olvidar su fatal destino perdiéndose en la extraña magia del libro. Otros libros de McNeil eran menos respetables, y no pocos de ellos pertenecían a la clase de los curiosamente descritos como «curiosos».

La verdad era que McNeil era una personalidad demasiado sutil y complicada para que pudiera comprenderla Grant. Era un hedonista y disfrutaba de los placeres de la vida, tanto más por estar separado de ellos durante meses enteros. Pero no era, ni mucho menos, el ser moralmente débil y sin imaginación que el algo puritano Grant había supuesto.

Era cierto que se había hundido completamente bajo el impacto inicial y que su comportamiento en lo del vino había sido —juizado con los principios de Grant—

reprensible. Pero McNeil había sufrido su colapso, y se había recuperado; y ahí precisamente estaba la diferencia entre él y el duro, pero quebradizo, Grant.

Si bien por mutuo consentimiento se había restablecido la rutina normal de obligaciones, ello servía de poco para reducir la sensación de tensión. Grant y McNeil evitaban en lo posible encontrarse, excepto cuando las comidas les reunían. Y cuando se encontraban, se portaban con una cortesía exagerada, como si ambos trataran de ser perfectamente normales, y fallasen de una manera inexplicable.

Grant había confiado en que fuese el mismo McNeil quien abordase el asunto del suicidio, evitándole un penoso deber. Pero cuando el ingeniero se negó obstinadamente a hacerlo, aumentaron el desprecio y el resentimiento de Grant. Y para empeorar las cosas, ahora sufría pesadillas y dormía muy mal.

La pesadilla era siempre la misma. Cuando era niño le había ocurrido a menudo que al irse a la cama había estado leyendo una historia demasiado apasionante para que pudiera ser dejada hasta la mañana siguiente. Para evitar que le descubriesen, había continuado leyendo bajo las sábanas a la luz de una linterna eléctrica, arrollado como una crisálida entre las blancas paredes. Aproximadamente cada diez minutos el aire se hacía demasiado sofocante, y precisamente la deliciosa sensación del aire fresco al sacar la cabeza, era una de las mejores partes de la diversión.

Y ahora, treinta años más tarde, aquellas horas inocentes de la infancia habían vuelto para perturbarle. Soñaba que no podía escaparse de las sofocantes sábanas, mientras que el aire se iba constante y despiadadamente enrareciendo en derredor suyo.

Había tenido la intención de dar la carta a McNeil al cabo de dos días, pero el caso fue que no lo hizo. Tal dilación no parecía propia de Grant, pero él trataba de convencerse que esto era algo perfectamente razonable.

Estaba dando a McNeil una oportunidad de redimirse, de probar que no era un cobarde, al plantear él mismo la cuestión. El hecho que McNeil pudiese estar esperando que fuese él quien hiciese exactamente lo mismo, era algo que nunca se le ocurrió a Grant.

La fecha fatal estaba a solamente cinco días cuando, por vez primera, la mente de Grant rozó levemente la idea del asesinato. Había estado sentado después de la «cena» tratando de descansar mientras McNeil se afanaba en la cocina haciendo un ruido que a Grant le parecía excesivo.

¿De qué utilidad, se preguntó, era el ingeniero al mundo? No tenía responsabilidades ni familia, nadie sufriría por su muerte. Grant, por otra parte, tenía mujer y tres hijos a los cuales quería con moderación, si bien por alguna razón ellos correspondían con poco más que el afecto debido.

Ningún juez imparcial tendría dificultad alguna en decidir cuál de los dos debía sobrevivir. Si a McNeil le hubiese quedado un destello de decencia, hubiese ya

llegado a la misma conclusión. Y como no daba señales de haber hecho cosa que lo pareciese, había perdido ya todos sus derechos a seguir siendo tenido en consideración.

Tal era la lógica elemental de la mente subconsciente de Grant, la cual había llegado a tal respuesta hacía ya días, pero solamente ahora había conseguido atraer la atención por la que había estado clamando. Idea que, y dicho sea en su honor, Grant rechazó inmediatamente con horror.

Él era una persona recta y honorable, con un código de conducta muy estricto. Incluso los errantes pensamientos homicidas de lo que erróneamente recibe el nombre de hombre «normal», rara vez habían agitado su mente. Pero en los días —muy pocos días— que le quedaban, volverían más y más a menudo.

El aire estaba ahora notablemente más viciado. Aunque no había aún ninguna dificultad en respirar, recordaba constantemente lo que iba a venir, y Grant descubrió que le impedía dormir. Eso no era sencillamente una desventaja pues le ayudaba a quebrantar la fuerza de sus pesadillas, pero se iba desgastando físicamente.

Su temple iba también decayendo rápidamente, situación acentuada por el hecho que McNeil parecía comportarse con una calma inesperada e irritante. Grant se dio cuenta que había llegado al punto en que sería peligroso demorar aún poner las cartas sobre la mesa.

McNeil estaba como de costumbre en su habitación cuando Grant subió a la cabina de mando para recoger la carta que había encerrado en la caja fuerte, hacía al parecer siglos. Se preguntó si debería añadir algo más, pero luego se dio cuenta que eso no sería sino otra razón para demorar. Resueltamente se dirigió hacia la cabina de McNeil.

Un solo neutrón inicia una reacción en cadena que puede destruir en un instante un millón de vidas y el trabajo de generaciones. Igualmente insignificantes y carentes de importancia son los hechos determinantes que a veces alteran el curso de acción de un hombre y modifican así toda la estructura de su futuro.

Nada podía haber sido más trivial que lo que hizo que Grant se detuviese en el pasillo, junto a la puerta de McNeil. En condiciones ordinarias ni tan sólo lo hubiese notado. Era el olor de humo, de humo de tabaco.

La idea respecto a que el sibarítico ingeniero tenía tan poco dominio de sí mismo que estaba malgastando de tal manera los últimos preciosos litros de oxígeno, llenó a Grant de cegadora furia. Por un instante quedó paralizado por la intensidad de su emoción.

Y luego arrugó lentamente la carta en su mano. La idea que al principio había sido un intruso no deseado, y luego una especulación casual, fue por fin plenamente aceptada. McNeil había tenido su oportunidad, y se había mostrado, por su increíble egoísmo, indigno de ella. Muy bien podía morir.

La velocidad con que Grant llegó a tal conclusión no hubiese engañado ni a un psicólogo aficionado. Fue una sensación de alivio, tanto como de odio, la que le apartó de la habitación de McNeil. Había querido convencerse a sí mismo que no sería necesario hacer lo honorable, sugerir cualquier juego de azar que diese a ambos la misma probabilidad de vida.

Esa era la excusa que necesitaba, y se había asido a ella para salvar su conciencia. Pues si bien podía proyectar, e incluso llevar a cabo un asesinato, Grant era la clase de persona que tendría que hacerlo según su propio código moral.

En realidad —y no por primera vez— estaba equivocándose en su juicio de McNeil. El ingeniero era un gran fumador y el tabaco era esencial para su bienestar mental, incluso en circunstancias normales. Y cuánto más esencial le era ahora. Grant, que solamente fumaba de vez en cuando y sin disfrutar mucho en ello, no podía nunca apreciarlo.

McNeil había llegado a la conclusión, después de cuidadoso cálculo, que cuatro cigarrillos al día no representaban diferencia alguna mensurable en el consumo de oxígeno de la nave, mientras que sí que influirían definitivamente sobre sus propios nervios y por lo tanto, indirectamente sobre los de Grant.

Pero no servía de nada explicar eso a Grant. Y así había estado fumando en privado, y con un dominio de sí mismo que le resultaba agradablemente, hasta voluptuosamente sorprendente. Era verdaderamente pura mala suerte que Grant hubiese percibido uno de los cuatro cigarrillos al día.

Para tratarse de una persona que solamente entonces se había decidido al asesinato, las acciones de Grant eran notablemente metódicas. Sin vacilación se apresuró a ir al cuarto de mandos y abrió el botiquín de compartimientos pulcramente etiquetados, destinados a casi cualquier contingencia que pudiera ocurrir en el espacio.

Se había incluso considerado la contingencia final, pues allí, tras las cintas elásticas sujetadoras, se encontraba la botella pequeña que buscaba, y cuya imagen había estado escondida todos aquellos días en las profundidades desconocidas de su mente. Llevaba una etiqueta blanca con la marca de la calavera y las tibias cruzadas, y debajo las palabras: *Aprox. medio gramo ocasionará una muerte indolora y casi instantánea.*

El veneno era indoloro e instantáneo, lo cual estaba bien. Pero más importante aún era un hecho que la etiqueta no mencionaba. Era también insípido.

* * *

El contraste entre las comidas preparadas por Grant y las organizadas con considerable habilidad y cuidado por McNeil, era notable. Cualquiera a quien

interesara la comida y pasara gran parte de su vida en el espacio, generalmente aprendía, en defensa propia, el arte de guisar. McNeil lo había hecho hacía tiempo.

Para Grant, en cambio, comer era una de esas tareas necesarias, pero enojosas, que tenían que realizarse lo más rápidamente posible, y su cocina reflejaba tal opinión. McNeil había cesado de lamentarse de ello, pero le hubiese interesado mucho el cuidado que Grant ponía en esa particular comida.

Si observó algún creciente nerviosismo por parte de Grant, a medida que avanzaba la comida, nada dijo. Comieron casi en silencio, pero eso no tenía nada de particular, pues hacía ya tiempo que habían agotado las posibilidades de una conversación ligera. Cuando fueron retirados los últimos platos —cuencos profundos con bordes curvados sobre sí mismos hacia el interior, para evitar que el contenido se escapase—, Grant se dirigió a la cocina para preparar el café.

Tardó bastante tiempo, pues a última hora le ocurrió algo enfurecedor y ridículo al mismo tiempo; recordó repentinamente una de las películas clásicas del siglo anterior, en la cual el fabuloso Charles Chaplin intentaba envenenar a una esposa no deseada, y luego accidentalmente cambiaba los vasos.

Ningún recuerdo podía haber sido más desagradable, pues le dejó quebrantado con una ráfaga de silenciosa histeria. El *Trasgo de lo Perverso*, de Poe, aquel demonio que se entretiene desafiando los cuidadosos cánones de la defensa propia, había entrado en acción, y pasó un buen minuto antes que Grant recuperase el dominio de sí mismo.

Estaba seguro que, por lo menos externamente, aparecía completamente tranquilo mientras llevaba los dos recipientes de plástico, y sus tubos de beber. No había peligro de confundirlos, pues el del ingeniero llevaba las letras MAC pintadas claramente a su través.

Al pensar en ello Grant casi recayó en aquellas risitas psicológicas, pero consiguió justo contenerse con la sombría reflexión de que sus nervios debían hallarse en peor estado aún de lo que había supuesto. Observó, fascinado, aunque sin aparentarlo, cómo McNeil jugueteaba con la taza. El ingeniero no parecía tener mucha prisa, y miraba distraído al vacío. Finalmente se llevó a los labios el tubo de beber, y sorbió.

Un momento más tarde farfulló ligeramente, y una mano helada pareció apresar el corazón de Grant y oprimirlo fuertemente. Luego McNeil se volvió hacia él y dijo mesuradamente:

—Por fin lo has hecho bien; está muy caliente.

Lentamente el corazón de Grant volvió a emprender su trabajo. No se atrevió a hablar para no traicionarse, pero consiguió hacer un signo ambiguo con la cabeza. McNeil apartó cuidadosamente la copa en el aire, a pocos centímetros de su cara.

Parecía muy pensativo, como sopesando las palabras para alguna observación

importante. Grant se maldijo a sí mismo por haber preparado la bebida tan caliente; era precisamente la clase de detalle que servía para ahorcar asesinos. Si McNeil esperaba mucho más, su nerviosismo probablemente le traicionaría.

—Supongo —dijo McNeil en un tono de conversación— que se te habrá ocurrido que aún hay aire suficiente para uno de nosotros hasta Venus.

Grant consiguió dominar sus agitados nervios y apartar sus ojos de la taza que le hipnotizaba. Y su garganta estaba muy seca cuando contestó:

—Pues no me había pasado por la imaginación.

McNeil tocó su taza, la encontró aún demasiado caliente, y prosiguió pensativamente:

—Entonces, ¿no sería más razonable si uno de nosotros decidiese salir por la esclusa, por ejemplo, o tomar un poco del veneno de ahí? —Y con el pulgar hizo un gesto en dirección del botiquín que se alcanzaba a ver desde donde estaban sentados.

Grant asintió con la cabeza.

—Naturalmente, la única dificultad —añadió el ingeniero— estriba en decidir en cuál de nosotros dos tiene que ser el desafortunado. Supongo que tendría que ser escogiendo una carta, o de cualquier otro modo arbitrario.

Grant contempló a McNeil con una fascinación que casi superaba su creciente nerviosismo. Nunca hubiese podido creer al ingeniero capaz de discutir el asunto con tanta tranquilidad. Grant estaba seguro que él no sospechaba nada. Evidentemente, los pensamientos de McNeil habían discurrido paralelamente a los suyos propios, y apenas era una coincidencia que hubiese escogido este momento, entre todos los posibles, para abordar la cuestión.

McNeil le observaba fijamente, como juzgando sus reacciones.

—Tienes razón —se oyó decir Grant—. Tenemos que hablar de ello.

—Sí —dijo McNeil imperturbablemente—. Tenemos que hablar. —Y tomando nuevamente su taza, puso el tubo de beber en sus labios y sorbió lentamente.

Grant no pudo esperar hasta que hubo terminado. Notó con sorpresa que el alivio que había esperado sentir no llegó. Incluso sintió una punzada como de sentimiento, pero que no era realmente remordimiento. Era ya ahora un poco tarde para pensar en ello, pero repentinamente recordó que se quedaría solo en la *Reina Estelar*, perseguido por sus pensamientos, durante más de tres semanas, antes que llegase el auxilio.

No quiso ver morir a McNeil, y se sintió mareado. Sin volverse a mirar a su víctima se lanzó hacia la salida.

Inmutablemente fijo, el feroz sol y las estáticas estrellas contemplaban a la *Reina Estelar*, que parecía tan fija como ellas. No había manera de saber que la pequeña nave, formada como una pesa de gimnasia, había ahora casi alcanzado su velocidad máxima y que en su pequeña esfera había millones de caballos de vapor encadenados

esperando el momento de su liberación. A decir verdad, no había manera de saber si llevaba clase alguna de vida.

Se abrió una esclusa del lado de la noche, permitiendo que una luz brillante escapase del interior. El resplandeciente círculo tenía un extraño aspecto, colgando ahí en la oscuridad. Y luego quedó abruptamente eclipsado, cuando dos figuras salieron flotando de la nave.

Una era mucho mayor que la otra, por una razón bastante importante: llevaba un traje espacial. Ahora bien, hay ciertas prendas que pueden ser llevadas, o no, a gusto de cada uno, sin más efectos perjudiciales que la posible pérdida de cierto prestigio social; pero los trajes del espacio no se cuentan entre ellas.

En la oscuridad estaba ocurriendo algo que no era fácil de seguir. La figura menor comenzó a moverse, lentamente al principio, pero con velocidad rápidamente creciente. Dejó la sombra de la nave, saliendo a la plena luz del sol, y entonces fue posible ver atada a su espalda una pequeña botella de la cual salía una fina neblina que desaparecía casi instantáneamente en el espacio.

Era un cohete primitivo, pero eficaz. No había peligro en que la minúscula fuerza gravitatoria de la nave volviese a atraer el cuerpo.

Girando un poco, el cadáver se fue empequeñeciendo frente a las estrellas y desapareció de la vista en menos de un minuto. Completamente inmóvil, la figura en la esclusa contempló como se iba. Y luego la puerta externa se cerró, el círculo brillante desapareció, y solamente la pálida luz de la Tierra continuó brillando sobre la parte en sombra de la nave.

Absolutamente nada más ocurrió durante veintitrés días.

* * *

El capitán del *Hércules* se volvió a su segundo con un suspiro de alivio.

—Me temía que no podría hacerlo. Debe haber sido un esfuerzo colosal partir de su órbita por sí solo, sin ayuda y con el aire tan viciado como debe estarlo ahora. ¿Cuánto tardaremos aún en llegar a él?

—Aproximadamente una hora. Lleva aún algo de excentricidad, pero eso podemos corregirlo.

—Bien. Señala al *Leviatán* y al *Titán* que podemos establecer contacto, y pídeles que despeguen, ¿quieres? Pero no diría nada a tus amigos los corresponsales hasta que hayamos terminado a salvo la maniobra.

El segundo tuvo la gentileza de ruborizarse.

—No tengo ninguna intención —dijo con voz ligeramente resentida, mientras tocaba levemente las claves de su calculador.

La respuesta que apareció instantáneamente en la pantalla pareció desagradarle.

—Valdrá más que abordemos nosotros mismos la *Reina* y la llevaremos a velocidad circular antes de llamar a los otros remolcadores —dijo—, o si no malgastaremos mucho combustible. Lleva aún un exceso de velocidad de cerca de un kilómetro por segundo.

—Buena idea; di a *Leviatán* y *Titán* que estén preparados, pero que no aceleren hasta que les demos la nueva órbita.

Mientras el mensaje descendía a través de los ininterrumpidos bancos de nubes que cubrían medio cielo allá abajo, el segundo observó pensativamente:

—¿Qué es lo que debe sentir ahora?

—Puedo decírtelo; está tan contento de estar vivo que todo lo demás le importa un pepino.

—Pero, en fin, no estoy seguro que me hubiese gustado dejar a mi compañero de navegación en el espacio para poder regresar.

—No es cosa que a nadie le pueda gustar. Pero ya oíste la radio; lo discutieron con calma, y el que perdió se fue por la esclusa. Era lo único razonable.

—Razonable, quizá; pero es algo horrible dejar que otro se sacrifique tan a sangre fría.

—No seas tan sentimental. Apostaría a que si nos sucediera a nosotros, me echarías de un empujón antes que tuviese tiempo de decir mis oraciones.

—A menos que tú no me lo hicieses antes a mí. Pero, en fin, no creo que sea probable que le suceda nunca al *Hércules*. Nunca hemos estado a más de cinco días de distancia del puerto, ¿verdad? ¡Para que hablen de la poesía de los caminos del espacio!

El capitán no replicó. Estaba mirando a través del ocular del telescopio de navegación, pues la *Reina Estelar* debería estar ahora a alcance óptico. Hubo una larga pausa mientras ajustaba los tornillos del vernier. Luego dio un suspiro de satisfacción.

—Allí está, a unos novecientos kilómetros de distancia. Di a la tripulación que estén preparados y envía un mensaje para animarle. Dile que llegaremos dentro de treinta minutos, incluso aunque no sea del todo cierto.

* * *

Las cuerdas de nylon de mil metros de longitud cedieron lentamente bajo la tensión, mientras absorbían el impulso relativo de ambas naves, y se distendieron nuevamente cuando la *Reina Estelar* y el *Hércules* rebotaron acercándose el uno al otro. Los cabrestantes eléctricos comenzaron a girar, y a semejanza de una araña que se arrastra a lo largo de su hilo, el *Hércules* llegó al lado del carguero.

Hombres en trajes espaciales sudaban manipulando unidades de reacción —

trabajo delicado ese— hasta que las esclusas encajaron y pudieron ser unidas. Las puertas externas se corrieron y el aire de las esclusas se mezcló, el fresco con el viciado. Mientras el segundo del Hércules esperaba —tubo de oxígeno en mano—, se preguntaba en qué estado encontraría al superviviente. Por fin, la puerta interna del *Reina Estelar* se abrió.

Durante un instante los dos hombres se contemplaron a través del corto pasillo que ahora conectaba ambas esclusas. El segundo se sorprendió y quedó algo decepcionado al descubrir que no sentía ninguna sensación especial de drama.

Tanto había tenido que suceder para hacer posible aquel instante, que al ocurrir en realidad no impresionaba, incluso en el mismo momento en que se deslizaba en el pasado. Hubiese deseado —pues era un romántico incurable— haber podido pensar en algo memorable que decir, alguna frase que tal como «¿Doctor Livingston, me figuro?» pasase a la historia.

Pero lo que de hecho dijo fue:

—Bien, McNeil, me alegro de verte.

A pesar que estaba mucho más delgado, y algo demacrado, McNeil había soportado bien la prueba. Respiró agradecido el chorro de oxígeno y rechazó la idea que le pudiera gustar echarse y dormir. Como explicó, durante la última semana casi no había hecho más que dormir para conservar el aire. El segundo se sintió aliviado, pues había tenido miedo de tener que esperar para escuchar la historia.

Se estaba transbordando el cargamento, y los otros dos remolcadores estaban subiendo desde el cegador creciente de Venus, mientras McNeil volvía sobre los hechos de las últimas semanas, y el segundo tomaba subrepticamente notas.

Habló tranquila e impersonalmente, como si estuviese relatando una aventura que hubiese ocurrido a otra persona, o, a decir verdad, que nunca hubiese ocurrido. Lo cual era, hasta cierto punto, cierto, si bien no sería justo sugerir que McNeil estaba diciendo mentira alguna.

No inventó nada, pero omitió mucho. Había tenido tres semanas para preparar su historia, y no creía que tuviese ningún punto débil.

* * *

Grant había ya llegado a la puerta cuando McNeil le llamó suavemente:

—¿Qué prisa tienes? ¿Creía que teníamos algo que discutir?

Grant se asió a la puerta para detener su rectilínea huida. Se volvió lentamente y contempló al ingeniero con incredulidad. McNeil debería estar ya muerto y en cambio ahí estaba, cómodamente sentado, contemplándole con una expresión peculiar.

—Siéntate —dijo secamente.

En aquel momento pareció repentinamente que toda la autoridad había pasado a él. Grant así lo hizo, por completo falto ya de voluntad. Algo había salido mal, pero no podía comprender qué.

El silencio en el cuarto de mandos pareció durar una eternidad. Y luego. McNeil dijo tristemente.

—Había esperado algo mejor de ti, Grant.

Por fin Grant recuperó su voz, si bien apenas podía reconocerla.

—¿Qué quieres decir? —murmuró.

—¿Qué te figuras que quiero decir? —replicó McNeil, con lo que pareció solamente una ligera irritación—. Este pequeño intento tuyo de envenenarme, naturalmente.

El mundo tambaleante de Grant se desplomó por fin, pero ya nada le importaba mucho. McNeil comenzó a examinar con cierta atención las cuidadas uñas de sus dedos.

—Solamente por curiosidad —dijo con el mismo tono con que podría haber preguntado la hora que era—, ¿cuándo decidiste matarme?

La sensación de irrealidad era tan avasalladora que Grant sintió que estaba desempeñando un papel que nada tenía que ver con la vida real.

—Solamente esta mañana —dijo—, y lo creía.

—Hummm —observó McNeil, evidentemente sin mucha convicción. Se levantó y se dirigió hacia el botiquín. Los ojos de Grant le siguieron mientras rebuscaba por el compartimiento y volvía con la pequeña botella de veneno. Parecía todavía estar llena; Grant había tenido buen cuidado que así fuese.

—Supongo que debería enfurecerme —continuó McNeil en tono de conversación, sujetando la botella entre el pulgar y el índice—. Pero, por lo que sea, no lo hago. Quizá es porque nunca me hice muchas ilusiones acerca de la naturaleza humana. Y, desde luego, lo preveía desde hace tiempo.

Solamente la última frase alcanzó la conciencia de Grant.

—¿Que lo preveías?

—Pues, claro, ¡Dios mío! Eres demasiado transparente para ser un buen criminal. Y ahora que tu pequeña combinación ha fallado, nos deja a los dos en una situación embarazosa, ¿no es verdad?

Parecía no haber respuesta a una manifestación moderada con tal maestría.

—Lo lógico sería —continuó el ingeniero pensativamente— que yo ahora me enfureciese, llamase a la Central de Venus, y te denunciase a las autoridades. Pero sería algo sin ningún sentido, y además yo no he servido nunca para enfurecerme. Naturalmente, tú dirás que es porque soy demasiado perezoso, pero no creo que sea por eso.

Y sonrió torcidamente a Grant.

—¡Oh, sé muy bien lo que piensas de mí! Me tienes perfectamente clasificado en esa ordenada mente, tuya, ¿verdad? Soy blando y demasiado cómodo, no tengo moral, ni tampoco ningún sentido moral, y nadie me importaba un comino, sino yo mismo. Pues bien, no lo niego. Quizá sea cierto en un noventa por ciento. ¡Pero el otro diez por ciento es muy importante, Grant!

Grant no se sentía en estado de meterse, en análisis psicológicos, y el momento tampoco parecía propicio para ello. Además, seguía obsesionado por el problema de su fracaso, y por el misterio de la continuación de la existencia de McNeil que —lo sabía perfectamente— no parecía tener prisa por satisfacer su curiosidad.

—Bien, ¿y qué piensas hacer ahora? —preguntó Grant, ansioso por terminar el asunto.

—Quisiera —dijo McNeil con calma— continuar nuestra conversación en el punto en que fue interrumpida por el café.

—No quieres decir...

—Pues, sí. Como si nada hubiese ocurrido.

—Eso no tiene sentido alguno. ¡Algo estás tramando! —gritó Grant.

McNeil suspiró. Dejó la botella de veneno y miró fijamente a Grant.

—Precisamente tú no estás en situación de acusarme de tramar nada. Repitiendo mis observaciones anteriores, diré que lo que propongo es que decidamos quién de nosotros dos tiene que tomar veneno; solamente, no queremos más decisiones unilaterales. Y también —y volvió a recoger la botella— esta vez irá de veras. Lo que hay aquí dentro no hace sino dejar un mal gusto en la boca.

Comenzaba a hacerse la luz en la mente de Grant.

—¡Tú has cambiado el veneno!

—Naturalmente. Puedes figurarte que eres un buen actor Grant; pero, francamente, desde el patio de butacas la representación me pareció pésima. Sabía que estabas tramando algo, probablemente antes que tú mismo lo supieses. Durante estos días he estado saneando muy a fondo la nave. Pensar en todas las maneras en que podías liquidarme era bastante divertido y ayudaba a pasar el rato. El veneno era tan obvio que fue lo que primeramente arreglé. Pero casi me excedí en las señales de peligro, y casi me traicioné al tomar el primer sorbo. La sal no va nada bien con el café.

Y nuevamente se sonrió de aquella manera extraña.

—Y también es cierto que había esperado algo más sutil. Hasta ahora he encontrado quince maneras infalibles de asesinar a alguien a bordo de una nave espacial. Pero no tengo la intención de describirlas ahora.

Eso era verdaderamente fantástico, pensó Grant. Le trataban, no como a un criminal, sino como a un escolar, más bien estúpido, que no había hecho correctamente los deberes caseros.

—Y, sin embargo, ¿estás todavía dispuesto —dijo Grant, incrédulamente— a comenzar de nuevo y a tomar el veneno si pierdes?

McNeil permaneció silencioso largo tiempo. Y luego comenzó lentamente:

—Ya veo que todavía no me crees. No encaja bien en tu bonita y ordenada idea, ¿verdad? Pero quizá pueda hacértelo comprender. En realidad, es muy sencillo.

»He disfrutado de la vida, Grant, sin muchos escrúpulos ni remordimientos; pero la mejor parte ha pasado ya, y no me agarro a lo que queda tan desesperadamente como puedas suponer. Pero mientras estoy todavía vivo, soy bastante exigente sobre ciertas cosas. Puede sorprenderte que tenga algunos ideales. Pero los tengo, Grant. Siempre he tratado de obrar como un ser racional y civilizado. No siempre lo he conseguido, pero cuando he fracasado he tratado de redimirme.

Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar parecía como si fuese él, y no Grant, quien estuviese a la defensiva.

—Precisamente nunca me has gustado, Grant; pero con frecuencia te he admirado, y es por esto que lamento que hayamos llegado a lo que hemos llegado. Te admiré más que nunca el día que fue perforada la nave.

Por vez primera, McNeil parecía tener cierta dificultad en escoger sus palabras. Y cuando habló nuevamente evitó encontrarse con los ojos de Grant.

—No me porté demasiado bien entonces. Me ocurrió algo que había creído imposible. Siempre había estado seguro que nunca perdería mis nervios; pero bueno, fue tan repentino que me desmoroné.

Intentó ocultar su turbación con un rasgo de humor.

—Me ocurrió una cosa semejante en mi primer viaje. Estaba seguro que nunca me marearía en el espacio, y el resultado fue que estuve mucho peor que si no hubiese tenido tal exceso de confianza. Pero lo superé entonces, y también esta vez. Y fue una de las mayores sorpresas de mi vida, Grant, cuando vi que tú, precisamente tú, empezabas a resquebrajarte.

»¡Oh sí! ¡La historia de los vinos! Ya me doy cuenta que estás pensando en aquello. Pues bien, eso es algo que no lamento. Ya te dije que siempre había tratado de obrar como un hombre civilizado, y un hombre civilizado debe siempre saber cuándo ha llegado la hora de emborracharse. Pero, quizá, no podrías comprenderlo.

Aunque parezca extraño, eso era precisamente lo que Grant estaba empezando a hacer. Había captado la primera visión real de la complicada y tortuosa personalidad de McNeil, y se daba cuenta de lo completamente que se había equivocado al juzgarlo. No; no era que su juicio hubiese sido precisamente erróneo. En muchos aspectos había sido correcto. Pero solamente había tocado la superficie, no había nunca sospechado las profundidades que se ocultaban bajo aquélla.

En un momento de clarividencia que nunca había tenido antes, y que, dada la naturaleza de las cosas, no tendría ya nunca más. Grant comprendió las razones de la

acción de McNeil. Eso no era algo tan sencillo como un cobarde que trata de reivindicarse a los ojos del mundo, pues nadie necesitaba nunca saber lo que había ocurrido a bordo de la *Reina Estelar*.

En todo caso, la opinión del mundo probablemente no le importaba nada a McNeil, gracias a aquella suave satisfacción de sí mismo que tan a menudo había irritado a Grant. Pero aquella misma satisfacción de sí mismo significaba que a toda costa debía, conservar su buena opinión propia. Sin ella la vida no valdría la pena de ser vivida, y McNeil no había aceptado nunca la vida si no era en sus propias condiciones.

El ingeniero le observaba atentamente, y debió haber adivinado que Grant se estaba acercando a la verdad, pues repentinamente cambió de tono como si lamentase haber revelado tanto de su carácter.

—No creas que siento un placer quijotesco en ofrecer la otra mejilla —dijo—. Considéralo sencillamente desde el punto de vista de la lógica pura. Al fin y al cabo, no tenemos más remedio que llegar a un acuerdo.

»¿No se te ha ocurrido que si solamente sobrevive uno de nosotros, sin un mensaje del otro que le ponga a cubierto, lo pasará muy desagradablemente, teniendo que explicar exactamente lo que ocurrió?

En su ciega furia, Grant se había olvidado completamente de eso. Pero no creía que fuese tan importante para McNeil.

—Sí —dijo—. Me figuro que tienes razón.

Ahora se sentía mejor, todo el odio le había abandonado, y estaba en paz. Conocía la verdad y la aceptaba. El hecho que era tan diferente de lo que había supuesto, no importaba ahora.

—Bueno. Concluyamos —dijo desapasionadamente—. Por ahí debe haber una baraja nueva.

—Creo que valdrá más que ambos hablemos primero con Venus —replicó McNeil con especial énfasis—. Necesitamos que quede constancia de un completo acuerdo, en caso que alguien haga luego preguntas molestas.

Grant asintió distraídamente. Ahora no le importaba ya mucho lo que pudiera ser. E incluso sonrió, diez minutos más tarde, cuando sacó su carta de la baraja y la puso, cara arriba, junto a la de McNeil.

* * *

—¿De modo que ésa es toda la historia? —dijo el segundo, preguntándose cuán pronto podría decentemente dirigirse al transmisor.

—Sí —dijo McNeil serenamente—, eso es todo lo que hay.

El segundo mordió su lápiz, tratando de formular la pregunta siguiente:

—¿Y supongo que Grant se lo tomó con calma?

El capitán le lanzó una mirada, que él evitó, y McNeil le miró tan fríamente como si pudiese ver los titulares sensacionales que se alineaban tras él. Se levantó y se dirigió hacia la lucerna de observación.

—¿Usted oyó la retransmisión, verdad? ¿No fue aquello lo bastante sereno?

El segundo suspiró. Todavía parecía difícil creer que en tales circunstancias dos hombres pudieran comportarse de una manera tan razonable y tan desapasionada. Podía imaginarse toda clase de posibilidades dramáticas —ataques repentinos de locura, incluso intentos de asesinato—. Y sin embargo, según McNeil, no había ocurrido absolutamente nada. Era una desgracia.

McNeil volvía a hablar, como si fuese consigo mismo.

—Sí, Grant se portó muy bien, muy bien, en verdad. Fue una gran lástima.

Y entonces pareció perderse en el esplendor incomparable y siempre nuevo del planeta que se aproximaba. No lejos por debajo, y acercándose a kilómetros por segundo, los brazos de nívea blancura del creciente de Venus abarcaban más de medio cielo. Allá abajo había vida, civilización y aire.

El futuro, que no hacía tanto tiempo había parecido contraerse hasta un punto, se había nuevamente abierto con todas sus maravillas y posibilidades desconocidas. Pero McNeil podía sentir tras él los ojos de sus salvadores, investigando, interrogando, sí, y también condenando.

Toda su vida oíría murmuraciones. Voces que dirían detrás de su espalda: «¿No es ése el hombre que...?».

No le importaba. Por lo menos una vez en su vida había hecho algo de lo que no tenía que avergonzarse. Quizá algún día su despiadado análisis de sí mismo descubriría los motivos tras sus acciones, y murmuraría en su oído: «¿Altruismo? ¡No seas necio! Lo hiciste para mantener tu buena opinión de ti mismo, más importante que la de todos los demás!».

Pero las perversas y enloquecedoras voces, que toda su vida habían hecho parecer que nada valía la pena, estaban de momento calladas, y se sentía satisfecho. Había alcanzado la calma del centro del huracán. Mientras, durase disfrutaría plenamente de ella.

EXPEDICIÓN A LA TIERRA

(Expedition to Earth, 1949)

Nadie podía recordar cuando la tribu había comenzado su largo viaje; el país de las grandes llanuras ondulantes que había sido su primer hogar no era ya más que un sueño semiolvidado. Durante muchos años, Shann y su pueblo habían estado huyendo a través de un país de bajas colinas y resplandecientes lagos, y ahora se enfrentaban con las montañas. Aquel verano tenían que cruzar las tierras del sol, y quedaba poco tiempo que perder.

El blanco terror que había descendido desde los polos, pulverizando continentes y helando al aire mismo por delante, estaba a menos de un día de marcha tras ellos. Shann se preguntaba si los glaciares podrían trepar las montañas del frente, y se atrevía a encender en su corazón una pequeña llama de esperanza. Podrían quizá constituir una barrera frente a la cual incluso el despiadado hielo golpease en vano. En las tierras del sur, de las que hablaban las leyendas, su pueblo tal vez encontrase por fin un refugio.

Tardaron muchas semanas en descubrir un paso a través del cual pudiera avanzar la tribu y sus animales. A medio verano habían acampado en un solitario valle donde el aire era tenue y las estrellas brillaban con un resplandor que nadie había nunca visto antes. El verano se iba alejando cuando Shann y sus dos hijos salieron a explorar el camino. Treparon durante tres días, y durante tres noches durmieron lo mejor que pudieron sobre las heladas piedras. Y a la cuarta mañana ya no quedaba más frente a ellos sino una suave pendiente hasta un montículo de piedras grises elevado por otros viajeros, hacía ya siglos.

Shann sintió que temblaba, y no de frío, mientras caminaban hacia la pequeña pirámide de piedras. Sus hijos se habían rezagado, y nadie hablaba, pues era mucho lo que se jugaba. Dentro de poco sabrían si todas sus esperanzas habían sido traicionadas.

Al este y al oeste, la pared de montañas se curvaba como abrazando las tierras del llano. Abajo yacían inacabables kilómetros de llanura ondulante, y un gran río serpenteaba a su través formando enormes lazos. Era tierra fértil; tierra en la cual la tribu podría trabajar en sus cultivos, sabiendo que no sería necesario huir antes de la cosecha.

Y entonces Shann levantó sus ojos hacia el sur y vio la ruina de todas sus esperanzas. Pues allí, al borde del mundo, resplandecía la luz mortal que tantas veces había visto hacia el norte: el brillo del hielo bajo el horizonte.

No se podía adelantar. Durante todos los años de huida, los glaciares del sur habían estado avanzando a su encuentro. Pronto serían aplastados entre las movedizas

paredes de hielo...

Los glaciares del sur no llegaron a las montañas hasta una generación más tarde. En aquel último verano, los hijos de Shann llevaron los sagrados tesoros de la tribu al solitario montículo de piedras que dominaba la llanura. El hielo, que había antaño resplandecido bajo el horizonte, estaba ahora casi a sus pies; por la primavera estaría astillándose contra las paredes de la montaña.

Ahora nadie entendía los tesoros; procedían de un pasado demasiado distante para la comprensión de ningún hombre. Sus orígenes se perdían en las nieblas que rodeaban la Edad de Oro, y el cómo habían pasado finalmente a poder de esa tribu trashumante, era una historia que ahora nunca sería contada. Pues era la historia de una civilización que había pasado más allá de todo recuerdo.

En un tiempo, todas aquellas melancólicas reliquias habían sido guardadas como un tesoro por alguna buena razón, y luego se habían convertido en sagradas, pero su significado se había perdido. La letra de los viejos libros se había desvanecido hacía siglos, si bien mucho era aún legible, si hubiese habido alguien para leerlo. Pero habían pasado muchas generaciones desde que alguien había sabido utilizar un tomo de logaritmos de siete cifras, un atlas del mundo, y la partitura de la Séptima Sinfonía de Sibelius, impresa, según rezaba la cubierta, por H. K. Chu e Hijos, en la ciudad de Pekín, en el año 2021 de J. C.

Colocaron reverentemente los libros en la pequeña cripta que había sido construida para recibirlos. Luego siguió una abigarrada colección de fragmentos; monedas de oro y platino, una teleobjetivo fotográfico roto, un reloj, una lámpara de luz fría, un micrófono, la cuchilla de una máquina de afeitar eléctrica, algunas minúsculas válvulas de radio, la escoria que había quedado cuando la gran marea de la civilización bajó para siempre. Todo ello fue cuidadosamente guardado en su lugar de reposo. Luego venían tres reliquias más, las más sagradas de todas por ser las que eran menos comprendidas.

La primera era una pieza de metal de forma extraña, del matiz del calor intenso. En cierto modo era el más melancólico de todos aquellos símbolos del pasado, pues hablaba de la mayor hazaña del Hombre, y del futuro que pudo haber conocido. El pie de caoba sobre el cual estaba montado llevaba una placa de plata con la inscripción:

«Encendedor auxiliar del chorro de estribor de la nave espacial *Estrella Matutina*.
Tierra-Luna, 1985 de J. C.»

Luego seguía otro milagro de la ciencia antigua: una esfera de plástico transparente con piezas de metal de raras formas incrustadas en su interior. En su centro había una pequeña cápsula de un elemento radiactivo sintético, rodeado de las

pantallas de conversión que desplazaba su radiación hasta la parte baja del espectro. En tanto que el material permaneciese activo, la esfera sería una pequeña estación transmisora de radio que emitía en todas direcciones. Solamente se habían construido unas cuantas de esas esferas, destinadas a ser faros perpetuos de las órbitas de los Asteroides. Pero el Hombre nunca alcanzó los Asteroides, y los faros nunca fueron utilizados.

Finalmente había una lata circular plana, muy ancha en relación con su profundidad. Estaba muy bien sellada, y cuando se la agitaba emitía un ruido. La tradición de la tribu predecía un desastre si jamás era abierta, y nadie sabía que contenía una de las mayores obras de arte de hacía cerca de mil años.

Se había terminado el trabajo. Los dos hombres hicieron rodar las piedras colocándolas en su lugar, y comenzaron lentamente a descender la montaña. Incluso al fin, el Hombre había pensado en el futuro, y había tratado de conservar algo para la posteridad.

Aquel invierno las grandes oleadas de hielo comenzaron su primer asalto a las montañas, atacando por el norte y por el sur. Los pies de las colinas fueron avasallados al primer empuje, y los glaciares las pulverizaron. Pero las montañas se mantuvieron firmes, y cuando llegó el verano el hielo se retiró por un tiempo.

Y así, invierno tras invierno, continuó la batalla, y el rugido de los aludes, el rechinar de las rocas y las explosiones del astillado hielo llenaron de fragor el aire. Ninguna de las guerras del Hombre había sido tan feroz, ni había sumergido al globo más completamente que ésta. Hasta que al fin las olas de la marea del hielo comenzaron a abatirse y a descender lentamente a lo largo de las laderas de las montañas que no habían nunca dominado del todo; a pesar que los pasos y los valles estaban aún firmemente en su poder. La lucha no se había decidido, pues los glaciares habían encontrado un digno rival.

Pero su derrota había llegado demasiado tarde para ser de alguna utilidad al hombre.

Así fueron transcurriendo los siglos, hasta que ocurrió algo que tiene que suceder por fuerza, por lo menos una vez en la historia de cada uno de los mundos del universo, por remotos y solitarios que sean.

La nave de Venus llegó cinco mil años demasiado tarde, pero su tripulación nada sabía de ello. Desde muchos millones de kilómetros de distancia, los telescopios habían visto el gran sudario de hielo que hacía de la Tierra el objeto más brillante del cielo después del mismo Sol. Aquí y allá la deslumbradora sábana se veía manchada por negras motas que revelaban la presencia de montañas casi enterradas. Eso era todo. Los océanos, las llanuras y los bosques, los desiertos y los lagos, todo que había sido el mundo del Hombre, estaba sellado bajo el hielo, quizá para siempre.

La nave se acercó a la Tierra y estableció una órbita a unos mil kilómetros de

distancia. Durante cinco días circundó al planeta, mientras las cámaras fotografiaban todo lo que quedaba a la vista, y cien instrumentos recogían información que daría años de trabajo a los científicos venusianos. No se tenía intención de aterrizar, pues no se veía razón para ello. Pero al sexto día el cuadro cambió. Un avisador panorámico, al límite de su amplificación, detectó la agonizante radiación del viejo faro de cinco mil años. A través de los siglos había estado enviando sus señales, con fuerza cada vez menor, a medida que su corazón radiactivo iba constantemente debilitándose.

El avisador sintonizó la frecuencia del faro. En el cuarto de mandos, una campana demandó atención. Un poco más tarde, la nave venusiana salió de su órbita y descendió inclinándose hacia la Tierra, en dirección a una cordillera que aún emergía orgullosa del hielo, y hacia un montículo de piedras grises que los años habían apenas tocado.

* * *

El gran disco del sol ardía ferozmente en un cielo que no estaba ya velado por las nubes, pues las nubes que otrora ocultaran a Venus, se habían desvanecido por completo. La fuerza que había ocasionado el cambio en la radiación solar, había condenado una civilización, pero dado la vida a otra. Hacía menos de cinco mil años que las gentes semisalvajes de Venus habían visto el sol y las estrellas por vez primera. La ciencia de la Tierra había comenzado con la astronomía, y lo mismo había ocurrido con la de Venus, y en aquel mundo cálido y rico que el Hombre nunca había visto, el progreso había sido increíblemente rápido.

Quizá los venusianos habían sido afortunados. No conocieron nunca la Edad del Oscurantismo que había mantenido encadenado al hombre durante mil años; se evitaron el largo camino indirecto a través de la química y de la mecánica, y llegaron inmediatamente a las leyes más fundamentales de la física de la radiación. En el tiempo que el hombre había requerido para pasar de las Pirámides a las astronaves propulsadas por cohetes, los venusianos habían pasado del descubrimiento de la agricultura a la misma antigravitación, el secreto final que el Hombre nunca había aprendido.

El tibio océano, que todavía contenía la mayor parte de la vida del cálido planeta, proyectaba lánguidamente sus olas contra la playa arenosa. Tan nuevo era aquel continente que incluso las arenas eran gruesas y agudas; el mar no había tenido aún tiempo de suavizarlas. Los científicos estaban echados, sumergidos a medias en el agua, y sus hermosos cuerpos de reptiles brillaban a la luz del sol. Las mejores mentes de Venus se habían congregado en aquella orilla desde todas las islas del planeta. No sabían aún lo que iban a oír, excepto que se refería al Tercer Mundo y a la

raza misteriosa que lo había poblado antes de la llegada del hielo.

El Historiador estaba sobre tierra, pues a los instrumentos que iba a emplear no les gustaba el agua. A su lado había una gran máquina que atrajo muchas curiosas miradas de sus colegas. Estaba evidentemente relacionada con la óptica, pues llevaba un sistema de lentes dirigido hacia una pantalla de material blanco emplazada a una docena de metros.

El Historiador comenzó a hablar. Recapituló brevemente lo poco que se había descubierto referente al Tercer Planeta y su gente. Mencionó los siglos de investigación infructuosa que habían fracasado en la investigación de uno solo de los escritos de la Tierra. Aquel planeta había sido habitado por una raza de gran habilidad técnica; eso, por lo menos, quedaba demostrado por las escasas piezas de maquinaria que habían sido halladas bajo el montón de piedras de la montaña.

—No sabemos por qué se extinguió una civilización tan avanzada. Casi con seguridad sabía lo suficiente para sobrevivir un Período Glacial. Debe haber habido algún otro factor del cual nada sabemos. Quizá fue culpa de alguna enfermedad o de alguna degeneración racial. Ha sido, incluso, sugerido que los conflictos de tribu, endémicos en nuestra propia especie en tiempos prehistóricos, pueden haber continuado en el Tercer Planeta después de la introducción de la tecnología. Algunos filósofos mantienen que los conocimientos de maquinaria no implican necesariamente un elevado grado de civilización, y que es teóricamente posible que haya guerras en una sociedad que posea fuerza mecánica, navegación aérea e incluso radio. Tal concepción es extraña a nuestras ideas, pero debemos admitir su posibilidad, y evidentemente explicaría la pérdida de aquella raza.

»Se había siempre supuesto que nunca sabríamos algo respecto a la forma física de las criaturas que habitaron el Tercer Planeta. Durante siglos nuestros artistas han estado representando escenas de la historia de aquel mundo muerto, poblándolo de toda clase de seres fantásticos. La mayor parte de tales creaciones se nos han asemejado más o menos, a pesar que se ha indicado con frecuencia que el hecho que nosotros seamos reptiles no significa que toda la vida inteligente deba necesariamente ser reptil. Ahora conocemos la respuesta a uno de los problemas más desconcertantes de la historia. Por fin, después de quinientos años de investigación, hemos descubierto la forma exacta y la naturaleza de la vida rectora del Tercer Planeta.

De los científicos allí reunidos se alzó un murmullo de asombro. A algunos les tomó tan de sorpresa, que desaparecieron un rato en la comodidad del océano, como acostumbran a hacer todos los venusianos en momentos de tensión. El Historiador esperó hasta que sus colegas hubiesen reaparecido sobre el elemento que tan poco les agradaba. Él mismo se sentía cómodo, gracias a las pequeñas salpicaduras que le llegaban continuamente al cuerpo; debido a ellas, podía vivir muchas horas sobre tierra, sin tener que retornar al océano.

La agitación se calmó lentamente y el conferenciante prosiguió:

—Uno de los objetos más desconcertantes entre los hallados en el Tercer Planeta era un recipiente metálico plano que contenía una gran cinta de material plástico transparente, perforado por los bordes y arrollado apretadamente formando un carrete. Esa cinta transparente pareció al principio estar desprovista de rasgos característicos, pero al ser examinada con el nuevo microscopio subelectrónico se vio que no era así. A lo largo de la superficie del material, e invisibles a nuestros ojos, pero perfectamente definidas bajo una radiación adecuada, hay literalmente miles de pequeñas imágenes. Se cree que fueron impresas sobre el material por algún procedimiento químico, y que se han desvanecido al correr el tiempo.

»Tales imágenes forman, al parecer, un documento de la vida tal como era sobre el Tercer Planeta en el apogeo de su civilización. No son independientes; imágenes consecutivas son casi idénticas, difiriendo solamente en detalles de movimiento. El objeto de tal grabación es obvio; solamente se requiere proyectar las escenas en rápida sucesión para crear la ilusión de un movimiento continuo. Hemos construido una máquina para hacerlo, y aquí tengo una reproducción exacta de la serie de imágenes.

»Las escenas que ahora van a contemplar, nos transportan a muchos miles de años atrás, a los grandes días del planeta hermano. Presentan una civilización muy compleja, muchas de cuyas actividades sólo podemos comprender vagamente. La vida parece haber sido muy violenta y muy enérgica, y mucho de lo que verán, es bastante desconcertante.

»Es evidente que el Tercer Planeta estaba habitado por cierto número de especies, ninguna de las cuales era reptil. Eso es un golpe para nuestro orgullo, pero la conclusión es inevitable. El tipo de vida dominante parece haber sido un bípedo de dos brazos, que caminaba erguido y cubría su cuerpo con una especie de material flexible, seguramente para resguardarse contra el frío, ya que incluso antes de la Edad de Hielo aquel planeta estaba a una temperatura muy inferior a la de nuestro propio mundo.

»Pero no quiero abusar más de vuestra paciencia. Ahora verán la grabación de la que les he estado hablando.

Una brillante luz salió del proyector. Se oyó un suave zumbido, y aparecieron sobre la pantalla cientos de extraños seres que se movían algo rígidamente de un lado a otro. La imagen se ensanchó para abarcar a una de aquellas criaturas, y los científicos pudieron comprobar que la descripción del Historiador había sido correcta. La criatura poseía dos ojos, colocados bastante juntos, pero los demás adornos faciales resultaban algo confusos. Había un gran orificio en la parte inferior de la cabeza que estaba continuamente abriéndose y cerrándose, y que posiblemente estaba en cierto modo relacionado con la respiración de la criatura.

Los científicos contemplaron fascinados cómo aquellos extraños seres se veían

complicados en una serie de aventuras fantásticas. Había una lucha increíblemente violenta con otra criatura algo diferente. Parecía cierto que ambos debían resultar muertos, pero no; al terminar, ninguno de los dos parecía haber sufrido nada. Luego venía una furiosa carrera sobre kilómetros de campo en un artefacto mecánico de cuatro ruedas capaz de extraordinarias hazañas de locomoción. La carrera terminaba en una ciudad llena de otros vehículos que se movían en todas direcciones a velocidades de espanto. Nadie se sorprendió al ver que dos de las máquinas chocaban de frente, con resultado devastador.

Después de aquello, los acontecimientos resultaban aún más complicados. Era evidente que se requerirían muchos años de investigación para analizar todo lo que allí ocurría. Se comprendía también claramente que aquello era una obra de arte, algo estilizada, más bien que una reproducción exacta de la vida tal como había sido sobre el Tercer Planeta.

Cuando terminó la sucesión de imágenes, la mayor parte de los científicos estaban anonadados. Había una ráfaga final de movimiento, durante la cual la criatura que había sido el centro del interés, se veía envuelta en una catástrofe tremenda, pero incomprensible. La imagen se contrajo hasta quedar reducida a un círculo, centrado en la cabeza de aquella criatura. La última escena era la imagen ampliada de su cara, que evidentemente expresaba alguna fuerte emoción, sin que pudiera adivinarse si era de rabia, pena, desafío, resignación, u otro sentimiento.

La imagen se desvaneció; por un instante aparecieron en la pantalla algunas letras, y luego todo terminó.

Durante varios minutos reinó un completo silencio, salvo por el susurro de las olas sobre la arena. Los científicos estaban demasiado anonadados para hablar. Aquella pasajera visión de la civilización de la Tierra había producido un efecto devastador sobre sus mentes. Y entonces comenzaron a hablar en pequeños grupos, comentando, primeramente en murmullos, y luego en voz más alta, a medida que aparecía más claro el significado de lo que acababan de ver. Luego el Historiador reclamó de nuevo su atención:

—Proyectamos ahora —comenzó—, un vasto programa de investigación para extraer de esa grabación toda la información posible. Ya se darán cuenta de los problemas planteados; especialmente los psicólogos se enfrentan con una tarea inmensa. Pero no dudo que tendremos éxito. Dentro de otra generación, ¿quién sabe lo que habremos llegado a saber de esa maravillosa raza? Antes de terminar, contemplemos nuevamente a nuestros remotos parientes, cuya sabiduría quizá sobrepasó la nuestra, pero de quienes tan poco ha sobrevivido.

Una vez más apareció sobre la pantalla la imagen final, inmóvil esta vez, pues se había detenido el proyector. Con un sentimiento semejante al respeto, los científicos contemplaron aquella estática figura del pasado, mientras a su vez el pequeño bípedo

les contemplaba con su característica expresión de un mal genio arrogante.

Para siempre este sería el símbolo de la raza humana. Los psicólogos de Venus analizarían sus acciones y observarían todos sus movimientos hasta que pudiesen reconstruir su mente. Se escribirían sobre él miles de libros. Se idearían complicadas filosofías para explicar su comportamiento. Pero todo aquel trabajo, toda aquella investigación, sería en vano.

Quizá aquella solitaria y orgullosa figura de la pantalla sonreía sardónicamente a los científicos, que comenzaban su trabajo, interminable e inútil. Su secreto estaría seguro en tanto durase el universo, pues nadie conseguiría nunca leer el perdido lenguaje de la Tierra. Millones de veces en los siglos por venir, resplandecerían sobre la pantalla aquellas últimas palabras, y nadie adivinaría nunca su significado:

Una Producción Walt Disney.

SUPERIORIDAD

(*Superiority, 1951*)

Al hacer esta declaración —y la hago por voluntad propia—, deseo en primer lugar dejar perfectamente sentado que no trato de ganarme simpatías, ni espero mitigación alguna de cualquier sentencia que pueda pronunciar el Tribunal. Escribo esto para intentar refutar algunos de los mentirosos informes que han aparecido en la prensa que se me ha permitido ver, y que se han transmitido por la radio de la prisión, los cuales han proporcionado una idea absolutamente falsa de las verdaderas causas de nuestra derrota, y como jefe de las fuerzas armadas de mi raza al cesar las hostilidades, considero mi deber protestar contra tales calumnias sobre aquellos que sirvieron bajo mi mando.

Espero también que esta declaración aclare las razones de la solicitud que por dos veces he dirigido al Tribunal, y que induzca a conceder un favor, para la denegación del cual no creo posible exista razón ninguna.

La causa fundamental de nuestro fracaso fue muy sencilla; a pesar de todas las afirmaciones en sentido contrario, no fue debida a falta de valor por parte de nuestros hombres, ni a falta ninguna de la Flota. Fuimos derrotados solamente por una cosa; por la inferior ciencia de nuestros enemigos. Lo repetiré; por la ciencia *inferior* de nuestros enemigos.

Cuando comenzó la guerra, no teníamos ninguna duda acerca de nuestra victoria final. Las flotas combinadas de nuestros aliados excedían considerablemente en número y armamentos las que el enemigo podía alinear contra nosotros, y en casi todas las ramas de la ciencia militar éramos superiores a ellos. Estábamos seguros de poder mantener tal superioridad. Nuestra creencia fue, por desgracia, confirmada con exceso en la práctica.

Al comenzar la guerra, nuestras principales armas eran el torpedo automático de largo alcance, el rayo esférico dirigible y diversas formas modificadas del haz de Klydon. Todas las unidades de la Flota estaban equipadas con esas armas, y si bien el enemigo poseía otras semejantes, sus instalaciones eran, en general, de potencia inferior. Además, estábamos respaldados por una Organización de Investigación militar mucho más importante, y con tal ventaja inicial no podíamos posiblemente perder.

La campaña procedió según lo planeado hasta la Batalla de los Cinco Soles. Naturalmente, la ganamos, pero la oposición fue más enérgica de lo que habíamos esperado. Se comprendió entonces que la victoria pudiera ser más difícil, y más lenta, de lo que se había creído en un principio. Por tal razón se convocó una conferencia de comandantes supremos para discutir nuestra futura estrategia.

Estaba presente por vez primera en nuestras conferencias de guerra, el profesor-general Norden, nuevo jefe del Personal de Investigación, quien acababa de ser nombrado para llenar el vacío que había dejado la muerte de Malvar, nuestro científico más ilustre. La jefatura de Malvar, más que ningún otro factor por sí solo, había sido lo que había determinado la eficiencia y el poder de nuestro armamento. Su pérdida había sido un rudo golpe, pero nadie dejaba de creer en la brillantez de su sucesor, si bien muchos de nosotros habíamos dudado si procedía nombrar a un científico teórico para ocupar un cargo de importancia tan vital. Pero no se nos había hecho caso.

Recuerdo muy bien la impresión que Norden produjo en aquella conferencia. Los consejeros militares estaban preocupados, y, como de costumbre, se dirigieron a los científicos en busca de asistencia. ¿Sería posible, preguntaron, mejorar nuestras armas actuales, a fin de aumentar más aún nuestra presente ventaja?

La respuesta de Norden fue completamente inesperada. Con frecuencia se había dirigido tal pregunta a Malvar, y él siempre había hecho lo que le habíamos solicitado.

—Francamente, señores —dijo Norden—, lo dudo. Nuestras armas actuales han llegado ya prácticamente a su forma definitiva. No quisiera criticar a mi predecesor, o el excelente trabajo efectuado por el Personal de Investigación durante las últimas generaciones, pero ¿se dan ustedes cuenta que no ha habido cambio fundamental en los armamentos desde hace más de un siglo? Me temo que ello ha sido debido a una tradición que se ha hecho demasiado conservadora. El Personal de Investigación se ha dedicado demasiado tiempo a perfeccionar viejas armas en lugar de desarrollar otras nuevas. Es una suerte para nosotros que nuestros enemigos hayan hecho lo mismo, pero no debemos suponer que será siempre así.

Las palabras de Norden dejaron una impresión de malestar, como había sido sin duda su intención. Rápidamente lanzó su ataque a fondo.

—Lo que necesitamos son *nuevas* armas, armas totalmente diferentes de las que se han utilizado hasta hoy. Tales armas son posibles; se necesitará algún tiempo, naturalmente, pero desde que he tomado posesión he reemplazado algunos de los más viejos científicos por hombres jóvenes, y he dirigido la investigación hacia varios campos inexplorados que prometen mucho. Creo, en efecto, que muy pronto seremos testigos de una revolución en los armamentos.

Nos sentíamos escépticos. Había un tono pedante en la voz de Norden que nos hacía recelar de sus afirmaciones. Entonces no sabíamos que nunca prometía nada que no hubiese casi perfeccionado en el laboratorio. *En el laboratorio*, esa era la frase clave.

Norden probó lo que había afirmado menos de un mes más tarde, cuando presentó la Esfera de Aniquilación, que producía la desintegración completa de la materia

dentro de un radio de varios centenares de metros. Nos entusiasmos con la potencia de la nueva arma, y estuvimos dispuestos a prescindir de considerar su defecto fundamental, el hecho que era precisamente una esfera, y que, por lo tanto, destruía su relativamente complicado mecanismo de generación en el instante de su formación. Eso naturalmente, significaba que no podía ser utilizada sobre naves de guerra, sino solamente sobre proyectiles dirigidos, por lo cual se comenzó un gran programa para cambiar todos los torpedos de dirección automática a fin que éstos pudieran transportar la nueva arma. Desde aquel momento, se suspendieron todas las ofensivas.

Nos damos cuenta ahora que aquél fue nuestro primer error. Todavía creo que fue una equivocación lógica, pues entonces nos pareció que todos los armamentos existentes se habían quedado anticuados de la noche a la mañana, y casi los considerábamos supervivientes primitivos. De lo que no nos dimos cuenta entonces, fue de la magnitud de la tarea que intentábamos, y del tiempo que se tardaría en poner en acción la superarma revolucionaria.

No había ocurrido nada semejante durante cien años, y no teníamos experiencia previa que nos sirviese de guía.

El problema de la conversión resultó aún más difícil de lo que habíamos supuesto. Era necesario diseñar una nueva clase de torpedo, pues el modelo corriente era demasiado pequeño. Eso, a su vez, significaba que solamente las mayores naves podían lanzar el arma, pero estábamos dispuestos a aceptar esa penalización. Al cabo de seis meses, se estaba equipando las unidades pesadas de la Flota con la Esfera. Maniobras de entrenamiento y ensayos habían demostrado que funcionaba satisfactoriamente, y estábamos a punto de hacerla entrar en acción. Se estaba ya aclamando a Norden como el artífice de la victoria y, además, nos había prometido nuevas armas aún más espectaculares.

Entonces ocurrieron dos cosas. Una de nuestras naves de guerra desapareció por completo durante uno de los vuelos de entrenamiento, y una investigación demostró que en determinadas condiciones el radar de largo alcance de la nave podía hacer estallar la Esfera tan pronto como era lanzada. La modificación que se requería para superar tal defecto era insignificante, pero ocasionó la demora de otro mes y produjo mucho resentimiento entre el personal naval y los científicos. Estábamos nuevamente a punto de entrar en acción, cuando Norden anunció que el radio de eficacia de la Esfera había sido aumentado diez veces, multiplicando así por mil las probabilidades de destruir una nave enemiga.

De modo que volvieron a comenzar las modificaciones, si bien todo el mundo estaba de acuerdo en que bien valían la pena. Pero, entre tanto, el enemigo se había envalentonado ante la ausencia de nuevos ataques, y había realizado una ofensiva inesperada. Nuestras naves no tenían suficientes torpedos, pues no se producían ya en

las fábricas, y se vieron obligadas a retirarse. Y así fue como perdimos los sistemas de Kyrane y Floranus, y la fortaleza planetaria de Rhamsandron.

Fue un contratiempo molesto, pero no grave, pues los sistemas recapturados habían sido poco amistosos y difíciles de administrar. No dudábamos de poder restablecer la situación tan pronto como la nueva arma entrase en acción.

Tales esperanzas se cumplieron solamente a medias. Cuando reanudamos la ofensiva, tuvimos que hacerlo con menos Esferas de Aniquilación de las que habíamos proyectado, lo cual fue una de las razones de lo limitado de nuestro éxito. La otra razón fue más seria.

Mientras nosotros habíamos estado equipando tantas naves como pudimos con nuestra arma irresistible, el enemigo había estado construyendo febrilmente. Sus naves eran del viejo modelo, con el antiguo armamento, pero excedían a las nuestras en número. Cuando entramos en acción, encontramos que los números que se alineaban frente a nosotros eran a veces cien por ciento mayores de lo esperado, ocasionando confusión de blancos entre las armas automáticas, y determinando mayores bajas que las esperadas. Las bajas del enemigo eran aún mayores, pues cuando una Esfera alcanzaba su objetivo, la destrucción era cierta, pero el equilibrio no se desplazó tanto en nuestro favor como habíamos confiado.

Además, mientras las flotas principales estaban combatiendo, el enemigo había lanzado un audaz ataque contra los sistemas de Eriston, Duranus, Carmanidor y Fharanidon, que sosteníamos con pocas fuerzas, reconquistándolos todos. De modo que nos tuvimos que enfrentar con una amenaza a solamente cincuenta años de luz de nuestros planetas patrios.

Se hicieron muchas recriminaciones durante la reunión siguiente de los comandantes supremos. La mayor parte de las quejas fueron dirigidas a Norden; en especial, el gran almirante Taxaris mantuvo que, gracias a nuestra evidentemente irresistible arma, estábamos ahora mucho peor que antes. Afirmó que debíamos haber continuado construyendo naves del tipo convencional, evitando así la pérdida de nuestra superioridad numérica.

Norden se mostró igualmente enojado, y calificó al personal naval de chapuceros desagradecidos. Pero pude ver que estaba preocupado —como, a decir verdad, lo estábamos todos— por el giro inesperado de los acontecimientos. Insinuó que podría haber una forma rápida de remediar la situación. Sabemos ahora que la Investigación había estado trabajando en el Analizador de Combate durante muchos años, pero entonces nos apareció como una revelación, y quizá nos dejamos entusiasmar con demasiada facilidad. Por otra parte, el argumento de Norden era seductoramente convincente. ¿Qué importaba, dijo, que el enemigo tuviese el doble de naves que nosotros, si la eficiencia de las nuestras podía ser duplicada, o incluso triplicada? Durante décadas el factor límite en la guerra no había sido mecánico, sino biológico;

se había ido haciendo más y más difícil para una sola mente, o grupo de mentes, tratar con la complejidad rápidamente cambiante de la batalla en el espacio tridimensional. Los matemáticos de Norden habían analizado algunos de los encuentros clásicos del pasado y habían demostrado que, incluso cuando habíamos salido victoriosos, nuestras unidades habían operado a mucho menos de la mitad de su eficiencia teórica.

El Analizador de Combate alteraría tal situación, sustituyendo el personal de operaciones por calculadores electrónicos.

La idea no era nueva en teoría, pero hasta entonces no había sido sino un sueño utópico. A muchos de nosotros les parecía aún difícil creer que pudiese ser algo más que un sueño; pero después de haber seguido varias batallas de maniobra, nos convencimos.

Se decidió instalar el Analizador en cuatro de nuestras naves más pesadas, de modo que cada una de las flotas principales pudiese disponer de uno de ellos. Y aquí comenzaron nuestras dificultades, si bien no lo supimos hasta más tarde.

El Analizador contenía poco menos de un millón de tubos de vacío, y requería un equipo de quinientos técnicos para mantenerlo y operarlo. Era completamente imposible acomodar el personal extra a bordo de la nave de guerra, de modo que fue preciso que cada una de las cuatro unidades fuese acompañada de una nave de pasajeros convertida, a fin de transportar a los técnicos que no estaban de servicio. La instalación también fue asunto largo y pesado, pero gracias a gigantescos esfuerzos pudo ser completada en seis meses.

Y entonces, para descorazonamiento nuestro, tuvimos que enfrentarnos con otra crisis. Se habían escogido casi cinco mil hombres de gran habilidad para el servicio de los Analizadores, y se les había sometido a un curso intensivo en las Escuelas de Educación Técnica. Al término de siete meses, un diez por ciento de ellos había sufrido colapsos nerviosos, y solamente se habían calificado un cuarenta por ciento.

Otra vez más, todo el mundo empezó a echar la culpa a los demás. Como es natural, Norden dijo que no era posible hacer responsable al Personal de Investigación, con lo cual incurrió en la enemistad de los Mandos de Personal y Adiestramiento. Finalmente se decidió que lo único que podía hacerse era utilizar dos Analizadores en lugar de cuatro, y hacer entrar los otros en acción tan pronto como se hubiese adiestrado personal suficiente. No había mucho tiempo que perder, pues el enemigo estaba aún a la ofensiva, y su moral se elevaba.

Se ordenó a la primera flota con Analizador que recapturase el sistema de Eriston. En el camino, y por uno de los azares de la guerra, la nave de pasajeros que llevaba los técnicos fue alcanzada por una mina errante. Una nave de guerra hubiese sobrevivido, pero aquella nave, con su insustituible cargamento, fue totalmente destruida, de modo que se tuvo que abandonar la operación.

La otra expedición tuvo, al principio, más éxito. No había duda en que el Analizador cumplía la promesa de sus diseñadores, y el enemigo fue penosamente derrotado en el primer combate. Se retiró, dejándonos en posesión de Safhran, Leucon y Hexanerax. Pero su Personal de Información debía haber observado la alteración de nuestra táctica, así como la inexplicable presencia de una nave de pasajeros en el corazón de nuestra flota de guerra. Y también debió haber notado que nuestra primera flota había ido acompañada de una nave semejante, y se había retirado cuando aquélla había sido destruida.

Durante el siguiente encuentro el enemigo utilizó su superioridad numérica para desencadenar un ataque avasallador sobre la nave del Analizador y su inerte consorte. El ataque fue efectuado sin reparar en bajas —como es natural, ambas naves iban muy bien protegidas— y tuvo éxito. El resultado fue la decapitación virtual de la flota, pues resultó imposible volver de nuevo de modo eficaz a los antiguos métodos tácticos. Nos retiramos bajo enérgico fuego, y así perdimos todo lo que habíamos ganado, así como los sistemas de Lorymia, Ismarnus, Beronis, Alfanidon y Sideneus.

Al llegar a este punto, el gran almirante Taxaris expresó su desaprobación de Norden, suicidándose, y yo asumí el mando supremo.

La situación era ahora seria a la vez que enfurecedora. Con testarudo conservadurismo, y una falta completa de imaginación, el enemigo continuaba avanzando con sus naves anticuadas e ineficientes, pero ahora inmensamente superiores en número. Era irritante darse cuenta que con sólo haber continuado construyendo, sin buscar nuevas armas, podríamos haber estado en una posición mucho más ventajosa. Se celebraron numerosas y acerbos conferencias, en el curso de las cuales Norden defendió a los científicos, mientras todos los demás les culpaban por lo que había ocurrido. Y ahora no podíamos retroceder; era preciso que continuase la búsqueda de un arma irresistible. Al principio hubiese sido un lujo para abreviar la guerra, pero ahora era una necesidad, si teníamos que terminarla victoriosos.

Lo mismo que Norden, estábamos a la defensiva. Él estaba más decidido que nunca a restablecer su prestigio y el del Personal de Investigación. Pero habíamos resultado decepcionados dos veces, y no volveríamos a cometer nuevamente el mismo error. Sin duda los veinte mil científicos de Norden producirían muchos armamentos nuevos, pero no nos íbamos a dejar impresionar.

Nos equivocábamos. El arma final era algo tan fantástico que ahora incluso parece difícil creer que llegó a existir. Su nombre inocente, que no comprometía a nada —el Campo Exponencial—, no daba idea de sus potencialidades reales. Algunos de los matemáticos de Norden lo habían descubierto durante un trabajo de investigación puramente teórico sobre las propiedades del espacio, y ante la inmensa

sorpresa de todos se encontró que era físicamente realizable.

Parece muy difícil explicar al profano cómo funcionaba el Campo. Según la descripción técnica, «produce un estado exponencial del espacio, de modo que una distancia finita en el espacio normal lineal, puede llegar a ser infinita en el pseudo-espacio». Norden proporcionó una analogía que a algunos de nosotros nos resultó de utilidad. Es algo así como si se tomase un disco plano de goma —que representaba una región del espacio normal— y se extendiese entonces su centro hasta el infinito. La circunferencia del disco permanecía invariable, pero el «diámetro» sería infinito. Eso era más o menos lo que el Campo hacía con el espacio en derredor suyo.

Así, por ejemplo, supongamos que una nave provista de tal generador fuese rodeada por un cerco de máquinas hostiles. Si entonces se conectaba el Campo, *cada una* de las naves enemigas creería que ella, y las naves al otro lado del círculo sería la misma de antes; pero el viaje al centro sería de duración infinita, pues, a medida que se avanzase, las distancias parecerían hacerse más y más grandes, mientras se modificaba la «escala» del espacio.

Era un estado de pesadilla, pero muy útil. Nada podía alcanzar a una nave que llevase el Campo; aunque quedase englobado dentro de una flota enemiga, permanecería tan inaccesible como si estuviese al otro lado del Universo. Por otra parte, y como es natural, no podía combatir sin desconectar el Campo, pero, con todo, quedaba en posición muy ventajosa, no solamente para la defensa sino para la ofensiva, pues una nave equipada con el Campo podía acercarse a una flota enemiga sin ser advertida y aparecer repentinamente en medio de ella.

Esta vez no parecía haber fallos en la nueva arma. Es innecesario decir que tratamos de encontrar todas las objeciones posibles antes de comprometernos nuevamente. Afortunadamente, el equipo era relativamente sencillo y no requería un personal muy numeroso para hacerlo funcionar. Después de discutirlo mucho, decidimos ponerlo en producción acelerada, pues esta vez nos dimos cuenta que el tiempo pasaba rápidamente y que la guerra se iba desarrollando en contra nuestra. Habíamos ya perdido casi todas nuestras conquistas iniciales, y las fuerzas enemigas habían verificado varias incursiones en nuestro propio Sistema Solar.

Conseguimos contener al enemigo mientras volvíamos a equipar la Flota e ideábamos nuevas tácticas de combate. Para utilizar el Campo en la práctica, era necesario localizar una formación enemiga, trazar un rumbo que la interceptase, y conectar el generador por un tiempo previamente calculado. Al desconectar luego el Campo —y si los cálculos habían sido exactos— se hallaría uno en medio del enemigo y podría hacer grandes destrozos durante la confusión que seguiría, retirándose luego por el mismo camino cuando fuere necesario.

Las primeras maniobras de ensayo resultaron satisfactorias, y el equipo pareció ser seguro. Se efectuaron numerosos falsos ataques, y las tripulaciones se

acostumbraron a la nueva técnica. Yo estuve en uno de los vuelos de ensayo, y recuerdo vívidamente mi impresión cuando se conectó el Campo. Pareció como si las naves en derredor nuestra se empequeñeciesen, como si estuviesen sobre la superficie de una burbuja que se hinchase, y al cabo de un instante habían desaparecido por completo. También habían desaparecido las estrellas, pero pudimos percibir que la Galaxia era aún visible en forma de leve franja luminosa alrededor de la nave. El radio virtual de nuestro pseudo-espacio no era realmente infinito, sino unos cuantos centenares de miles de años de luz, de modo que la distancia a las estrellas más lejanas de nuestro sistema no había aumentado mucho, si bien las más cercanas habían, como es lógico, desaparecido del todo.

Pero estas maniobras de adiestramiento tuvieron que ser suspendidas antes que fuese posible completarlas, debido a una serie de pequeñas dificultades técnicas en diversas piezas del equipo, especialmente en los circuitos de comunicaciones. Tales dificultades resultaban enojosas, pero no importantes, pero se pensó que lo mejor era regresar a la Base para resolverlas.

En aquel preciso momento el enemigo lanzó lo que evidentemente pretendía fuese un ataque decisivo contra el planeta fortaleza de Iton, en los límites de nuestro Sistema Solar. La Flota tuvo que lanzarse al combate antes que fuese posible efectuar reparaciones.

El enemigo debió creer que habíamos conseguido el secreto de la invisibilidad, y en cierto sentido así era. Nuestras naves aparecieron repentinamente de la nada, e infligieron un daño tremendo, por un tiempo. Y entonces ocurrió algo desconcertante e inexplicable.

Cuando comenzaron las dificultades yo estaba al mando de la nave insignia *Hircania*. Habíamos estado operando como unidades independientes, cada una contra objetivos previamente señalados. Nuestros detectores observaron una formación enemiga a una distancia media que los oficiales de navegación midieron con gran exactitud. Fijaron el rumbo y conectamos el generador.

Desconectamos el Campo Exponencial en el momento en que deberíamos haber estado pasando por el centro del grupo enemigo. Pero, sin gran consternación por parte nuestra, emergimos en espacio normal a una distancia de muchos centenares de kilómetros, y cuando encontramos al enemigo, él también nos había encontrado a nosotros. Nos retiramos, y probamos nuevamente. Esta vez nos hallamos tan lejos del enemigo que fue él quien nos encontró primero.

Evidentemente, había algún serio defecto. Rompimos el silencio de comunicaciones, e intentamos establecer contacto con otras naves de la Flota para ver si ellas sufrían también la misma dificultad. Fracasamos una vez más, y esta vez el fracaso se escapaba por completo a la razón, pues el equipo de comunicación parecía estar funcionando perfectamente. No pudimos sino suponer, por fantástico que

pareciese, que todo el resto de la flota había sido destruido.

No quiero describir las escenas que se produjeron cuando las dispersas unidades de la Flota regresaron a la Base. En realidad nuestras bajas habían sido insignificantes, pero las naves estaban completamente desmoralizadas. Casi todas habían perdido contacto con las demás, y habían descubierto que sus equipos telemétricos mostraban errores inexplicables. Era evidente que el Campo Exponencial era la causa de las perturbaciones, a pesar del hecho que solamente se hacían aparentes cuando se le desconectaba.

La explicación vino demasiado tarde para que nos sirviese de algo, y la derrota final de Norden fue escaso consuelo de la pérdida virtual de la guerra. Como ya he explicado, los generadores del Campo producen una distorsión radial del espacio, y las distancias aparecen tanto mayores cuanto más se acerca uno al centro del pseudo-espacio artificial. Cuando se desconecta el Campo, las condiciones vuelven a lo normal.

Pero no del todo. No era nunca posible restablecer *exactamente* el estado inicial. Conectar y desconectar el Campo era equivalente a una elongación y contracción de la nave que llevaba el generador, pero había un efecto de histéresis, por decirlo así, y no se podía nunca reproducir del todo la condición inicial, debido a todos los miles de cambios eléctricos y de movimientos de masas a bordo de la nave mientras estaba conectado el Campo. Esas asimetrías y distorsiones eran acumulativas, y aunque rara vez representaban más de una fracción de uno por ciento, eso era ya suficiente. Significaba que los equipos telemétricos de precisión y los circuitos sintonizados en los aparatos de comunicación perdían por completo su ajuste. Una nave, por sí sola, nunca podía percibir la perturbación, solamente cuando la comparaba con el equipo de otra nave, o trataba de comunicarse con ella, podía saber lo que había ocurrido.

Es imposible describir el caos que se produjo. No había ni un solo componente de una nave del que se pudiese esperar con seguridad que podría utilizarse a bordo de otra. Incluso los mismos tornillos y las hembrillas no eran ya intercambiables, y la situación de los suministros se hizo imposible. Si hubiésemos tenido tiempo hubiésemos quizá podido superar incluso esas dificultades, pero las naves enemigas nos estaban atacando ya a millares, con armas que ahora parecían siglos más anticuadas que las que habíamos inventado. Nuestra magnífica flota, mutilada por nuestra propia ciencia, luchó lo mejor que pudo hasta que fue arrollada y forzada a rendirse. Las naves equipadas con el Campo eran aún invulnerables, pero como unidades de combate eran casi inútiles. Cada vez que conectaban sus generadores para escapar de un ataque enemigo, aumentaban la distorsión de sus instalaciones. Al cabo de un mes, todo había terminado.

* * *

Esta es la historia verdadera de nuestra derrota, que doy sin prejuzgar mi defensa ante el Tribunal. La he expuesto, como ya he dicho, para contrarrestar las calumnias que han estado circulando contra los hombres que lucharon a mi mando, y para mostrar dónde se encuentra la verdadera culpa de nuestras desgracias.

Finalmente; mi solicitud, que, tal como el Tribunal habrá podido apreciar, no presento frívolamente, y que, por lo tanto, confío me será concedida.

El Tribunal se habrá dado cuenta que las condiciones en que estamos alojados y la vigilancia a que se nos somete día y noche son muy quebrantadoras. Pero no me quejo de eso; ni me quejo del hecho que la falta de acomodación haya hecho necesario alojarnos por parejas.

Pero no se podrá considerar responsable de mis futuros actos si se me sigue obligando a compartir mi celda con el Profesor Norden, ex Jefe del Personal de Investigación de mis fuerzas armadas.

NÉMESIS

(Exile of the Eons, 1950)

Ya temblaban las montañas al son del trueno que solamente el hombre puede producir. Pero allí la guerra parecía estar muy lejos, pues la luna llena pendía sobre los eternos Himalaya, y la furia de la batalla estaba aún escondida tras el borde del mundo; mas no permanecería allá mucho tiempo más. El Amo sabía que los últimos restos de su flota estaban siendo arrojados de los cielos, mientras que el círculo mortal se estrechaba alrededor de su baluarte.

Al cabo de algunas horas, a lo sumo, el Amo y sus sueños de imperio se habrían desvanecido en el torbellino del pasado. Las naciones todavía maldecirían su nombre, pero ya no le temerían. Más tarde, incluso el odio desaparecería, y no significaría más para el mundo que Hitler, o Napoleón o Genghis Khan. Sería, como ellos, una borrosa figura allá a lo lejos en el pasillo infinito del tiempo, desvaneciéndose hacia el olvido. Por algún tiempo, su nombre viviría en la región incierta comprendida entre la historia y la leyenda, y luego el mundo ya no pensaría más en él. Se habría unido a las legiones sin nombre que habían muerto para ejecutar su voluntad.

A lo lejos, y hacia el sur, al borde de una montaña se iluminó repentinamente de una llamarada violácea. Siglos más tarde, el balcón sobre el cual se alzaba el Amo se estremeció al impacto de la onda terrestre transmitida por las rocas del suelo. Y más tarde aún, el aire trajo el eco de la gigantesca conmoción. ¡Seguro que no podían estar ya tan cerca! El Amo confiaba en que no era sino un torpedo errante que había pasado a través de la línea de batalla, que se iba contrayendo. Si no lo era, quedaba aún menos tiempo de lo que había supuesto.

El Jefe de Estado Mayor salió de las sombras y se le unió junto a la barandilla. Las duras facciones del mariscal —las más odiadas en todo el mundo, después de las del Amo— estaban marcadas de arrugas y perladas de sudor. Hacía días que no dormía, y su uniforme, otrora brillante, colgaba ahora desgarbadamente sobre él. Pero sus ojos, aunque indescriptiblemente cansados, aparecían aún resueltos incluso en la derrota. Permanecía en silencio, esperando sus últimas órdenes; ya no le quedaba nada más que hacer.

A cincuenta kilómetros de distancia, el eterno penacho del Everest flameaba su rojo oscuro reflejando el resplandor de algún colosal incendio bajo el horizonte. Pero el Amo ni se movió ni hizo gesto alguno. No fue sino hasta que, sobre su cabeza, pasó una descarga de torpedos, con su demoníaco aullido que, finalmente, se volvió, y después de contemplar por última vez el mundo que ya no volvería a ver, descendió a lo profundo.

El ascensor bajó trescientos metros, y el ruido de la batalla se desvaneció. Al salir

del pozo, el Amo se detuvo un momento para oprimir un escondido botón. El Mariscal incluso se sonrió cuando oyó el ruido de las rocas que se desplomaban allá arriba, y comprendió que tanto la persecución como la huida eran igualmente imposibles.

Como siempre, el puñado de generales se alzó cuando el Amo entró en la habitación. Pasó la vista en derredor de la mesa. Estaban todos; incluso, al fin, no había habido traidores. Se dirigió en silencio a su puesto de costumbre, galvanizándose para el último y más difícil discurso que nunca tendría que hacer. Quemándole el alma sentía los ojos de los hombres que había conducido a la ruina. Tras ellos, y más allá, podía ver los escuadrones, las divisiones, los ejércitos, cuya sangre tenía en sus manos. Y más terribles aún eran los espectros de las naciones que ahora no podrían ya nunca nacer.

Finalmente comenzó a hablar. La fuerza hipnótica de su voz era tan poderosa como siempre, y al cabo de unas cuantas palabras se convirtió nuevamente en la máquina perfecta e implacable, cuyo objeto era la destrucción.

—Caballeros, esta es nuestra última reunión. No hay nuevos planes que hacer, ni más mapas que estudiar. Sobre nuestras cabezas, la flota que formamos con tanto orgullo y cuidado está luchando hasta el fin. Dentro de pocos minutos no quedará en el cielo ni una sola de aquellos millares de máquinas.

»Sé que para todos los que estamos aquí la idea de rendición no es ni para pensarla, incluso si fuese posible, de modo que pronto tendrán que morir aquí, en esta habitación. Han servido bien a nuestra causa, y merecían algo mejor, pero no pudo ser. Y sin embargo, no quisiera que creyesen que hemos fracasado del todo. En el pasado, como han visto muchas veces, mis planes estaban siempre a punto para todo lo que pudiera ocurrir, por improbable que pareciese. Así, entonces, no les sorprenderá saber que estaba también preparado para la derrota.

Siempre el mismo soberbio orador, se detuvo para causar impresión, observando con satisfacción la pequeña oleada de interés, la repentina atención reflejada en las cansadas caras de sus oyentes.

—Mi secreto está seguro con ustedes —continuó—, pues el enemigo no encontrará nunca este lugar. La entrada está ya bloqueada por centenares de metros de roca.

Tampoco ahora hubo movimiento alguno. Solamente el Director de Propaganda palideció súbitamente, aunque se recuperó con rapidez, pero no tan rápidamente que escapase a los ojos del Amo. El Amo se sonrió internamente ante esa tardía confirmación de una antigua duda. Ahora importaba poco; fieles o falsos, todos morirían juntos; todos menos uno.

—Hace dos años —prosiguió—, cuando perdimos la batalla de la Antártica, supe que ya no podíamos estar seguros de la victoria. De modo que me preparé para el día

de hoy. El enemigo había jurado ya matarme. No podía permanecer escondido en ningún lugar de la Tierra, y menos aún tener la esperanza de reconstruir nuestro destino. Pero aun hay otro camino, aunque sea desesperado.

»Hace cinco años, uno de nuestros científicos perfeccionó la técnica de la animación suspendida. Encontró que por medios relativamente sencillos todos los procesos de la vida podían ser detenidos durante un período indefinido. Voy a utilizar aquel descubrimiento para escaparme del presente a un futuro que me haya olvidado. Y entonces podré comenzar de nuevo la lucha, no sin ayuda de ciertos artificios que podrían aún habernos ganado esta guerra si hubiésemos dispuesto de más tiempo.

»Adiós, caballeros. Y, una vez más, gracias por vuestra ayuda, y de veras lamento vuestra mala suerte.

Saludó, giró sobre sus tacones, y desapareció. La puerta metálica retumbó decisivamente tras él. Se hizo un silencio helado; luego el Director de Propaganda se precipitó hacia la salida, solamente para retroceder dando un grito. La puerta de acero estaba ya demasiado caliente para poderla tocar; había quedado fijamente soldada a la pared.

El Ministro de la Guerra fue el primero que sacó su pistola automática.

* * *

El Amo no tenía ahora mucha prisa. Al salir de la sala del consejo había oprimido el secreto interruptor del circuito soldador. La misma acción había abierto un panel en la pared del pasillo, revelando un pequeño pasadizo circular que se inclinaba hacia arriba, y comenzó a caminar lentamente a lo largo de él.

Cada unos cien metros el pasillo cambiaba abruptamente de dirección, pero siempre siguiendo su subida. A cada recodo el Amo se detenía para manipular un interruptor, y se oía entonces el ruido atronador de las rocas que caían, al hundirse una sección del pasillo.

El pasadizo cambió de dirección cinco veces antes de terminar en una habitación esférica, de paredes metálicas. Numerosas puertas se cerraron suavemente sobre soportes de goma, y la última sección del túnel se hundió detrás. El Amo no sería perturbado ni por sus enemigos ni por sus amigos.

Miró rápidamente alrededor de la habitación para cerciorarse que todo estaba a punto, y luego se dirigió a un sencillo tablero de mandos, y conectó una serie de interruptores particularmente macizos, uno tras otro. Tenían que soportar poca corriente, pero habían sido contruidos para que durasen. Lo mismo podía decirse de todo lo demás en aquella extraña habitación. Incluso las paredes habían sido contruidas con metales mucho menos efímeros que el acero.

Comenzaron a zumbiar unas bombas, sustituyendo el oxígeno por estéril

nitrógeno. Moviéndose ahora más rápidamente, el Amo se dirigió a la litera acolchada, y se acostó. Pensó que se sentía bañado por los rayos destructores de bacterias de las lámparas que había encima de su cabeza, pero eso era, naturalmente, una ilusión. Sacó una aguja hipodérmica de un nicho de debajo la litera, y se inyectó un fluido lechoso en el brazo. Y entonces relajó sus músculos, y esperó.

Hacía ya mucho frío. Pronto los refrigeradores harían descender la temperatura muy por debajo del punto de congelación, y la mantendrían allí durante muchas horas. Luego volvería a subir a la normal, pero entonces se habría completado ya el proceso, todas las bacterias habrían muerto, y el Amo podría dormir, inalterado, por siempre.

Había proyectado esperar cien años. No se atrevía a demorar más, pues cuando se despertase tendría que aprender y dominar todos los cambios que el paso de los años habría introducido en la ciencia y en la sociedad. Incluso un siglo podría haber alterado la faz de la civilización más allá de su comprensión, pero no tenía más remedio que correr ese riesgo. Menos de un siglo no sería prudente, pues el mundo estaría todavía lleno de amargos recuerdos.

Encerrados en el vacío, bajo la litera, había tres contadores electrónicos operados por pares termoeléctricos dispuestos a cientos de metros sobre la cara oriental de la montaña, donde la nieve no podía nunca adherirse. Cada mañana el sol naciente los haría funcionar, y los contadores añadirían una unidad a su cuenta. Así la llegada de la aurora sería registrada en la oscuridad donde dormía el Amo.

Cuando alguno de los contadores alcanzase el total de treinta y seis mil, se cerraría un interruptor y volvería a entrar el oxígeno en la cámara. La temperatura se elevaría, y la jeringa hipodérmica atada al brazo del Amo le inyectaría la cantidad calculada de fluido. Se despertaría, y solamente los contadores le indicarían que el siglo había realmente pasado. Y entonces no tendría más que hacer sino oprimir el botón que haría saltar la ladera de la montaña y le proporcionaría libre salida al mundo externo.

Todo se había tenido en cuenta. No podía fracasar. Toda la maquinaria había sido triplicada, y era lo más perfecta que la ciencia había podido idear.

El último pensamiento del Amo al abandonarle la conciencia, no fue de su vida pasada, sino de la madre cuyas esperanzas había traicionado. Sin que lo deseara, y a pesar suyo, le vinieron a la mente las palabras de un antiguo poeta:

«Dormir, soñar quizá...»

No, no soñaría, no se atrevería a soñar. No haría sino dormir. Dormir... dormir...

* * *

A treinta kilómetros de distancia la batalla estaba llegando a su término. No quedaban ni una docena de las naves del Amo, luchando desesperadamente bajo un fuego avasallador. La acción hubiese terminado hacía tiempo si no se hubiese ordenado a los atacantes no arriesgar naves en aventuras innecesarias. Se había dejado la decisión a la artillería de largo alcance. Así, los grandes destructores, los acorazados aéreos de aquella época, yacían al lado de sus pantallas de combate junto a la protección de las montañas, lanzando andanada tras andanada sobre las condenadas formaciones enemigas.

A bordo del buque insignia, un joven oficial de artillería hindú ajustó unos diales de vernier con infinita exactitud, y oprimió un pedal. Se percibió una debilísima conmoción cuando los torpedos dejaron sus soportes y se abalanzaron contra el enemigo. El joven indio permaneció sentado esperando, tenso, mientras el cronómetro iba marcando los segundos. Pensaba que aquella era, probablemente, la última andanada que dispararía. Por la razón que fuese no sentía nada de la arrogancia que había esperado; a decir verdad, se sintió sorprendido al sentir una especie de simpatía impersonal por sus condenados enemigos, cuyas vidas iban ahora acertándose a cada segundo que pasaba.

A lo lejos, una esfera de fuego violáceo floreció sobre las montañas, entre las motas movedizas que eran las naves enemigas. El artillero se inclinó hacia el frente y contó anhelante. Uno, dos, tres, cuatro, cinco veces se produjo aquella explosión peculiar. Y entonces el cielo se aclaró. Las motas huidizas habían desaparecido.

En su libro, el artillero anotó concisamente: «0124 hrs. Andanada n.º 12 disparada. Cinco torpedos explotaron entre naves enemigas, que fueron totalmente destruidas. Un torpedo no explotó».

Firmó la entrada con un floreo y dejó la pluma. Durante un rato permaneció sentado contemplando la familiar cubierta marrón del libro de a bordo, con las quemaduras de colillas por los bordes, y los inevitables aros allí donde se habían depositado descuidadamente tazas y vasos. Hojeó con negligencia las páginas del libro, observando nuevamente la escritura de sus muchos predecesores. Y tal como había hecho antes con mucha frecuencia, lo abrió por una conocida página donde un hombre que fue su amigo había comenzado a firmar su nombre, pero no había vivido lo bastante para terminarlo.

Suspirando, cerró el libro y lo guardó bajo llave. La guerra había terminado.

Allá a lo lejos, entre las montañas, el torpedo que no había estallado, continuaba acelerándose al impulso de sus cohetes. Era ahora una línea luminosa apenas visible que se precipitaba entre las paredes de un solitario valle. Ya las nieves, que habían sido perturbadas por el aullido de su paso, comenzaban a tronar montaña abajo.

El valle no tenía salida; estaba bloqueado por una abrupta pared de trescientos metros de altura. Y ahí el torpedo, que había fallado su blanco, encontró otro mayor.

La tumba del Amo que estaba demasiado dentro de la montaña para ser ni tan sólo sacudida por la explosión, pero los cientos de toneladas de cosas que se desprendieron arrasaron tres pequeños instrumentos y sus conexiones, y un futuro que pudo ser, desapareció con ellos en el olvido. Los primeros rayos del sol naciente caerían aún sobre la quebrantada faz de la montaña, pero los contadores que estaban esperando la treinta y seis milésima aurora, estarían esperando todavía cuando ya no hubiese más auroras ni más ocasos.

En el silencio de la tumba, que no era del todo una tumba, el Amo no sabía nada de todo eso, y sus facciones aparecían más tranquilas de lo que era justo. Y así pasó el siglo, tal como había proyectado. No es probable que, a pesar de todo su genio maligno, y de los secretos que había enterrado consigo, el Amo hubiese podido conquistar la civilización que había florecido desde aquella batalla final sobre el techo del mundo. Nadie podría decirlo, a menos que sea verdad, que el tiempo tiene muchas ramificaciones, y que todos los universos imaginables yacen uno al lado de otro, fundiéndose entre sí. Quizá en alguno de aquellos otros mundos el Amo pudiese haber triunfado. Pero en el que conocemos, dormitó hasta que el siglo hubo quedado muy atrás, verdaderamente muy atrás.

Después de lo que según ciertos patrones de medida hubiese parecido un corto tiempo, la corteza de la Tierra decidió que ya había soportado bastante el peso del Himalaya. Lentamente cayeron las montañas, inclinando hacia el cielo las llanuras del sur de la India. Y la llanura de Ceilán llegó a ser el punto más elevado de la superficie del globo, y el océano, por encima del Everest, tenía nueve kilómetros de profundidad. Y sin embargo, el Amo continuaba imperturbable su sueño libre de pesadillas.

Lenta y pacientemente las tierras de aluvión se deslizaron a través de las elevadas alturas del océano hacia las ruinas del Himalaya. La sábana que algún día sería yeso, comenzó a espesarse a razón de cuatro a cinco centímetros por siglo. Si uno hubiese regresado algún tiempo después, podría haber encontrado que el lecho del mar ya no estaba a nueve kilómetros de profundidad, ni a siete, ni a cinco. Y luego la tierra se inclinó nuevamente, y una gran cordillera de montañas calizas se alzó donde antes estuvieran los océanos del Tíbet. Pero el Amo no sabía nada de eso, ni su sueño fue perturbado cuando sucedió otra vez —y otra vez— y otra vez más.

Y ahora la lluvia y los ríos arrastraban la caliza llevándola a los nuevos y extraños océanos, y la superficie iba bajando hacia la escondida tumba. Lentamente los kilómetros de roca se fueron desgastando, hasta que al fin la esfera metálica que albergaba el cuerpo del Amo retornó a la luz del día, de un día mucho más largo, mucho más pálido, de lo que había sido cuando el Amo cerró sus ojos.

* * *

Poco pudo imaginarse el Amo, de las razas que habían florecido y muerto desde el amanecer del mundo, cuando se sumergió en su largo sueño. Aquel amanecer estaba ahora muy lejos, y las sombras se alargaban hacia el este; el sol estaba muriendo, y el mundo era muy viejo. Pero todavía los hijos de Adán dominaban sus mares y sus cielos, y llenaban de lágrimas y de risas las llanuras y los valles y los bosques que eran más viejos que las cambiantes colinas.

El sueño sin visiones del Amo había ya casi terminado cuando nació Trevindor el Filósofo, entre la caída de la Nonagesimoséptima Dinastía y el nacimiento del Quinto Imperio Galáctico. Nació en un mundo muy distante de la Tierra, pues eran pocos los hombres que alguna vez sentaban su pie en el antiguo hogar de su raza, tan distante ahora del palpitante corazón del Universo.

Llevaron a Trevindor a la Tierra cuando su breve colisión con el Imperio hubo llegado a su inevitable fin. Fue allí donde fue juzgado por los hombres cuyos ideales había desafiado, y allí fue donde meditaron largamente sobre el destino que le correspondía. Aquel caso era único. La suave y filosófica cultura que ahora gobernaba la Galaxia no se había nunca antes encontrado con oposición, ni tan sólo en el plano de la inteligencia pura, y aquel conflicto de voluntades, cortés pero implacable, la había dejado muy quebrantada. Fue característico de los miembros del Consejo que, al resultar imposible tomar una decisión, se dirigieron al mismo Trevindor en solicitud de ayuda.

En la blanca y resplandeciente Sala de Justicia, donde nadie había entrado desde hacía cerca de un millón de años, Trevindor se alzó orgullosamente frente a los hombres que habían demostrado ser más fuertes que él. Escuchó su solicitud en silencio, e hizo una pausa para reflexionar. Sus jueces esperaron pacientemente hasta que habló.

—Sugieren que les prometa no desafiarles nuevamente —comenzó—, pero no haré promesa ninguna que no pueda cumplir. Nuestras opiniones son demasiado divergentes, y más pronto o más tarde volveríamos a enfrentarnos.

»Hubo un tiempo en que vuestra elección hubiese sido fácil. Me podrían haber desterrado, o matado. Pero hoy, donde, entre todos los mundos del Universo, ¿hay un solo planeta en que puedan esconderme, si no me place quedarme? Recuerden que tengo muchos discípulos dispersos por toda la Galaxia.

»Queda la otra alternativa. No les guardaré rencor si reviven la vieja costumbre de la ejecución para solucionar mi caso.

Un murmullo de enojo corrió entre los miembros del Consejo, y el presidente replicó secamente, al tiempo que enrojecía:

—Esta observación es de gusto más que dudoso. Hemos solicitado sugerencias serias, y no el recuerdo (aunque sea con intención humorística) de las costumbres bárbaras de nuestros remotos antepasados.

Trevindor aceptó la censura con una inclinación.

—No hacía sino citar todas las posibilidades. Hay otras dos que se me han ocurrido. Sería sencillo alterar la estructura de mi mente ajustándola a vuestra manera de pensar, de modo que no pudiesen haber ya más desavenencias.

—Lo hemos considerado, pero nos vimos forzados a rechazar la idea, por muy atractiva que parezca, pues la destrucción de tu personalidad sería equivalente a un asesinato. Solamente hay otras quince inteligencias en el Universo que sean más poderosas que la tuya, y no tenemos derecho a modificarla. ¿Y tu sugerencia final?

—Si bien no pueden desterrarme en el espacio, hay aún una alternativa. El río del Tiempo se extiende en frente de nosotros hasta tan lejos como alcanzan nuestros pensamientos. Envíenme a lo largo de ese río, hasta una edad en que estén seguros que esta civilización habrá pasado. Sé que pueden hacerlo gracias al campo de tiempo de Roston.

Hubo una larga pausa, mientras silenciosamente los miembros del Consejo transmitían sus decisiones a la compleja máquina analítica que las pesaría comparándolas y emitiría el veredicto. Finalmente el presidente habló.

—De acuerdo. Te enviaremos a una edad en la cual el Sol es aún lo suficientemente caliente para que pueda existir la vida sobre la Tierra, pero tan remota que no es probable que quede vestigio alguno de civilización. También te proveeremos de todo lo que sea necesario para tu seguridad y un razonable bienestar. Y ahora puedes dejarnos. Te llamaremos cuando hayamos tomado todas nuestras disposiciones.

Trevindor se inclinó y abandonó la sala de mármol. Ningún guardia le siguió. No había ningún sitio a donde pudiese huir, incluso si lo hubiese deseado, en aquel Universo que las grandes naves galácticas podían cruzar en un solo día.

Por primera y última vez, Trevindor se encontró de pie a orillas de lo que antes había sido el Pacífico, escuchando el susurro del viento a través de las hojas de lo que antes habían sido palmeras. Las pocas estrellas de la casi vacía región del espacio por la cual pasaba ahora el Sol brillaban con fija luz a través del seco aire del envejecido mundo. Trevindor se preguntó tristemente si estarían aún brillando cuando volviese a mirar al cielo, en un futuro tan distante que el mismo Sol estaría deslizándose hacia su muerte.

Se oyó un tañido en el pequeño comunicador que llevaba en su muñeca. Había llegado la hora. Volvió su espalda al océano y avanzó resueltamente al encuentro de su destino. Antes que hubiese dado una docena de pasos, el campo de tiempo se había apoderado de él, y sus pensamientos se helaron en un instante que permanecería inalterado mientras los océanos se encogían y desaparecían, se desvanecía el Imperio Galáctico y los grandes grupos de estrellas se hundían en la nada.

Pero para Trevindor no pasó tiempo alguno. Supo solamente que al dar un paso

había habido arena húmeda bajo sus pies, y al dar el siguiente, roca endurecida y agrietada por el calor y la sequía. Las palmeras habían desaparecido, y el murmullo del mar había enmudecido. Bastaba una ojeada para comprender que incluso el recuerdo del mar se había desvanecido hacía tiempo de aquel mundo seco y moribundo. Hacia el lejano horizonte se extendía un gran desierto de arenisca roja, ni interrumpido ni mitigado por cosa alguna viviente. Por encima de su cabeza, el disco anaranjado de un sol extrañamente alterado resplandecía desde un cielo tan negro que muchas estrellas eran claramente visibles.

Y, sin embargo, parecía que todavía había vida en aquel viejo mundo. Hacia el norte —si es que todavía era el norte— la sombría luz resplandecía sobre una estructura metálica. Estaba a algunos centenares de metros, y cuando Trevindor comenzó a caminar hacia ella se dio cuenta de una curiosa ligereza, como si la misma gravedad se hubiese debilitado.

No hubo avanzado mucho cuando vio que se estaba acercando a un viejo edificio metálico que más parecía haber sido depositado en la llanura que construido sobre ella, pues formaba un pequeño ángulo con la horizontal. Trevindor se extrañó ante esa increíble suerte de encontrar tan fácilmente la civilización. Otra docena de pasos, y advirtió que no era casualidad, sino designio, lo que había colocado tan oportunamente allí aquel edificio, y que era tan extraño a aquel mundo como lo era él mismo. No había ninguna esperanza a que alguien saliese a su encuentro, mientras se dirigía hacia él caminando.

La placa metálica de encima de la puerta añadió poco a lo que ya había supuesto. Nueva e inmaculada todavía, como acabada de grabar —y en cierto modo era así— aquellas letras le comunicaron un mensaje de esperanza y amargura al mismo tiempo.

«A Trevindor, saludos del Consejo.

»Este edificio, que hemos enviado tras de ti por el campo del tiempo, satisfará todas tus necesidades durante un período indefinido.

»No sabemos si existirá todavía la civilización en la época en que te encuentras. El hombre quizá se haya extinguido, puesto que el cromosoma K Estrella K se habrá hecho dominante y la raza se habrá quizá imitado en algo que ya no sea humano. Tú lo descubrirás.

Estás ahora en el ocaso de la Tierra, y nuestra esperanza es que no estés solo. Pero si tu destino es ser la última criatura viviente sobre este mundo, antaño tan bello, recuerda que la elección fue tuya. Adiós».

Trevindor leyó dos veces el mensaje, reconociendo con angustia las palabras finales, que solamente podían haber sido escritas por su amigo el poeta Cintillarne. Una sensación avasalladora de soledad y aislamiento inundó su alma. Se sentó sobre el saliente de una roca, y enterró su cara entre las manos.

Mucho más tarde, se levantó para entrar en el edificio. Se sintió más que agradecido al Consejo, hacía ya tanto tiempo fallecido, que le había tratado tan caballerosamente. La proeza técnica de enviar todo un edificio a través del tiempo era tal que la había creído más allá de las posibilidades de su época. Un repentino pensamiento acudió a su mente, y miró nuevamente al letrero grabado, observando por primera vez su fecha. Era cinco mil años posterior a aquella en que se había enfrentado con sus pares en la Sala de Justicia. Habían pasado cincuenta siglos antes que sus jueces pudiesen cumplir su promesa a un hombre prácticamente muerto. Cualesquiera que fuesen las faltas del Consejo, su integridad era de un orden incomprendible para anteriores edades.

Pasaron muchos días antes que Trevindor volviese a salir del edificio. No había olvidado nada; incluso las preciadas grabaciones de sus pensamientos se encontraban allí. Podía continuar estudiando la naturaleza de la realidad, y construyendo filosofías hasta el fin del Universo, por estéril que esa ocupación fuese, si su mente era la única que quedaba sobre la Tierra. Había poco peligro, pensó con amargura, del hecho que sus especulaciones acerca de la razón de la existencia humana le enfrentasen nuevamente con la sociedad.

Hasta que no hubo terminado de investigar cuidadosamente el edificio, Trevindor no dirigió nuevamente su atención al mundo externo. El supremo problema era de establecer contacto con la civilización, si es que todavía existía. Le habían suministrado un potente receptor, y durante horas rebuscó arriba y abajo del espectro con la esperanza de descubrir una estación. Del instrumento salieron los lejanos chasquidos de la estática y en una ocasión oyó algo que podía haber sido lenguaje en un idioma que ciertamente no era humano. Pero nada más recompensó su búsqueda. El éter, que había sido el fiel servidor del hombre durante tantos siglos, estaba por fin silencioso.

El pequeño volador automático era la única esperanza que le quedaba a Trevindor. Tenía por delante lo que quedaba de la Eternidad, y la Tierra era un planeta pequeño. Al cabo de unos cuantos años, todo lo más, podía haberla explorado toda.

Y así fueron pasando los meses, y el desterrado comenzó su metódica exploración del mundo, regresando una y otra vez a su casa en el desierto de arenisca roja. Encontró por todos lados la misma imagen de desolación y ruina. No podía ni adivinar cuánto tiempo hacía que los mares se habían desvanecido, pero al morir habían dejado inacabables páramos de sal, que se incrustaban en las llanuras y las montañas formando una sábana de color gris sucio. Trevindor se alegró de no haber nacido en la Tierra, y de no haber conocido nunca el esplendor de su juventud. A pesar que era un extraño, la soledad y la desolación de aquel mundo le helaban el corazón; si hubiese vivido allí antes, aquella tristeza hubiese sido insoportable.

Pasaron miles de kilómetros cuadrados de desierto bajo la rápida nave de Trevindor en su exploración de polo a polo. Solamente una vez encontró señales indicando que la Tierra había conocido la civilización. En un valle profundo cerca del Ecuador descubrió las ruinas de una pequeña ciudad de piedra blanca y de extraña arquitectura. Los edificios estaban perfectamente conservados, si bien medio enterrados por la arena que se había amontonado, y por un instante Trevindor sintió una oleada de sombría alegría al percibir que, después de todo, el hombre había dejado alguna huella de su presencia en el mundo que había sido su primer hogar.

Aquella emoción duró poco. Los edificios eran aún más extraños de lo que Trevindor había creído, ya que ningún hombre podía haber nunca entrado en ellos. Pues las únicas aberturas eran anchas hendiduras horizontales cercanas al suelo; y no había ninguna clase de ventanas. La mente de Trevindor giró en torbellino al tratar de imaginarse las criaturas que debieron haberlos ocupado. A pesar de su creciente soledad, se alegró porque los habitantes de aquella inhumana ciudad hubiesen desaparecido hacía tanto tiempo. No se detuvo allí, pues la amarga noche ya casi se había echado encima, y aquel valle le llenaba de una opresión que no era del todo racional.

Y en una ocasión, realmente descubrió vida. Circulaba por encima del lecho de uno de los perdidos océanos, cuando una mancha de color le saltó a la vista. Sobre una loma que la cambiante arena no había aún cubierto, se veía una pequeña capa de hierba rígida y clara. Eso era todo, pero al verlo sus ojos se llenaron de lágrimas. Aterrizó y salió de su aparato, pisando cuidadosamente para no destruir ni una sola de aquellas tenaces hojas. Pasó sus manos con ternura por la raída alfombra que era toda la vida que la Tierra conocía ahora. Y antes de marcharse, salpicó aquel lugar con tanta agua como le sobraba; era un gesto inútil, pero se sintió más feliz por haberlo hecho.

Había ya casi completado la búsqueda. Hacía ya tiempo que Trevindor había abandonado toda esperanza, pero su espíritu indomable todavía le impulsaba a través de la faz de la Tierra. No podía descansar hasta haber demostrado lo que hasta entonces solamente temía. Y así fue que por fin llegó a la tumba del Amo, que yacía luciendo con apagado brillo a la luz del sol, de la cual había estado oculta tanto tiempo.

* * *

La mente del Amo despertó antes que su cuerpo. Mientras yacía impotente, incapaz incluso de alzar sus párpados, la memoria volvió a él. Los cien años habían quedado inermes tras él. Su jugada, la más desesperada que hombre alguno hubiera hecho jamás, había salido bien. Le agobió un inmenso cansancio, y durante algún

tiempo su conciencia le abandonó de nuevo.

Pronto se despejaron nuevamente las nieblas, y se sintió más fuerte, aunque todavía demasiado débil para moverse. Continuó tendido en la oscuridad, acumulando sus fuerzas. ¿Qué clase de mundo, se preguntaba, encontraría cuando saliese de la ladera de la montaña, a la luz del sol? ¿Podría poner sus planes en...? ¿*Qué era aquello?* Un espasmo de terror sacudió los cimientos mismos de su mente. Algo se movía a su lado, aquí, en la tumba, donde nada más debía moverse, sino él mismo.

Y entonces, claro y tranquilo, sonó serenamente un pensamiento a través de su mente y acalló en un instante los temores que habían amenazado perturbarla.

—No te alarmes. He venido a ayudarte. Estás a salvo, y todo será por bien.

El Amo estaba demasiado anonadado para dar respuesta alguna, pero su subconsciente debió haber efectuado alguna clase de contestación, pues nuevamente llegó el pensamiento.

—Esto es bueno. Soy Trevindor; como tú, un desterrado en este mundo. No te muevas, pero dime cómo llegaste aquí, y cuál es tu raza, pues nunca he visto a nadie semejante.

Y ahora miedo y cautela se infiltraron nuevamente en la mente del Amo. ¿Qué clase de criatura era aquella que podía leer sus pensamientos, y qué hacía en su secreta esfera? Y nuevamente aquel pensamiento claro y frío resonó en su cerebro como el tañido de una campana.

—Otra vez te digo que no tienes nada que temer. ¿Por qué te alarma que pueda ver en tu mente? Sin duda no hay en ello nada extraño.

—Nada extraño —exclamó el Amo—. ¿Quién eres, en nombre de Dios?

—Un hombre como tú. Pero tu raza debe ser en verdad primitiva, si desconoces la lectura del pensamiento.

Una terrible sospecha comenzó a despertar en el cerebro del Amo. Recibió la respuesta incluso antes que él efectuase la pregunta.

—Has dormido infinitamente más tiempo que cien años. El mundo que conociste ha dejado de existir hace más tiempo de lo que puedes imaginar.

El Amo ya no oyó más. Nuevamente descendió sobre él la oscuridad, y se hundió en una inconsciencia bienaventurada.

Trevindor permaneció en silencio junto a la litera sobre la cual yacía el Amo. Se sintió lleno de una exultación que de momento superaba cualquier decepción que pudiera sentir. Por lo menos ya no tendría que enfrentarse a solas con el futuro. Todo el terror a la soledad de la Tierra, que tanto pesaba sobre su alma, había desaparecido en un instante. ¡*Ya no estoy solo...*, ya no estoy solo! Dominándolo todo, ese pensamiento martilleaba su cerebro.

El Amo comenzaba a moverse de nuevo y a la mente de Trevindor llegaron

desgarrados fragmentos de pensamientos. Imágenes del mundo que el Amo había conocido comenzaron a formarse en la mente del observador. Al principio Trevindor no podía comprender nada, pero luego, repentinamente, los confusos fragmentos asumieron su puesto y todo apareció con claridad. Una oleada de horror le invadió al contemplar la desoladora visión de las naciones batallando entre sí, de las ciudades que se destruían ardiendo, y de los hombres que morían entre sufrimientos. ¿Qué clase de mundo era aquél? ¿Podía el hombre haber descendido tanto desde la edad pacífica que Trevindor había conocido? Había habido leyendas, de tiempos increíblemente remotos, sobre tales cosas en los primitivos tiempos de la historia de la Tierra, pero el hombre las había abandonado con su infancia. ¡Sin duda, no podían haber vuelto nunca!

Los rotos pensamientos eran ahora más vívidos, e incluso más horribles. La edad de donde había venido este otro desterrado era en verdad de pesadilla..., ¡no era extraño que hubiese huido de ella!

* * *

Y repentinamente comenzó a hacerse la luz de la verdad en la mente de Trevindor, mientras, con el corazón oprimido, contemplaba como espantosas imágenes pasaban a través de la mente del Amo. No era éste un desterrado que buscaba asilo, que huía de una edad de terror. Era el verdadero creador de aquella edad, que se había embarcado en el río del tiempo con un solo objeto: extender el contagio a las edades por venir.

Pasiones que Trevindor no había nunca ni imaginado comenzaron a desfilar ante sus ojos: ambición, ansia de poder, crueldad, intolerancia, odio. Trató de cerrar su mente, pero descubrió que había perdido el poder de hacerlo. Incontenible, la perversa corriente siguió fluyendo, contaminando todos los niveles de su conciencia. Dando un grito de angustia, Trevindor se precipitó hacia el desierto y rompió las cadenas que le ataban a aquella perversa mente.

Era de noche y reinaba por doquier la calma, pues la Tierra estaba ahora ya demasiado cansada para que soplasen los vientos. La oscuridad lo ocultaba todo, pero Trevindor sabía que no podía ocultar los pensamientos de aquella otra mente con la cual tenía ahora que compartir el mundo. Antes había estado solo, y no había podido concebir nada más espantoso. Pero ahora sabía que había cosas aún más terribles que la soledad.

La calma de la noche, y el esplendor de las estrellas que antes habían sido sus amigas, llevaron la paz al alma de Trevindor. Lentamente volvió sobre sus pasos, caminando pesadamente, pues iba a cometer un acto que un hombre de su clase no había realizado nunca.

El Amo estaba de pie cuando Trevindor volvió a entrar en la esfera. Quizá había penetrado en su mente alguna indicación del propósito del otro, pues estaba muy pálido y temblaba de una debilidad que era más que física. Resueltamente, Trevindor se obligó a contemplar una vez más el cerebro del Amo. Su propia mente retrocedió ante el caos de emociones en lucha, mezcladas ahora con repugnantes relámpagos de miedo. De aquel torbellino salió temblando un pensamiento coherente.

—¿Qué vas a hacer? ¿Por qué me miras así?

Trevindor no respondió, manteniendo su mente aislada para no contaminarse, mientras concentraba su resolución y su fuerza.

El tumulto en la mente del Amo iba subiendo hacia un crescendo. Por un instante, su creciente terror llevó al espíritu del dulce Trevindor algo semejante a la piedad, y su voluntad vaciló. Pero luego volvió a aparecer la imagen de aquellas ciudades incendiadas y en ruinas, y su indecisión desapareció. Con todo el poder de su inteligencia sobrehumana, respaldada por miles de siglos de evolución mental, atacó al hombre que tenía frente a él. En la mente del Amo, obliterando todo lo demás, se introdujo, anegándola, el solo pensamiento de la muerte.

Un instante, el Amo permaneció de pie, inmóvil, con los ojos desorbitados. Su aliento se heló al dejar de funcionar sus pulmones; la sangre que pulsaba en sus venas, tanto tiempo detenida, fue ahora congelada para siempre. Sin ningún ruido, el Amo se tambaleó, cayó y permaneció inmóvil.

Muy lentamente Trevindor se volvió y se adentró andando en la noche. El silencio y la soledad del mundo descendieron sobre él como un sudario. La arena, tanto tiempo contenida, comenzó a penetrar a través de los abiertos portales de la tumba del Amo.

JUEGO DE ESCONDITE

(Hide and Seek, 1949)

Regresábamos caminando a través de los bosques, cuando Kingman vio la ardilla gris. Nuestro botín era pequeño, pero variado: tres faisanes, cuatro conejos (uno, triste es decirlo, era una cría) y dos palomos. Y a pesar de algunas predicciones siniestras que afirmaban lo contrario, los dos perros estaban aún vivos.

La ardilla nos vio en el mismo instante. Sabía que estaba destinada a una ejecución inmediata a consecuencia del daño que había causado a los árboles de la finca, y quizá había perdido parientes próximos bajo la escopeta de Kingman. Alcanzó en tres saltos la base del árbol más cercano, y desapareció tras él como un relámpago gris. Vimos una vez más su cara, cuando apareció por un instante tras su escudo a unos cuantos metros del suelo; pero a pesar que esperamos apuntando esperanzados a diversas ramas, no la volvimos a ver.

Kingman pareció muy pensativo mientras regresábamos a la espléndida y vieja mansión, caminando a través del césped. No dijo nada cuando entregamos nuestras víctimas a la cocinera —quien las recibió sin mucho entusiasmo— y no salió de su ensueño hasta que estuvimos sentados en el fumador y él recordó sus deberes de anfitrión.

—Aquella rata de árbol —dijo repentinamente (siempre las llamaba «ratas de árbol», fundándose en que la gente era demasiado sentimental para matar a las simpáticas ardillas)—. Me recuerda un hecho muy extraordinario que ocurrió poco antes que me retirase. Muy poco antes, a decir verdad.

—Ya me figuraba yo que te lo recordaría —dijo Carson secamente. Le miré molesto; había estado antes en la Armada, y ya había oído las historias de Kingman, pero para mí eran aún nuevas.

—Naturalmente —observó Kingman, algo molesto—, si crees que es mejor que no...

—Cuéntelo, por favor —dije apresuradamente—. Me ha despertado la curiosidad. No puedo imaginarme qué relación puede existir entre una ardilla gris y la Segunda Guerra Joviana.

Kingman pareció ablandarse.

—Creo que será mejor alterar algunos nombres —dijo pensativamente—, pero no modificaré los lugares. La historia comienza a eso de un millón de kilómetros de Marte, por el lado del Sol...

* * *

K 15 era un agente de información militar. Le dolía mucho cuando gentes sin imaginación le llamaban espía, pero en aquel momento tenía razones mucho más fundadas de queja. Hacía ya algunos días que un crucero rápido se le estaba acercando por la popa, y si bien era lisonjero merecer la atención exclusiva de una nave tan hermosa y de tantos hombres especialmente adiestrados, era un honor del que K 15 hubiese prescindido con mucho gusto.

Lo que hacía la situación doblemente enojosa era el hecho que sus amigos iban a salir a su encuentro cerca de Marte al cabo de unas doce horas, a bordo de una nave perfectamente capaz de entederse con un sencillo crucero, de lo cual podrán deducir que K 15 era persona de cierta importancia. Desgraciadamente, los cálculos más optimistas indicaban que los perseguidores estarían a tiro de cañón preciso dentro de seis horas. Era por lo tanto probable que al cabo de seis horas y cinco minutos K 15 ocupase un volumen de espacio, que se dilataría constantemente. Quizá tuviese aún tiempo de aterrizar en Marte, pero eso sería una de las peores cosas que podría hacer. Con seguridad molestaría a los agresivamente neutrales marcianos, y las complicaciones políticas serían espantosas. Además, si sus amigos no tenían más remedio que descender al planeta para salvarle, les costaría más de diez kilogramos por segundo en combustible, la mayor parte de su reserva operativa.

No tenía sino una ventaja, y esa muy dudosa. El comandante del crucero quizá adivinase que se dirigía a una cita, pero no sabría a qué distancia, ni el tamaño de la nave que vendría a su encuentro. Si podía mantenerse vivo solamente durante doce horas, estaría a salvo. Aquel «si» era verdaderamente importante.

K 15 contempló pensativamente sus mapas, preguntándose si valdría la pena quemar el resto de su combustible en una carrera final. ¿Pero una carrera a dónde? Se quedaría entonces completamente indefenso, y quizá la nave perseguidora tuviese aún el suficiente en sus tanques para alcanzarle mientras se escapaba hacia la vacía oscuridad, fuera de toda esperanza de salvación..., y pasando a sus amigos en su trayectoria en dirección hacia el Sol, a una velocidad relativa tan elevada que no podrían hacer nada para salvarle.

Los procesos mentales de ciertas gentes son tanto más lentos cuanto menor es el tiempo que esperan vivir. Parecen hipnotizados ante la aproximación de la muerte, tan resignados a su suerte que no hacen nada para evitarla. Pero K 15, al contrario, descubrió que su mente marchaba mejor en una situación tan desesperada, y comenzó a funcionar ahora como rara vez lo había hecho antes.

El comandante Smith —este nombre servirá tan bien como otro cualquiera— del crucero *Doradus*, no se sorprendió demasiado cuando K 15 comenzó a desacelerar. Había esperado a medias que el espía aterrizase en Marte, pensando que la internación era mejor que el aniquilamiento, pero cuando la sala de posiciones comunicó que la pequeña nave exploradora se dirigía hacia Fobos, se sintió

completamente desconcertado. Aquella luna interior no era sino un amasijo de rocas de unos veinte kilómetros de diámetro, y ni siquiera los económicos marcianos le habían podido encontrar utilidad alguna. K 15 debía sentirse bien desesperado si se figuraba que a él le iba a servir de algo.

El pequeño explorador se había ya casi detenido cuando el operador del radar lo perdió frente a la masa de Fobos. K 15 había derrochado casi todo su combustible durante la maniobra de frenado y el *Doradus* se encontraba ahora a solamente unos cuantos minutos..., a pesar que ahora comenzaba a desacelerar para evitar sobrepasarle. El crucero estaba a menos de tres mil kilómetros de Fobos cuando se detuvo por completo; de la nave K 15 no se veía aún señal alguna. Debería ser fácilmente visible con los telescopios, pero estaba probablemente del lado opuesto de la pequeña luna.

Reapareció solamente unos cuantos minutos más tarde, dirigiéndose a toda velocidad en dirección opuesta a la del Sol. Estaba acelerando a casi cinco gravedades..., y había quebrantado el silencio de su radio. Un aparato automático estaba emitiendo una y otra vez el siguiente e interesante mensaje:

—He aterrizado en Fobos, y me ataca un crucero de la clase Z. Creo que puedo sostenerme hasta que ustedes lleguen. Pero apresúrense.

El mensaje no estaba ni siquiera cifrado, y dejó muy perplejo al Comandante Smith. Suponer que K 15 estaba todavía a bordo de la nave, y que todo ello no era sino una argucia, era algo demasiado inocente. Pero podía ser una jugada doble; era evidente que el mensaje se había dejado en lenguaje corriente a fin que él lo recibiese, y le confundiese. No tenía ni el tiempo ni el combustible para perseguir a la nave exploradora, si K 15 realmente había aterrizado. Era evidente que había refuerzos en camino, y cuanto antes abandonase aquellos parajes, tanto mejor. La frase «Creo que puedo sostenerme hasta que ustedes lleguen» podía ser pura impertinencia, o podía significar que la ayuda estaba realmente muy próxima.

Y entonces la nave de K 15 dejó de acelerar. Sin duda había agotado su combustible, y se alejaba del Sol a razón de algo más de seis kilómetros por segundo. K 15 debía evidentemente haber aterrizado, pues su nave se estaba ahora alejando sin remedio del Sistema Solar. Al Comandante Smith no le gustó el mensaje que aquél estaba emitiendo, y adivinó que se estaba acercando a la trayectoria de una nave de guerra que se aproximaba desde una distancia indefinida, pero no podía evitarlo. El *Doradus* comenzó a avanzar hacia Fobos, deseoso de no perder tiempo.

En apariencia el Comandante Smith era el dueño de la situación. Su nave estaba armada con una docena de proyectiles dirigidos pesados, y dos torres de cañones electromagnéticos. Al frente tenía a un hombre en un traje espacial, encerrado en una luna de sólo veinte kilómetros de diámetro. No fue sino hasta después que el Comandante Smith hubo echado su primera buena ojeada a Fobos, desde una

distancia de menos de cien kilómetros, que comenzó a darse cuenta que, después de todo, quizá K 15 tuviese algunas cartas escondidas.

Decir que Fobos tiene un diámetro de veinte kilómetros, como lo hacen invariablemente los libros de astronomía, es muy engañoso. La palabra «diámetro» implica un grado de simetría del que Fobos ciertamente carece. Como aquellos otros trozos de escoria cósmica, los Asteroides, es una masa informe de roca que flota en el espacio, sin, naturalmente, ninguna atmósfera, y no mucha más gravedad. Gira alrededor de su eje una vez cada siete horas y treinta y nueve minutos, manteniendo siempre la misma cara del lado de Marte..., el cual está tan cerca que solamente puede verse bastante menos de su mitad, quedando los polos bajo la curva del horizonte. Aparte de lo que antecede, hay muy poca cosa más que pueda ser dicha acerca de Fobos.

K 15 no tenía tiempo de disfrutar de la belleza del mundo en creciente que llenaba el cielo por encima de su cabeza. Había arrojado todo el equipo que pudo sacar a través de la esclusa de aire, fijó los mandos y saltó. Cuando la pequeña nave se puso en movimiento arrojando llamaradas, y en dirección a las estrellas, la vio partir con un sentimiento que no le agradaba analizar. Había definitivamente quemado sus naves, y no le quedaba sino la esperanza que el mensaje de radio fuese interceptado por el acorazado que se aproximaba, mientras la vacía nave seguía su carrera hacia la nada. Estaba también la remota posibilidad que el crucero enemigo saliese en su persecución, pero eso era esperar demasiado.

Se volvió para examinar su nueva morada. La única luz era el resplandor ocre de Marte, pues el Sol se encontraba bajo el horizonte, pero aquella era suficiente para su objetivo, y podía ver muy bien. Se encontraba en el centro de una llanura irregular de unos dos kilómetros de ancho, rodeada de bajas colinas sobre las cuales podía saltar con facilidad si así lo deseaba. Recordaba haber leído hacía tiempo una historia sobre un hombre que accidentalmente salió de Fobos de un salto; eso no era del todo posible —aunque sí lo era en Deimos— pues la velocidad de escape era todavía de unos diez metros por segundo. Pero a menos que tuviese cuidado, podría fácilmente encontrarse a tal altura que tardase horas en descender nuevamente a la superficie y eso sería fatal. Pues el plan de K 15 era sencillo; permanecería tan cerca de la superficie de Fobos como le fuese posible..., *y en dirección diametralmente opuesta al crucero*. El *Doradus* podía entonces disparar todo su armamento contra aquellos veinte kilómetros de roca, y ni tan sólo percibiría la conmoción. Había solamente otros dos serios peligros, uno de los cuales no le preocupaba mucho.

Para el profano, que no sabe nada de los precisos detalles de la astronáutica, el plan podría haber parecido suicida. El *Doradus* estaba armado con lo último en armas ultra-científicas; y, además, los veinte kilómetros que le separaban de su presa representaban menos de un segundo de vuelo a toda velocidad. Pero el Comandante

Smith no era un profano en la materia, y se sentía ya bastante incómodo. Sabía perfectamente que de todas las máquinas de transporte que el hombre ha inventado, un crucero del espacio es, con mucho, el menos manejable. Era sencillamente un hecho que K 15 podía dar media docena de vueltas al pequeño mundo, antes que el Comandante pudiese persuadir al *Doradus* para que diese siquiera una.

No hay necesidad de entrar en detalles técnicos, pero quienes no se hayan convencido todavía podrán quizá considerar los siguientes hechos elementales. Una nave espacial propulsada por cohetes no puede, evidentemente, acelerar más que en dirección de su eje principal —es decir, hacia «adelante». Cualquier desviación de una trayectoria recta requiere hacer girar físicamente la nave, de modo que los motores puedan dirigir su chorro en otra dirección. Todo el mundo sabe que esto se efectúa por medio de giróscopos internos o chorros directores tangenciales; pero pocas personas saben el tiempo que esa sencilla maniobra requiere. Un crucero medio, con su carga de combustible completa, tiene una masa de dos o tres mil toneladas, lo que no conduce precisamente a una ligereza de movimientos. Pero las cosas son aún peor que todo eso, pues no es la masa, sino el impulso de inercia lo que aquí importa— y puesto que un crucero es un objeto largo y delgado, su impulso de inercia es algo colosal. Es un hecho lamentable (aunque rara vez mencionado por los ingenieros astronáuticos) que se tardan sus buenos diez minutos en hacer girar 180° una astronave, cuando los giróscopos son de tamaño razonable. Los chorros de mando no son mucho más rápidos, y en todo caso su uso es restringido porque la rotación que producen es permanente y tienen tendencia a dejar la nave girando como un trompo retardado, con el consiguiente disgusto de los que se encuentran en su interior.

En circunstancias normales tales desventajas no son muy graves. Se dispone de millones de kilómetros y de cientos de horas para cuestiones de detalle tales como una alteración en la orientación de la nave. Es francamente contrario a las reglas del juego moverse en círculos de diez kilómetros de radio, y el comandante del *Doradus* no pudo menos de sentirse ofendido; K 15 no jugaba limpio.

Al mismo tiempo aquel astuto individuo estaba examinando la situación, que muy bien podía haber sido peor. Alcanzó las colinas en tres saltos, y se sintió allí menos expuesto que en la abierta llanura. Había escondido el alimento y el equipo que había sacado de la nave donde creía que podría volverlo a encontrar, pero como su traje no le podía mantener vivo más de un día, aquello era lo que le preocupaba menos. El pequeño paquete que era la causa de todas las dificultades, seguía consigo, en uno de los numerosos escondrijos que proporciona todo traje espacial bien ideado.

Reinaba una estimulante soledad en torno de su nido de altura, a pesar que no estaba realmente tan solitario como hubiese podido desear. Perpetuamente fijo en el cielo, Marte menguaba casi visiblemente mientras Fobos se dirigía hacia el lado

nocturno del planeta. Podía apenas percibir las luces de algunas ciudades marcianas, puntos resplandecientes que marcaban las uniones de los invisibles canales. Todo lo demás eran estrellas y silencio, y una línea de desgarradas cumbres tan cercanas, que casi parecían estar al alcance de su mano. No había aún señales del *Doradus*. Pero quizá se estaba aproximando por alguna dirección inesperada; incluso podía —y ese era en verdad el único peligro verdadero— incluso podía haber desembarcado un grupo explorador.

Esa fue la primera posibilidad que se le ocurrió al Comandante Smith, cuando se dio cuenta de la situación con que tenía que enfrentarse. Pero luego se dio cuenta que el área superficial de Fobos era de más de mil kilómetros cuadrados, y que no podía prescindir de más de diez hombres de su tripulación para registrar todo aquel salvaje caos. Y, además, K 15 iría con seguridad armado.

Si se considera el armamento que llevaba el *Doradus*, esta última objeción puede parecer francamente inepta, pero distaba mucho de serlo. En el curso normal de los acontecimientos, las armas de mano no son de más utilidad para un crucero espacial que lo serían machetes y arcos. Daba la casualidad que el *Doradus* llevaba —y por cierto, en contra del reglamento— una pistola automática y cien proyectiles. Cualquier grupo explorador consistiría, por lo tanto, en un grupo de hombres desarmados que buscaban a un individuo temerario y bien escondido, que podía apuntarles a su gusto. K 15 volvía nuevamente a jugar sucio.

El borde de Marte era entonces una línea perfectamente recta, y casi en el mismo instante apareció el Sol, no como un trueno, sino como una descarga de bombas atómicas. K 15 ajustó los filtros de su visera y se decidió a moverse. Era más seguro permanecer fuera de la luz del sol, no solamente porque sería más difícil de encontrar en la sombra, sino porque allí sus ojos serían mucho más sensibles. No tenía sino un par de gemelos que le sirviesen de ayuda, mientras que el *Doradus* debía llevar un telescopio electrónico de por lo menos veinte centímetros de apertura.

K 15 decidió que lo mejor sería tratar de localizar el crucero, si le era posible. Quizá fuese algo imprudente, pero se sentiría mucho más tranquilo cuando supiese exactamente donde estaba y pudiese observar sus movimientos. Podría entonces permanecer justamente bajo el horizonte, y el resplandor de los cohetes le advertiría con tiempo suficiente de cualquier movimiento que aquél intentase. Lanzándose con precaución en una trayectoria casi horizontal, comenzó la circunnavegación de su mundo.

La imagen menguante de Marte desapareció bajo el horizonte hasta que solamente un gran cuerno se alzó enigmáticamente frente a las estrellas. K 15 comenzó a sentirse preocupado; no se percibía aún señal alguna del *Doradus*. Pero eso era apenas sorprendente, pues estaba pintada de un negro de noche, y podía estar a sus buenos cien kilómetros de distancia en el espacio. Se detuvo, preguntándose si,

después de todo, había hecho lo mejor. Y entonces notó que algo bastante grande estaba eclipsando las estrellas por encima de su cabeza, y se movía rápidamente mientras lo miraba. Su corazón se detuvo un instante; luego se repuso, analizó la situación, y trató de descubrir cómo había podido cometer tan desastroso error.

Tardó algún tiempo en darse cuenta que la negra sombra que se deslizaba por el espacio no era el crucero, sino algo casi igualmente mortífero. Era mucho más pequeño, y estaba mucho más cerca de lo que había pensado al principio. El *Doradus* había enviado en su búsqueda a sus proyectiles dirigidos orientados por televisión.

Éste era el segundo peligro que había temido, y no había nada que pudiese hacer, salvo permanecer tan inconspicuo como le fuese posible. El *Doradus* tenía ahora muchos ojos que le buscaban, pero esos auxiliares tenían limitaciones muy pronunciadas. Habían sido contruidos para buscar naves espaciales iluminadas por el sol frente a un fondo de estrellas, no para buscar a un hombre que se ocultaba en una selva de rocas oscuras. La potencia de sus sistemas de televisión era escasa, y solamente podían ver hacia adelante.

Había ahora más piezas en el tablero, y el juego era algo más mortal, pero todavía llevaba ventaja.

El torpedo desapareció en el cielo nocturno. Como se movía en una trayectoria casi recta en ese pequeño campo gravitatorio, pronto dejaría atrás a Fobos, y K 15 esperaba lo que sabía tenía qué ocurrir. Unos cuantos minutos más tarde vio las breves llamaradas de los escapes de los cohetes, y adivinó que el proyectil volvía lentamente sobre sus pasos. Casi al mismo tiempo vio otro resplandor a lo lejos en el lado opuesto del cielo, y se preguntó cuántas de esas máquinas infernales había en acción. Por lo que sabía de los cruceros de la clase Z —y era bastante más de lo que debía— había cuatro conductos de mando de proyectiles, y probablemente todos ellos estaban en uso.

De repente tuvo una idea tan brillante que estuvo completamente seguro que ésta no podría salir bien. La radio de su traje podía sintonizarse, y cubría una banda excepcionalmente amplia; y no muy lejos de allí el *Doradus* estaba emitiendo potencia desde mil megahertz para arriba. Encendió el receptor y comenzó a explorar.

Llegó muy pronto; el ronco zumbido de un transmisor pulsante, no muy lejos. Probablemente sólo captaba un subarmónico, pero eso bastaba. Por vez primera K 15 se permitió hacer planes a largo plazo sobre su futuro. El *Doradus* se había traicionado; mientras operase sus proyectiles, él sabría exactamente dónde se encontraba la nave.

Se desplazó cuidadosamente hacia el transmisor. Se sorprendió al observar que la señal se desvanecía, y luego aumentaba nuevamente con rapidez. Eso le extrañó hasta que se dio cuenta que debía estar moviéndose a través de una zona de difracción. Su amplitud le podría haber dicho algo útil si hubiese sido lo suficientemente buen

físico, pero no podía imaginarse qué pudiera ser.

El *Doradus* colgaba a unos cinco kilómetros sobre la superficie, a plena luz del sol. Su pintura «no-reflexiva» estaba bastante deteriorada, y K 15 podía verlo claramente. Como él se encontraba todavía en la oscuridad, y la línea de sombra se estaba alejando de él, decidió que estaría tan seguro allí como en cualquier otra parte. Se instaló cómodamente, de modo que pudiese justamente ver al crucero, y esperó, sintiéndose bastante seguro respecto a que ninguno de los proyectiles dirigidos vendría tan cerca de la nave. Calculó que a aquellas horas el Comandante del *Doradus* debía estar ya bastante furioso; y no se equivocaba.

Al cabo de una hora el crucero comenzó a dar la vuelta con toda la elegancia de un hipopótamo embarrancado. K 15 adivinó lo que ocurría. El Comandante Smith iba a echar una ojeada a las antípodas, y se preparaba para el peligroso viaje de cincuenta kilómetros. Observó muy cuidadosamente para ver la orientación que tomaba la nave, y cuando ésta se detuvo nuevamente se sintió aliviado al ver que estaba casi de costado con respecto a él. Y entonces, con una serie de sacudidas que no debieron ser muy apreciadas a bordo, el crucero comenzó a descender hacia el horizonte. K 15 le siguió a cómodo paso de paseo —si fuese posible emplear tal expresión— pensando que esa era una proeza que muy pocas personas habían realizado. Puso especial cuidado en no adelantársele en alguno de sus deslizamientos de un kilómetro, y siguió vigilando cuidadosamente por si se aproximaba algún proyectil por la popa.

El *Doradus* tardó cerca de una hora en recorrer los cincuenta kilómetros. Lo cual, como K 15 se divirtió calculando, representaba bastante menos que el milésimo de su velocidad normal. En una ocasión se encontró que se estaba apartando hacia el espacio por la tangente, y antes que perder tiempo girando nuevamente, disparó una andanada de proyectiles para reducir velocidad. Pero por fin lo consiguió, y K 15 se instaló nuevamente preparándose para otra espera, incrustado entre dos rocas desde las cuales podía justamente ver el crucero, y donde estaba seguro que el crucero no podía verle a él. Se le ocurrió que para entonces el Comandante Smith tendría quizá graves dudas acerca de si verdaderamente estaba sobre Fobos, y sintió ganas de disparar una bengala de señales para tranquilizarle. Pero resistió la tentación.

No serviría de mucho describir los acontecimientos de las diez horas siguientes, puesto que no se diferenciaron en ningún detalle importante de las que las habían precedido. El *Doradus* efectuó otros tres movimientos y K 15 le continuó acechando con el cuidado de un cazador que sigue las huellas de un elefante. En una ocasión, en que la persecución le hubiera conducido a la plena luz del sol, dejó que aquél se deslizase bajo el horizonte hasta que solamente pudiese captar por muy poco sus señales. Pero la mayor del tiempo mantuvo al crucero justamente visible, generalmente muy por debajo, tras alguna colina adecuada.

Una vez un torpedo explotó a algunos kilómetros de distancia, y K 15 se imaginó

que algún operador había quizá visto alguna extraña sombra, o bien que algún técnico se había olvidado de desconectar alguna espoleta de proximidad. Por lo demás, nada ocurrió que amenizase los acontecimientos; la verdad es que todo aquello estaba resultando aburrido. Hasta casi le alegraba ver algún proyectil dirigido que evolucionaba inquisitivamente sobre su cabeza, pues no creía que pudiesen verle si permanecía quieto y razonablemente a cubierto. Si hubiera podido permanecer en la parte de Fobos exactamente opuesta al crucero, hubiese estado a salvo incluso de aquellos, puesto que la nave no los hubiese podido gobernar allí, en la sombra de radio de la luna. Pero no podía pensar en ninguna forma de asegurarse la permanencia en la zona de seguridad si el crucero se movía nuevamente.

El fin llegó muy repentinamente. Los chorros de dirección se inflamaron súbitamente, y el propulsor principal de la nave lo lanzó hacia adelante en todo su esplendor y potencia. Al cabo de pocos segundos, el *Doradus* se empequeñecía en dirección hacia el Sol, libre al fin, contento de dejar, incluso derrotado, aquel triste pedazo de roca que tan enojosamente le había privado de su legítima presa. K 15 sabía lo que había ocurrido, y una gran sensación de paz y de descanso le invadió. En la sala de radar del crucero, alguien había visto un eco de desconcertante amplitud que se acercaba a velocidad excesiva. K 15 ya no tuvo más que encender el faro de su traje y esperar. Incluso pudo permitirse el lujo de un cigarrillo.

* * *

—Interesante historia —dije— y ahora veo su relación con aquella ardilla. Pero se me ocurren una o dos preguntas.

—¿Sí? —dijo Rupert Kingman cortésmente.

A mí me gusta siempre llegar al fondo de las cosas, y sabía que mi anfitrión había desempeñado un papel en la Guerra Joviana sobre el cual rara vez hablaba. Y decidí arriesgarme a ciegas.

—¿Podría preguntarle cómo es que sabe tanto acerca de este encuentro militar tan poco ortodoxo? ¿No es posible, verdad, que *usted* fuese K 15?

Se oyó una especie de ruido ahogado y extraño procedente de Carson. Y Kingman dijo:

—No, no fui yo.

Se levantó y salió en dirección del cuarto de escopetas.

—Si me excusan por un momento, voy a probar de nuevo con aquella rata de árbol. Quizá la cace.

Carson me miró como diciendo: «Esta es otra casa a la que ya no te invitarán más». Cuando nuestro anfitrión estuvo fuera del alcance del oído, dijo con voz fríamente clínica:

—Lo has reventado. ¿Por qué tuviste que decir aquello?

—Bueno, me pareció que era fácil de adivinar. Si no es así, ¿cómo pudo saber todo aquello?

—A decir verdad, creo que se encontró con K 15 después de la Guerra; debieron tener una interesante conversación juntos. Pero creía que tú sabías que Rupert había sido retirado del Servicio con solamente el rango de teniente comandante. El Tribunal de Investigación no pudo nunca comprender su punto de vista. Al fin y al cabo, sencillamente no parecía razonable que el Comandante de la nave más veloz de la Flota no consiguiese apoderarse de un hombre en un traje espacial.

ENCUENTRO EN LA AURORA

(Encounter at Dawn, 1953)

Fue durante los últimos días del Imperio. La pequeña nave estaba lejos de su patria y a casi cien años luz del gran navío nodriza que estaba investigando entre las compactas estrellas al borde de la Vía Láctea. Pero incluso allí no podía escapar a la sombra que se cernía sobre la civilización; bajo aquella sombra, y deteniéndose de vez en cuando en su trabajo para preguntarse qué ocurría en sus distantes hogares, los científicos de la Topografía Galáctica continuaban realizando su inacabable tarea.

La nave contenía solamente tres ocupantes, pero entre todos poseían el conocimiento de muchas ciencias, y la experiencia de media vida en el espacio. Después de la larga noche interestelar, la estrella que estaba frente a ellos caldeaba su espíritu mientras descendían en dirección a sus fuegos. Un poco más dorada, un poco más brillante que el Sol que ahora parecía una leyenda de su niñez. Sabían por pasada experiencia que la probabilidad de localizar ahí planetas era de más del noventa por ciento, y de momento olvidaron todo lo demás ante el entusiasmo del descubrimiento.

Encontraron el primer planeta al cabo de pocos minutos de haberse detenido. Era un gigante, de un tipo familiar, demasiado frío para la vida protoplásmica y que probablemente no poseía una superficie estable. Así, entonces, orientaron su búsqueda en dirección al sol, y pronto fueron recompensados.

Era un mundo que les hizo sentir la añoranza de su hogar, un mundo donde todo era impresionantemente familiar, y sin embargo, nunca exactamente lo mismo. Dos grandes masas de tierra flotaban en mares de un verde azulado, coronados de hielo en ambos polos. Había algunas regiones desiertas, pero la mayor parte del planeta era evidentemente fértil. Incluso desde aquella distancia, las señales de vegetación eran inequívocamente claras.

Contemplaron ansiosamente el paisaje que se dilataba a medida que iban descendiendo a través de la atmósfera, encaminándose hacia mediodía en los subtrópicos. La nave flotó a través de cielos sin nubes en dirección a un gran río, retardó su caída con un golpe de silenciosa potencia, y se detuvo entre grandes hierbas, a la orilla del agua.

Nadie se movió; no había nada más que hacer hasta que los instrumentos automáticos hubiesen terminado su trabajo. Finalmente sonó una leve campana y se encendieron las luces del tablero de mandos, formando una combinación caótica pero significativa. El Capitán Altman se levantó lanzando un suspiro de alivio.

—Estamos de suerte —dijo—. Podremos salir sin protección, si los ensayos patogénicos son satisfactorios. ¿Qué te pareció este lugar cuando entramos, Bertrond?

—Geológicamente estable, por lo menos sin volcanes activos. No vi señal alguna

de ciudades, pero eso no prueba nada. Si hay aquí una civilización, podría haber superado aquella fase.

—¿O no haberla alcanzado aún?

Bertrond se encogió de hombros.

—Una cosa es tan probable como la otra. Quizá tardemos algo en averiguarlo, en un planeta de este tamaño.

—Más tiempo del que disponemos —dijo Clindar, mirando el tablero de comunicaciones que los unía a la nave nodriza, y desde allí al amenazado corazón de la Galaxia. Durante un instante reinó un pesado silencio. Luego Clindar se dirigió al tablero de mandos y oprimió una serie de conmutadores con habilidad automática.

Dando una ligera sacudida, una sección del casco se apartó hacia un lado, y el cuarto miembro de la tripulación bajó al nuevo planeta, accionando sus metálicos miembros y ajustando servo-motores a la desacostumbrada gravedad. En el interior de la nave despertó a la vida una pantalla de televisión, revelando un extenso panorama de hierbas ondulantes, algunos árboles a una distancia media y un poco del gran río. Clindar oprimió un botón, y la imagen se desplazó suavemente a través de la pantalla, a medida que el robot iba volviendo la cabeza.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó Clindar.

—Echemos un vistazo a aquellos árboles —replicó Altman—. Si hay alguna vida animal, la encontraremos allí.

—¡Mira! —exclamó Bertrond—. ¡Un pájaro!

Los dedos de Clindar volaron sobre el tablero; la imagen se centró sobre la pequeña mancha que había aparecido repentinamente hacia la izquierda de la pantalla, y se amplió rápidamente al entrar en acción el teleobjetivo del robot.

—Tienes razón —dijo—. Plumas, pico, bastante arriba en la escala evolutiva. Este lugar promete. Pondré en marcha la cámara.

El movimiento oscilante de la imagen al caminar el robot no les perturbó; se habían acostumbrado a él desde hacía tiempo. Pero nunca se habían podido conformar a esa exploración por delegación, cuando todos sus impulsos les incitaban a abandonar la nave, a correr a través de la hierba, y sentir en sus caras la caricia del viento. Pero hubiese sido asumir un riesgo demasiado grande, incluso en un mundo que parecía tan agradable como aquel. Tras las facciones más sonrientes de la Naturaleza se esconde siempre una calavera. Bestias salvajes, reptiles ponzoñosos, tremedales, la muerte podía alcanzar al explorador desprevenido bajo mil disfraces diferentes. Y peor aún eran los enemigos invisibles, las bacterias y los virus, contra los cuales la única defensa estaba quizá a mil años luz de distancia de aquellos parajes.

Un robot se podía reír de todos esos peligros e incluso si, como a veces ocurría, encontraba una bestia lo suficientemente poderosa para destruirlo, bueno, una

máquina puede ser siempre sustituida.

No encontraron nada en su paseo a través de los herbazales. Si el paso del robot perturbó a algunos animales, se debieron mantener fuera del campo visual. Clindar retardó la máquina al acercarse a los árboles, y los observadores en la nave se apartaron involuntariamente ante las ramas que parecieron barrerles los ojos. La imagen se oscureció por un instante mientras los mandos se ajustaban a aquella iluminación más débil, y luego volvió a lo normal.

El bosque estaba lleno de vida. Se escondía bajo los matorrales, trepaba por las ramas, volaba a través de los árboles a medida que iba avanzando el robot. Y mientras tanto las cámaras automáticas iban registrando las imágenes que se iban formando en la pantalla, recogiendo material para que los biólogos lo analizaran cuando la nave regresase a la base.

Clindar lanzó un suspiro de alivio cuando los árboles se aclararon repentinamente. Era un trabajo agotador evitar que el robot chocase con los obstáculos mientras se movía dentro del bosque, pero en campo abierto podía cuidar de sí mismo. Y entonces la imagen tembló como si hubiese recibido un martillazo, se oyó un golpe metálico, y toda la escena se desplazó vertiginosamente hacia arriba mientras el robot se volcaba y caía.

—¿Qué es eso? —gritó Altman—. ¿Tropezaste?

—No —dijo Clindar seriamente, mientras sus dedos volaban sobre el tablero—. Algo atacó por detrás. Confío que ¡ah! todavía lo gobierno.

Sentó al robot y le hizo girar la cabeza. No se tardó mucho en encontrar la causa de la perturbación. De pie a pocos pasos, y moviendo enfurecido la cola, había un gran cuadrúpedo de dientes feroces. En aquel momento estaba, evidentemente, tratando de decidir si debía atacar nuevamente.

Lentamente el robot se levantó, y mientras lo hacía, el gran animal se agachó para saltar. Una sonrisa iluminó la cara de Clindar; sabía cómo enfrentarse con aquella situación. Su pulgar buscó la poco usada clave marcada «Sirena».

La selva retumbó al aullido ululante y horrísono del altavoz oculto en el robot, y la máquina avanzó al encuentro de su adversario, agitando los brazos por delante. La espantada bestia casi cayó hacia atrás en su esfuerzo por volverse, y a los pocos segundos había desaparecido de la vista.

—Ahora supongo que tendremos que esperar un par de horas antes que todo vuelva a salir de sus escondites —dijo tristemente Bertrond.

—No sé mucho de psicología animal —interpuso Altman—, ¿pero es lo corriente que ataquen a algo completamente desconocido?

—Algunos atacan a todo lo que se mueve, pero es poco corriente. Normalmente sólo atacan para comer, o si han sido amenazados. ¿Adónde vas a parar? ¿Sugieres que pueda haber otros robots sobre este planeta?

—Ciertamente que no. Pero nuestro amigo carnívoro puede haber confundido nuestra máquina con un bípedo más comestible. ¿No te parece que esta abertura en la jungla es bastante artificial? Podría muy bien ser un sendero.

—En tal caso —dijo prestamente Clindar— lo seguiremos, y ya veremos. Estoy cansado de esquivar árboles, pero espero que no volverá a saltar nada sobre nosotros; me ataca a los nervios.

—Tenías razón, Altman —dijo Bertrond poco más tarde—. Es sin duda un sendero. Pero eso no significa inteligencia. Al fin y al cabo hay animales...

Se paró a mitad de la frase y en aquel mismo momento Clindar detuvo al robot. El sendero se había abierto repentinamente formando una amplia explanada, casi completamente ocupada por un pueblo de endeble chozas. Estaba rodeado por una empalizada de madera, evidentemente una defensa contra un enemigo que en aquel momento no amenazaba. Pues las puertas estaban completamente abiertas, y más allá de ellas los habitantes se afanaban pacíficamente.

Durante algunos minutos los tres exploradores contemplaron en silencio la pantalla. Clindar se estremeció ligeramente, y observó:

—Es algo que produce escalofríos. Podría ser nuestro propio planeta, hace cien mil años. Siento como si hubiésemos retrocedido en el tiempo.

—No hay nada misterioso en ello —dijo el práctico Altman—. Al fin y al cabo, hemos descubierto cerca de cien planetas con nuestro tipo de vida.

—Sí —respondió Clindar—. ¡Cien en toda la Galaxia! Sigo creyendo que es extraño que nos haya sucedido a nosotros.

—Bueno; tenía que ocurrirle a alguien —dijo Bertrond filosóficamente—. Entre tanto tenemos que preparar nuestro método de establecer contacto. Si enviamos el robot al pueblo se producirá un pánico.

—Eso —dijo Altman— por lo menos. Lo que tenemos que hacer es captar a un indígena por sí solo y demostrarle que somos amigos. Esconde el robot, Clindar, en algún lugar del bosque desde donde pueda observar el pueblo sin ser visto. Tenemos frente a nosotros una semana de antropología práctica.

Pasaron tres días antes que los ensayos biológicos demostrasen que se podía salir de la nave con impunidad. Incluso entonces Bertrond insistió en salir solo, solo, sino se tiene en cuenta la compañía substancial del robot. Con tal aliado no temía a los animales más grandes del planeta, y las defensas naturales de su cuerpo podían cuidarse de los microorganismos. Por lo menos, así se lo habían asegurado los analizadores; y si se tenía en cuenta la complejidad del problema, la verdad es que cometían muy pocos errores.

Permaneció fuera durante una hora, disfrutando prudentemente, mientras sus compañeros le observaban con envidia. Pasarían otros tres días antes que pudiesen estar completamente ciertos del hecho que era seguro seguir el ejemplo de Bertrond.

Entretanto, tuvieron bastante ocupación contemplando el pueblo a través de las lentes del robot, y recogiendo todo lo que podían con sus cámaras. Habían desplazado de noche a la nave, de modo que estaba escondida en las profundidades de la selva, pues no querían ser descubiertos hasta que estuviesen a punto.

Y entre tanto las noticias de la patria eran cada vez peores. Aunque el hecho de estar aquí tan lejos, al borde del Universo, amortiguaba el impacto, no dejaba de pesar mucho sobre sus mentes, y a veces les dominaba una sensación de futilidad. Sabían que en cualquier momento podía llegar la señal de llamada, cuando el Imperio, en su extremidad, convocase sus últimos recursos. Pero hasta entonces continuarían su trabajo, como si lo único que importase fuese la ciencia pura.

Siete días después de aterrizar estaban a punto de realizar el experimento. Sabían ahora los caminos que tomaban los indígenas cuando salían a cazar, y Bertrond eligió uno de los menos frecuentados. Colocó firmemente una silla en medio del camino, y se sentó a leer un libro.

Naturalmente, no era tan sencillo como todo eso; Bertrond había tomado todas las precauciones imaginables. Escondido entre los matorrales a cincuenta metros de distancia, el robot vigilaba a través de sus lentes telescópicas, y sostenía en su mano un arma pequeña pero mortífera. Y gobernando desde la nave espacial, con los dedos apoyados sobre el tablero, Clindar esperaba para hacer todo lo que pudiera ser necesario.

Ese era el aspecto negativo del plan; la parte positiva era más evidente. A los pies de Bertrond estaba el cuerpo de un pequeño animal astado que esperaba sería un agradable presente para cualquier cazador que acertase a pasar por allí.

Dos horas más tarde, la radio del arnés de su traje murmuró una advertencia. Con mucha calma, a pesar que la sangre le golpeaba las sienes, Bertrond dejó a un lado el libro y miró a lo largo del sendero. El salvaje avanzaba confiadamente, balanceando una lanza en su mano derecha. Se detuvo un momento al ver a Bertrond, y luego siguió avanzando con mayor precaución. Comprendió que no tenía nada que temer, pues el extraño era de corta estatura, y evidentemente no llevaba armas.

Cuando estaban a solamente diez pasos de distancia, Bertrond sonrió en forma alentadora y se levantó con lentitud. Se inclinó, recogió la res, y se adelantó llevándola como una ofrenda. Aquel gesto hubiese sido comprendido por cualquier criatura en cualquier mundo, y también fue comprendido allí. El salvaje se aproximó, tomó el animal, y se lo echó sin esfuerzo sobre el hombro. Por un instante contempló a Bertrond en los ojos con una expresión insondable; luego dio la vuelta y regresó hacia el pueblo. Tres veces se volvió para ver si Bertrond le seguía, y cada vez Bertrond le sonrió y le saludó en forma tranquilizadora. En conjunto, el episodio duró poco más de un minuto. Para ser el primer contacto entre dos razas, careció por completo de dramatismo, pero no de dignidad.

Bertrond no se movió hasta que el otro hubo desaparecido de la vista. Entonces se relajó y habló al micrófono de su traje.

—Ha sido un buen principio —dijo con alegría—. No se asustó lo más mínimo, ni tan sólo pareció sospechar. Creo que volverá.

—Todavía parece demasiado bueno para ser cierto —dijo la voz de Altman en su oído—. Pensé que se mostraría hostil o asustado. ¿Es que tú hubieses aceptado un regalo generoso de un extraño desconocido con tanta despreocupación?

Bertrond regresaba hacia la nave caminando lentamente. El robot había salido ahora al descubierto y montaba la guardia a pocos pasos detrás de él.

—Yo no —contestó—, pero yo pertenezco a una comunidad olvidadiza. Los perfectos salvajes reaccionan ante los extraños de muy diversas maneras, según su experiencia anterior. Supongamos que esta tribu no ha tenido nunca enemigos, lo que es muy posible en un planeta grande, pero poco poblado. Entonces podremos esperar curiosidad, pero no temor.

—Si estas gentes no tienen enemigos —interpuso Clindar, ya no completamente absorbido en gobernar el robot—, ¿por qué tienen una empalizada alrededor de su pueblo?

—Me refería a enemigos humanos —replicó Bertrond—. Si eso es cierto, simplifica enormemente nuestra tarea.

—¿Crees que volverá?

—Naturalmente. Si es tan humano como creo, la curiosidad y la codicia le harán volver. Dentro de un par de días seremos íntimos amigos.

Considerado desapasionadamente, aquello se convirtió en una rutina fantástica. Cada mañana el robot salía de caza dirigido por Clindar, hasta convertirse en el cazador más mortífero de la jungla. Y entonces Bertrond esperaba a que Yaan —que es lo más cerca de su nombre a que pudieron llegar— apareciese confiadamente por el sendero. Venía cada día a la misma hora, y venía siempre solo. Eso les sorprendía: ¿quería conservar para él solo su gran descubrimiento, y así reservarse el mérito de sus hazañas de caza? Si era así, demostraba gran previsión y astucia.

Al principio Yaan se marchaba inmediatamente con su premio, como si tuviese miedo a que el donador de un regalo tan generoso pudiese cambiar de opinión. Pero pronto, y tal como había confiado Bertrond, fue posible inducirle a que se quedase por medio de algunos sencillos juegos de manos, y enseñándole unas telas y unos cristales de alegres colores, que le complacían en forma infantil. Finalmente Bertrond consiguió entablar con él largas conversaciones, todas las cuales fueron registradas y filmadas a través de los ojos del escondido robot.

Algún día los filólogos podrían quizá analizar aquel material; todo lo más que Bertrond podía hacer era descubrir el significado de algunos sencillos nombres y verbos. El asunto resultaba complicado por el hecho que Yaan no solamente utilizaba

diferentes palabras para la misma cosa, sino a veces la misma palabra para cosas diferentes.

Entre esas entrevistas cotidianas, la nave se alejaba, explorando el planeta desde el aire, y a veces aterrizando para hacer observaciones más detalladas. A pesar que se observaron algunos otros establecimientos humanos, Bertrond no intentó ponerse en contacto con ellos, pues era fácil ver que todos estaban aproximadamente al mismo nivel cultural que el de las gentes de Yaan.

Bertrond pensó con frecuencia que era verdaderamente una mala jugada del Destino que una de las muy pocas razas verdaderamente humanas de la Galaxia hubiese sido descubierta precisamente en aquel momento del tiempo. Hacía poco, aquello hubiese sido un acontecimiento de importancia suprema; ahora la civilización estaba demasiado hostigada para preocuparse de esos salvajes parientes que esperaban en la aurora de la historia.

Hasta que Bertrond no estuvo seguro que había pasado a formar parte de la vida cotidiana de Yaan no le presentó al robot. Estaba enseñando a Yaan las imágenes de un calidoscopio, cuando Clindar hizo salir a la máquina a través de la hierba, con su última víctima colgando a través de uno de sus metálicos brazos. Por vez primera Yaan mostró algo parecido al miedo; pero se calmó al oír las palabras tranquilizadoras de Bertrond, si bien continuó vigilando al monstruo que avanzaba. Se detuvo a cierta distancia, y Bertrond salió a su encuentro. Mientras se adelantaba, el robot levantó los brazos y le entregó la res muerta. La tomó solemnemente y se la llevó a Yaan, tambaleando un poco bajo el desacostumbrado peso.

Bertrond hubiese dado mucho por saber exactamente lo que pensaba Yaan al aceptar el regalo. ¿Trataba de decidir si el robot era el amo o el esclavo? Quizá tales conceptos se escapaban a su alcance; para él el robot quizá no fuese sino otro hombre, un cazador amigo de Bertrond.

La voz de Clindar, algo más potente que al natural, salió del altavoz del robot.

—Es asombroso lo tranquilamente que nos acepta. ¿No habrá nada que le asuste?

—Continúas juzgándole por tu propio patrón —replicó Bertrond—. Recuerda que su psicología es completamente diferente, y mucho más sencilla. Ahora que tiene confianza en mí, todo lo que yo acepte no le perturbará.

—¿Será eso cierto de toda su raza? —preguntó Altman—. No es prudente juzgar por un solo ejemplar. Me gustaría ver lo que pasaría si enviásemos el robot al pueblo.

—¡Hola! —exclamó Bertrond—. Eso sí que le ha sorprendido. Nunca ha conocido antes a una persona que pudiese hablar con dos voces distintas.

—¿Crees que adivinará la verdad cuando nos vea? —dijo Clindar.

—No. El robot será para él pura magia, pero no será nada más maravilloso que el fuego y el rayo y todas las demás fuerzas, que ya debe aceptar normalmente.

—Y bien, ¿qué es lo que sigue ahora? —preguntó Altman un poco impaciente—.

¿Vas a llevarlo a la nave, o vas a ir primero al pueblo?

Bertrond vaciló.

—Quisiera no precipitarme a hacer las cosas. Ya saben los accidentes que han ocurrido con razas extrañas cuando eso se ha probado. Dejaré que lo piense, y cuando volvamos mañana trataré de persuadirle para que se lleve consigo el robot al pueblo.

En la escondida nave, Clindar reactivó el robot y lo volvió a poner en marcha. Lo mismo que Altman, se estaba impacientando un poco ante tantas precauciones, pero en todas las cuestiones relacionadas con formas de vida extrañas, Bertrond era el experto, y tenían que obedecer sus órdenes.

Había ahora ocasiones en que casi deseaba ser él mismo un robot, desprovisto de sentimientos y emociones, y capaz de contemplar la caída de una hoja y los estertores mortales de un mundo con el mismo desapasionamiento.

* * *

El sol estaba bajo cuando Yaan oyó la gran voz que gritaba desde la jungla. Le reconoció inmediatamente, a pesar de su volumen inhumano; era la voz de su amigo que le llamaba.

En aquel resonante silencio, la vida del pueblo se detuvo. Incluso los niños cesaron de jugar; el único sonido que se oía era el de un niño asustado por el súbito silencio.

Todos los ojos contemplaron a Yaan que se dirigía rápidamente a su choza y recogía la lanza que yacía junto a la entrada. Pronto se cerraría la empalizada contra los merodeadores de la noche, pero él no vaciló cuando salió sumergiéndose en las crecientes sombras. Pasaba precisamente a través de las puertas cuando aquella voz poderosa le llamó nuevamente, y ahora resonaba con una nota de urgencia que se percibía claramente a través de las barreras de lenguaje y de cultura.

El resplandeciente gigante que hablaba con tantas voces distintas salió a su encuentro a poca distancia del pueblo y le hizo seña para que le siguiese. No se veían señales de Bertrond. Caminaron más de un kilómetro antes que le viesan en la distancia, no lejos de la orilla del río, y mirando a través de las oscuras y lentas aguas.

Se volvió al acercarse Yaan, y sin embargo pareció no darse de momento cuenta de su presencia. E hizo entonces un gesto de despedida al brillante compañero, quien se retiró a distancia.

Yaan esperó. Era paciente, y aunque nunca pudo expresarlo con palabras, estaba contento. Cuando se encontraba con Bertrond sentía los primeros síntomas de aquella devoción desinteresada y totalmente irracional que los de su raza no deberían alcanzar hasta al cabo de muchos siglos.

Era un extraño cuadro. Allí, a la orilla del río, estaban de pie dos hombres. Uno

de ellos estaba vestido en un uniforme muy ajustado. El otro llevaba la piel de un animal y una lanza de punta de sílex. Había entre ellos diez mil generaciones, diez mil generaciones y una insondable inmensidad de espacio. Y sin embargo ambos eran humanos. A semejanza de lo que haría con frecuencia hasta la eternidad, la Naturaleza había repetido una de sus formas fundamentales.

Y luego Bertrond comenzó a hablar, caminando hacia adelante y hacia atrás con cortos pasos mientras hablaba, y en su voz podía percibirse un vestigio de tristeza.

—Todo ha terminado, Yaan. Yo tenía la esperanza que con nuestros conocimientos podríamos haberles sacado de la barbarie en una docena de generaciones, pero ahora tendrán que luchar solos para salir de la jungla, y quizá tendrán que luchar un millón de años para conseguirlo. Lo siento; había tanto que hubiésemos podido hacer. Incluso ahora yo quería quedarme aquí, pero Altman y Clindar hablan del deber, y me figuro que tienen razón. Hay poco que podamos hacer, pero nuestro mundo nos llama y no debemos abandonarlo.

»Quisiera que pudieses comprenderme, Yaan. Quisiera que entendieses lo que estoy diciendo. Te dejo estas herramientas; descubrirías cómo utilizar algunas de ellas, aunque lo más probable es que dentro de una generación se hayan perdido o hayan sido olvidadas. Fíjate como corta esta hoja; pasarán siglos antes que tu mundo pueda hacer una cosa semejante. Y conserva esto bien; cuando aprietes el botón, ¡fíjate!, si lo utilizas con cuidado, te dará luz durante años, aunque más pronto o más tarde morirá. En cuanto a esas otras cosas, encuéntrales el uso que puedas.

»Ahora salen las primeras estrellas, por allá, hacia el este. ¿Es que miras algunas vez a las estrellas, Yaan? Quién sabe cuanto tiempo pasará antes que descubran lo que son, y me pregunto lo que habrá sido de nosotros para entonces. Aquellas estrellas son nuestras patrias, Yaan, y no podemos salvarlas. Muchas han muerto ya, en explosiones tan gigantescas que yo no puedo imaginármelas mejor que tú. Dentro de cien mil años de los nuestros, la luz de aquellas piras funerarias llegará a vuestro mundo y dejará perplejos a vuestros pueblos. Quisiera poderles advertir de los errores que hemos hecho, y que ahora nos costarán todo lo que hemos ganado.

»Es bueno para tu pueblo, Yaan, que vuestro mundo esté aquí, en la frontera del Universo. Quizá escapen de la aniquilación que nos espera. Quizá un día vuestras naves irán a explorar entre las estrellas, como lo hemos hecho nosotros, y quizá se encuentren con las ruinas de nuestros mundos, y se pregunten quiénes éramos. Pero nadie sabrá que nos encontramos aquí, junto a este río, cuando vuestra raza era joven.

»Aquí vienen mis amigos; no me van a conceder más tiempo. Adiós, Yaan, usa bien las cosas que te he dejado. Son los mayores tesoros de tu mundo.

Algo grande, algo que resplandecía en la luz de las estrellas, bajaba silenciosamente del cielo. No llegó hasta el suelo, sino que se detuvo un poco por encima de la superficie, y en completo silencio se abrió un rectángulo de luz por uno

de sus costados. El resplandeciente gigante salió de entre las sombras de la noche y atravesó la dorada puerta. Bertrond le siguió, deteniéndose un momento en el umbral para despedirse con la mano de Yaan. Y luego la oscuridad se cerró tras él.

Lentamente, tal como el humo se aparta del fuego, la nave se levantó. Cuando era tan pequeña que Yaan sintió que le cabría en la mano, pareció confundirse con una larga línea de luz que se elevaba inclinada hacia las estrellas. Desde el vacío cielo resonó un trueno sobre la dormida tierra, y Yaan supo por fin que los dioses se habían ido y que ya no volverían nunca más.

Largo tiempo permaneció en pie junto a las aguas que tan suavemente se deslizaban, y en su alma se infiltró una sensación de pérdida que no olvidaría jamás, ni jamás podría comprender. Luego, con cuidado y reverencia, recogió las dádivas que Bertrond había dejado.

Bajo las estrellas, la solitaria figura se dirigió hacia su hogar a través de una tierra sin nombre.

Tras él el río fluía lentamente hacia el mar, serpenteando a través de las fértiles llanuras donde, más de mil siglos más tarde, los descendientes de Yaan construirían una gran ciudad que llamarían Babilonia.

LO IMPREVISTO

(*Loophole*, 1946)

De: Presidente.

A: Secretario, Consejo de Científicos.

He sido informado del hecho que los habitantes de la Tierra han conseguido liberar la energía atómica y han estado experimentando con propulsión de cohetes. Esto es extremadamente grave. Remítanme inmediatamente un informe completo. Y esta vez que sea *breve*.

K. R. I. V.

De: Secretario, Consejo de Científicos.

A: Presidente.

Los hechos son como sigue: Hace algunos meses nuestros instrumentos registraron una intensa emisión de neutrones desde la Tierra, pero un análisis de los programas de radio no proporcionó entonces explicación alguna. Hace tres días se produjo una segunda emisión, y poco después todas las transmisiones de radio de la Tierra anunciaron que se estaban empleando bombas atómicas en la presente guerra. Los traductores no han terminado aún su interpretación, pero parece ser que las bombas son de considerable potencia. Hasta ahora se han utilizado dos. Se han revelado algunos detalles de su construcción, pero los elementos utilizados no han sido todavía identificados. Proporcionaremos un informe más completo tan pronto como sea posible. De momento todo lo que se sabe con certeza es que los habitantes de la Tierra han liberado, efectivamente, potencia atómica, hasta ahora solamente en forma explosiva.

Se sabe muy poco referente a la investigación sobre cohetes en la Tierra. Nuestros astrónomos han estado observando cuidadosamente el planeta desde que se percibieron emisiones de radio, hace una generación. Es evidente que cohetes de largo alcance de alguna especie existen en la Tierra, pues en recientes transmisiones militares ha habido numerosas referencias a ellos. Pero no se ha verificado intento serio alguno de alcanzar el espacio interplanetario. Cuando termine la guerra, es de esperar que los habitantes del planeta efectúen investigaciones en esa dirección. Prestaremos muy cuidadosa atención a sus emisiones de radio, y se observará la vigilancia astronómica.

Por lo que hemos podido deducir acerca de la tecnología del planeta, deberán transcurrir unos veinte años para que la Tierra pueda desarrollar cohetes atómicos capaces de cruzar el espacio. En vista de eso, parece que ha llegado la hora de es-

tablecer una base en la Luna, a fin de poder observar de cerca tales experimentos, cuando comiencen.

Trescon.

(Añadido en manuscrito).

Ha terminado ya la guerra sobre la Tierra, según parece debido a la intervención de la bomba atómica. Eso no afecta a los anteriores argumentos, pero puede significar que los habitantes de la Tierra pueden dedicarse nuevamente a la investigación pura más rápidamente de lo que era de esperar. Algunas emisiones de radio ya han indicado la aplicación de la potencia atómica a la propulsión de cohetes.

T.

De: Presidente

A: Jefe de la Oficina de Seguridad Extraplanetaria (J. O. S. E. P.)

Ya ha visto la minuta de Trescon.

Equipe inmediatamente una expedición al satélite de la Tierra. Deberán mantener estricta vigilancia sobre el planeta, e informar inmediatamente sobre si se están verificando experimentos con cohetes.

Debe ponerse el mayor cuidado en mantener secreta nuestra presencia en la Luna. Será usted personalmente responsable de ello. Infórmese a intervalos de un año, o más a menudo si fuese necesario.

K. R. I. V.

De: Presidente

A: J. O. S. E. P.

¿Dónde está el informe sobre la Tierra?

K. R. I. V.

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Lamentamos el retraso, que ha sido debido a avería en la nave que traía el informe.

No ha habido señales de experimentos con cohetes durante el pasado año, ni referencia a ellos en las emisiones de radio del planeta.

Ranthe

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Habrá usted podido ver mis informes anuales a su respetado padre sobre este asunto. No ha ocurrido nada de interés durante los pasados quince años, pero ahora acabamos de recibir el siguiente mensaje de nuestra base sobre la Luna:

«Proyectil cohete, al parecer a propulsión atómica, salió a través de la atmósfera de la Tierra, partiendo de la masa terrestre del norte, y se desplazó en el espacio por un cuarto del diámetro del planeta antes de regresar gobernado».

Ranthe

De: Presidente

A: Jefe del Estado

Ruego comente.

K. R. V.

De: Jefe del Estado

A: Presidente.

Eso significa el fin de nuestra política tradicional.

La única esperanza de seguridad consiste en evitar que los terrestres realicen nuevos adelantos en esa dirección. Por lo que sabemos de ellos, se requerirá una amenaza avasalladora.

Como la elevada gravedad del planeta hace que nos sea imposible a nosotros aterrizar en él, nuestra esfera de acción es restringida. El problema fue discutido hace casi un siglo por Anvar, y yo estoy de acuerdo con sus conclusiones. Tenemos que actuar *inmediatamente* según aquellas directrices.

F. K. S.

De: Presidente

A: Secretario de Estado.

Informe al Consejo que se convoca reunión de emergencia para mañana a mediodía.

K. R. V.

De: Presidente

A: J. O. S. E. P.

Veinte naves de guerra serán suficientes para poner en práctica el plan de Anvar. Afortunadamente, no es necesario armarlas todavía. Infórmeme semanalmente sobre

el progreso de la construcción.

K. R. V.

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Se han completado diecinueve naves. La vigésima está aún retrasada debido a defecto en el casco, y no estará a punto hasta dentro de por lo menos un mes.

Ranthe.

De: Presidente

A: J. O. S. E. P.

Bastarán diecinueve. Mañana repasaré con usted el plan de operaciones. ¿Está ya a punto el borrador de nuestra proclama?

K. R. V.

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Se incluye borrador:

¡Pueblo de la Tierra!

Nosotros, los habitantes del planeta que ustedes llaman Marte, hemos venido observando desde hace muchos años vuestros experimentos para resolver los viajes interplanetarios. *Tales experimentos deben cesar.* Nuestro estudio de vuestra raza nos ha convencido del hecho que ustedes no deben salir de vuestro planeta en el presente estado de vuestra civilización. Las naves que ahora ven flotando sobre vuestras ciudades, son capaces de destruirlas por completo, y lo harán a menos que suspendan vuestros intentos de cruzar el espacio.

Hemos instalado un observatorio en vuestra Luna, y podemos percibir inmediatamente cualquier violación de estas órdenes. Si obedecen, no volveremos a interferir con ustedes. De lo contrario, destruiremos una de vuestras ciudades cada vez que observemos que un cohete sale de la atmósfera de la Tierra.

Por orden del Presidente del Consejo de Marte.

Ranthe.

De: Presidente

A: J. O. S. E. P.

Aprobado. Precédase a la traducción.

Después de todo, no zarparé con la flota. Infórmeme detalladamente a su regreso.

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Tengo el honor de informarle del completo éxito de nuestra misión. El viaje a la Tierra transcurrió sin incidentes; los mensajes de radio del planeta indicaron que fuimos detectados a una distancia considerable, y que se produjo un gran revuelo ante nuestra llegada. Se dispersó la flota de acuerdo con lo planeado, y yo radié el ultimátum. Partimos inmediatamente, y no fuimos hostilizados en forma alguna.

Informaré detalladamente dentro de dos días.

Ranthe.

De: Secretario Consejo de Científicos

A: Presidente.

Los psicólogos han completado su informe, que incluimos:

Como era de esperar, al principio nuestras demandas enfurecieron a esa raza exaltada y testaruda. El golpe a su orgullo debió ser considerable, pues se creían ser los únicos seres inteligentes del Universo.

Sin embargo, al cabo de pocas semanas se produjo un cambio inesperado en el tono de sus manifestaciones. Habían comenzado a darse cuenta que interceptábamos todas sus emisiones de radio, y nos han dirigido directamente algunos mensajes. Dicen que están de acuerdo en prohibir toda clase de experimentos con cohetes, de acuerdo con nuestros deseos. Eso es tan inesperado como satisfactorio. Incluso si tratan de engañarnos, estamos perfectamente a salvo ahora que hemos establecido nuestra segunda estación justo fuera de la atmósfera. No pueden en modo alguno desarrollar naves espaciales sin que las veamos o percibamos su radiación de tubo.

De acuerdo a las instrucciones, se continuará vigilando estrictamente a la Tierra.

Trescon.

De: J. O. S. E. P.

A: Presidente.

Sí, es efectivamente cierto que no ha habido más experimentos con cohetes durante los últimos diez años. ¡Ciertamente, no esperábamos que la Tierra capitulase tan fácilmente!

Estoy de acuerdo en que la existencia de esa raza constituye ahora una amenaza permanente para nuestra civilización, y estamos verificando experimentos según las directrices que sugiere. El problema es difícil, debido al gran tamaño del planeta. Los explosivos serían totalmente inadecuados, y parece ser que nuestra mayor probabilidad de éxito sería alguna forma de veneno radiactivo.

Afortunadamente, ahora tenemos tiempo indefinido para contemplar esa investigación; le informaré regularmente.

Ranthe.

(Fin del documento)

De: Comandante Henry Forbes, Servicio de Información, Cuerpo Especial del Espacio.

A: Profesor S. Maxton, Departamento Filológico, Universidad de Oxford.

Ruta: Retransmisor II (vía Shenectady).

Los papeles que anteceden, junto con otros, fueron hallados en las ruinas de lo que se cree fue la principal ciudad marciana. (Red de Marte KL302895.) El uso frecuente del ideógrafo de «Tierra» sugiere que pueden ser de especial interés, y se confía en que puedan ser traducidos. Otros documentos seguirán en breve.

H. Forbes. Cte.

(Añadido en manuscrito)

Querido Max:

Siento no haber tenido tiempo de ponerme antes en contacto contigo. Te veré tan pronto como regrese a la Tierra.

¡Marte está hecho un desastre! Nuestras coordenadas eran absolutamente exactas, y las bombas se materializaron justo sobre sus ciudades, tal como habían predicho los chicos de Monte Wilson.

Enviamos mucho material por medio de las dos pequeñas máquinas, pero hasta que se materialice el gran transmisor, estamos algo restringidos, y, como es natural, ninguno de nosotros puede volver. ¡De modo que ya pueden apresurarse!

Me alegra que podamos volver a trabajar sobre cohetes. Quizá sea anticuado, pero, la verdad, es que esto de ser exprimido a través del espacio a la velocidad de la luz, no me acaba de gustar.

Tuyo, con prisa,

Henry.

HERENCIA

(Inheritance, 1948)

Quizás David tenga razón al decir que, cuando uno cae sobre África desde una altura de doscientos cincuenta kilómetros, un tobillo roto es cosa de poca importancia, pero no por eso deja de doler. Pero pretendió que lo que más le había molestado había sido la manera como nos habíamos precipitado hacia el desierto para ver lo que le había ocurrido al A.20, y no nos habíamos acercado a él hasta horas después.

—Sé lógico, David —había protestado Jimmy Langford—. Sabíamos que estabas bien porque el helicóptero de la base radió al recogerte. Pero el A.20 podía haberse perdido por completo.

—Solamente hay un A.20 —dije, tratando de arreglar las cosas—, pero pilotos de ensayos de cohetes, bueno, si no a docenas, tampoco están tan escasos.

David nos lanzó una furiosa mirada frunciendo sus tupidas cejas, y dijo algo en galés.

—La maldición del Druida —me dijo Jimmy—. Ahora en cualquier momento te convertirás en puerro o en un modelo de Stonehenge en plástico.

Como puede verse, estábamos aún algo atontados, y no hubiese sido del caso ponernos serios por un rato. Incluso los nervios de hierro de David debieron haber sufrido un golpe terrible, pero eso no obstante, parecía el más tranquilo de todos nosotros. No pude comprenderlo, entonces.

El A.20 había descendido a cincuenta kilómetros del punto de su lanzamiento. Habíamos seguido por radar toda su trayectoria, de modo que conocíamos su posición con una aproximación de pocos metros, si bien entonces no sabíamos que David había aterrizado diez kilómetros más al este.

La primera indicación del desastre había llegado setenta segundos después del despegue. El A.20 había alcanzado cincuenta kilómetros, e iba siguiendo la trayectoria corriente, con una aproximación de un cinco por ciento. Por lo que podía verse a simple vista, el trazo luminoso sobre la pantalla del radar apenas se había desviado del camino calculado. David marchaba a dos kilómetros por segundo; no mucho, pero todo cuanto el hombre había jamás conseguido hasta aquel momento. Y estaba a punto de desprenderse «Goliat».

El A.20 era un cohete de dos etapas. Tenía que serlo, pues utilizaba combustibles químicos. El componente superior, con su pequeña cabina, sus hojuelas aéreas plegadas y sus aletas, pesaba algo menos de veinte toneladas, cuando estaba totalmente cargado de combustible. Tenía que ser elevado por un propulsor inferior de doscientas toneladas, que lo debía llevar hasta cincuenta kilómetros de altura, después de lo cual el otro podía seguir tranquilamente por sus propios medios. La parte mayor

tenía entonces que caer en la Tierra con paracaídas; no pesaría mucho, una vez quemado su combustible. Entre tanto, la parte superior habría acelerado lo suficiente para alcanzar el nivel de los seiscientos kilómetros antes de caer en un vuelo planeado que podría llevar a David a dar media vuelta al mundo, si es que así lo deseaba.

No recuerdo quien llamó a los dos cohetes «David» y «Goliat», pero los nombres fueron inmediatamente aceptados. Eso de tener por allí a dos Davides, causaba mucha confusión, y no toda ella era accidental.

Pues bien, esa era la teoría, pero cuando observamos que la pequeña mancha verde de la pantalla se apartaba del curso previamente calculado, comprendimos que algo había salido mal. Y adivinamos lo que era.

A los cincuenta kilómetros la mancha se debía haber dividido en dos. El eco más brillante debía haberse continuado elevando como un proyectil libre, y luego debía caer sobre la Tierra. Pero el otro debió haber seguido acelerando, apartándose rápidamente del descartado propulsor.

Y no había habido separación. El vacío «Goliat» había rehusado liberarse y arrastraba a «David» hacia la Tierra, sin remedio, pues los motores de «David» no podían ser utilizados. Los escapes estaban bloqueados por la máquina inferior.

Vimos todo eso en unos diez segundos. Esperamos solamente lo suficiente para calcular la nueva trayectoria, subimos a uno de los helicópteros y partimos hacia el área del blanco.

Como es natural, todo lo que esperábamos encontrar era un montón de magnesio con trazas de haber sido arrollado por una apisonadora. Sabíamos que «Goliat» no podía expeler su paracaídas mientras tuviese encima a «David», ni «David» podía utilizar sus motores mientras «Goliat» estuviese agarrado a él por debajo. Recuerdo que me preguntaba cómo se lo iba a decir a Mavis, hasta que me di cuenta que debía haber estado escuchando la radio y lo sabría todo tan pronto como los demás.

Apenas si pudimos dar crédito a nuestros ojos cuando encontramos los dos cohetes aún juntos, yaciendo casi intactos bajo el gran paracaídas. No había señal alguna de David, pero pocos minutos después, la Base llamó para decir que había sido hallado. Los marcadores de la Estación Numero Dos habían captado el pequeño eco de su paracaídas, y habían enviado un helicóptero en su busca. Veinte minutos más tarde estaba en el hospital, pero nosotros nos quedamos en el desierto durante unas cuantas horas revisando las máquinas y tomando disposiciones para que las recogiesen.

Cuando finalmente regresamos a la Base, tuvimos el gusto de ver a nuestros más cordialmente odiados reporteros científicos entre la multitud que era contenida. Nos desentendimos de sus protestas, y seguimos hacia la sala del hospital.

El golpe, y luego el alivio, nos había dejado a todos sintiéndonos algo irresponsables, y quizá infantiles. Solamente David parecía no haber sido afectado; el

hecho que acababa de vivir una de las escapatorias más milagrosas de toda la historia humana no le había perturbado lo más mínimo. Allí estaba, sentado en la cama, pretendiendo molestarse por nuestras bromas, hasta que nos hubimos calmado.

—Y bien —dijo finalmente Jimmy—. ¿Qué es lo que falló?

—Eso tienen que encontrarlo ustedes —replicó David—. «Goliat» marchó como un sueño hasta el momento de cortar el combustible. Esperé entonces la pausa de cinco segundos antes que los cerrojos explosivos detonasen, y los muelles le soltasen, pero no sucedió nada. Por lo tanto, golpeé la suelta de emergencia. Las luces bajaron, pero la sacudida que esperaba no se produjo. La intenté un par de veces más, pero ya sabía que era inútil. Adiviné que se había producido un cortocircuito en el detonador, y que la potencia se iba a tierra.

»Bueno; hice algunos rápidos cálculos basándome en los mapas de vuelo y en las tablas de la cabina. A mi actual velocidad continuaría elevándome otros doscientos kilómetros y alcanzaría el apogeo de mi trayectoria en unos tres minutos. Y entonces comenzaría mi caída de doscientos cincuenta kilómetros, y cuatro minutos más tarde haría un precioso agujero en el desierto. En total, parecía que me quedaban sus buenos siete minutos de vida, prescindiendo de la resistencia del aire, según vuestra frase favorita. Eso podría añadir un par de minutos más a mi posible vida.

»Sabía que no podía sacar el gran paracaídas, y las alas de «David» serían inútiles con las cuarenta toneladas de «Goliat» atadas a su cola. Había gastado dos de mis siete minutos antes de haber decidido lo que debía hacer.

»Fue una gran cosa que les hiciese ensanchar aquella esclusa de aire. Incluso así, tuve que estrujarme para pasar a través de ella en mi traje espacial. Amarré el extremo de la cuerda de seguridad a una palanca de cierre y me arrastré a lo largo del casco hasta que llegué a la unión de las dos partes.

»El compartimiento del paracaídas no podía ser abierto desde el exterior, pero había llevado conmigo el hacha de emergencia de la cabina del piloto. No tardé mucho en atravesar la capa de magnesio; una vez perforada, casi la pude desgarrar con las manos. Unos cuantos segundos más tarde había ya soltado el paracaídas. La seda flotó alrededor mío, sin objeto alguno; a aquella velocidad, había esperado encontrar algún vestigio de resistencia de aire, pero no era así en absoluto. El dosel se quedaba donde se le dejaba. Me quedaba la esperanza que cuando volviésemos a entrar en la atmósfera, el paracaídas se abriría sin enredarse con el cohete.

»Me pareció que tenía bastantes probabilidades de salirme con la mía. El peso adicional de «David» aumentaría la carga del paracaídas en menos de un veinte por ciento, pero podía ocurrir que los tirantes rozasen contra el roto metal y se desgastasen antes que pudiese llegar a la Tierra. Además, el dosel quedaría deformado cuando se abriese, debido a la longitud desigual de las cuerdas, pero no había nada que pudiese hacer para evitarlo.

»Cuando hube terminado, miré en derredor mío por primera vez. No podía ver muy bien, pues el sudor había empañado el cristal de mi traje. (Convendría que alguien se ocupe de eso, puede ser peligroso). Me estaba elevando todavía, aunque ahora muy lentamente. Hacia el noreste podía ver toda Sicilia y algo de la tierra de Italia; más al sur podía seguir la costa de Libia hasta Bengazi. Bajo mí estaba todo el país sobre el cual Alexander, Montgomery y Rommel habían luchado cuando yo era niño. Parecía extraño que se hubiese armado tanto ruido sobre aquello.

»No me quedé mucho rato, pues al cabo de tres minutos estaría entrando en la atmósfera. Eché una última ojeada al flácido paracaídas, enderecé algunos de los tirantes y volví a meterme en la cabina. Luego arrojé el combustible de «David», primero el oxígeno y luego, tan pronto como hubo tenido tiempo de dispersarse, el alcohol.

»Aquellos tres minutos parecieron terriblemente largos. Estaba un poco por encima de veinticinco kilómetros cuando oí el primer sonido. Era un silbido muy agudo, tan débil que apenas si podía oírlo. Al mirar a través de las lucernas, vi que los tirantes del paracaídas se iban tensando, y el dosel comenzaba a hincharse por encima de mí. Al mismo tiempo sentí que retornaba el peso, y comprendí que el proyectil comenzaba a desacelerar.

»El cálculo no era demasiado alentador. Había caído libremente más de doscientos kilómetros, y si me debía detener a tiempo necesitaba una desaceleración *media* de diez gravedades. Los puntos álgidos podrían ser el doble de eso, pero antes de ahora, y en causa de menor importancia, había aguantado quince *g*. De modo que me di una inyección doble de dinocaína y desplacé los soportes de mi asiento. Recuerdo que me pregunté si debía soltar las pequeñas alas de «David», pero pensé que de nada serviría. Y después debía perder el conocimiento.

»Cuando lo recobré de nuevo, hacía mucho calor, y tenía un peso normal. Me sentía rígido y dolorido, y para complicar las cosas, la cabina estaba oscilando violentamente. Miré a babor, y vi que el desierto estaba peligrosamente cerca. El gran paracaídas había cumplido su misión, pero me imaginé que el impacto iba a ser demasiado violento para que resultase agradable. Y así fue que salté.

»Por lo que me dicen, hubiese hecho mejor quedándome en la nave. Pero supongo que no puedo quejarme.

Seguimos un rato sentados en silencio. Luego Jimmy observó descuidadamente:

—El acelerómetro indica que llegaste a las veintiuna gravedades en la bajada, aunque solamente fue durante tres segundos. La mayor parte del tiempo fue entre doce y quince.

David pareció no enterarse, y al cabo de un momento dije yo:

—Bueno, no podemos seguir haciendo esperar a los reporteros mucho más. ¿Tienes ganas de verles?

David vaciló.

—No —respondió—. Ahora no.

Leyó en nuestras caras, y movió violentamente la cabeza.

—No —dijo enfáticamente—, no es eso, ni mucho menos. Estaría dispuesto a partir de nuevo ahora mismo. Pero tengo ganas de descansar y pensar un poco.

Su voz bajó algo, y cuando habló nuevamente fue para revelar al verdadero David tras la perpetua máscara del extravertido.

—Ustedes creen que no tengo nervios —dijo—, y que me arriesgo sin preocuparme por las consecuencias. Pues bien, eso no es del todo cierto, y quisiera que supiesen por qué. Nunca se lo he dicho a nadie antes, ni siquiera a Mavis.

»Ya saben que no soy supersticioso —comenzó, como excusándose—, pero la mayoría de los materialistas hacen ciertas reservas, incluso si no las admiten.

»Hace muchos años tuve un sueño particularmente vívido. Por sí solo no hubiese significado mucho, pero más tarde descubrí que otros dos hombres habían descrito unas experiencias semejantes. Una de ellas deben haberla leído, pues fue la de J. W. Dunne.

»En su primer libro, *Un Experimento con el Tiempo*, Dunne describió como una vez soñó que estaba sentado en los mandos de una curiosa máquina voladora de alas recogidas hacia atrás, y años después aquella percepción se hizo realidad cuando estaba ensayando su avión de estabilidad inherente. Recordando mi propio sueño, que había tenido *antes* de leer el libro de Dunne, éste me impresionó considerablemente. Pero el segundo incidente me pareció aún más notable.

»Ya han oído hablar de Igor Sikorsky; diseñó algunos de los primeros hidroplanos comerciales para largas distancias se llamaban «Clípers». En su autobiografía *La historia del S Volador*, nos cuenta cómo tuvo un sueño muy semejante al de Dunne.

»Caminaba a través de un pasillo de puertas que se abrían a ambos lados, y con luces eléctricas en lo alto. Bajo sus pies se percibía una leve vibración, y por la razón que fuese, se dio cuenta que estaba en una máquina voladora. Y sin embargo, entonces no había aeroplanos en el mundo, y pocas personas creían que los habría jamás.

»El sueño de Sikorsky, como el de Dunne, se hizo realidad muchos años más tarde. Estaba en el vuelo inaugural de su primer Clíper cuando se encontró caminando a lo largo de aquel conocido pasillo.

David se rió, un poco tímidamente.

—Ya se han podido imaginar de qué trataba mi sueño —continuó—. Y recuerden que no me hubiese dejado una impresión permanente si no me hubiese encontrado con aquellos casos análogos.

»Me encontraba en una pequeña habitación desnuda, sin ventanas. Había conmigo otros dos hombres, y todos llevábamos lo que yo entonces creía eran trajes

de buzo. Había frente a mí un curioso tablero de mandos, que llevaba incorporada una pantalla circular. En aquella pantalla había una imagen, pero no significó nada para mí, y ahora no puedo recordarla, aunque he procurado hacerlo muchas veces desde entonces. Todo lo que recuerdo es que me volví hacia los otros dos hombres y dije: “Faltan cinco minutos, muchachos”, si bien no estoy seguro que esas fuesen las palabras exactas. Y entonces, naturalmente, me desperté.

»Aquel sueño me ha perseguido desde que me hice piloto de pruebas. No, perseguido no es la palabra exacta; me ha dado la confianza que en último término todo saldrá bien, por lo menos hasta que me encuentre en aquella cabina con aquellos dos hombres. Lo que sucede después, lo ignoro. Pero ahora ya podrán comprender por qué me sentí a salvo cuando descendí en el A.20, y cuando aterricé de golpe con el A. 15 junto a Pantelaria.

»De modo que, ahora, ya lo saben. Pueden reírse si quieren; a veces yo mismo me río. Pero incluso si es solamente una ilusión, aquel sueño ha dado una seguridad a mi subconsciente que me ha sido muy útil.

No nos reímos, y Jimmy dijo al cabo de un momento:

—Aquellos otros dos hombres, ¿no los reconociste?

David pareció dudar.

—No he acabado nunca de decidirme —contestó—. Recuerden que llevaban trajes espaciales, y que no podía verles bien las caras. Pero uno de ellos se parecía bastante a ti, si bien tenía aspecto de ser bastante mayor de lo que eres ahora. Y siento decirte que tú no estabas allí, Arthur.

—Me alegro de saberlo —dije—. Como ya te he dicho antes, tengo que quedarme para explicar lo que vaya mal. Me contento con esperar hasta que comience el servicio de pasajeros.

Jimmy se levantó.

—Bien, David —dijo—. Voy a ocuparme de los de fuera. Ahora duerme un poco, con sueños o sin ellos. Y, de paso, el A.20 estará nuevamente a punto dentro de una semana. Creo que será el último de los cohetes químicos; dicen que la propulsión atómica está casi a punto para nosotros.

* * *

No volvimos a hablar nunca más del sueño de David, pero creo que estuvo a menudo presente en nuestras mentes. Tres meses más tarde llegó el A.20 a seiscientos ochenta kilómetros, record que no será nunca batido por máquinas de aquel tipo, puesto que ya nadie volverá nunca más a construir un cohete químico. El aterrizaje sin incidentes de David en el Valle del Nilo, marcó el fin de la época.

Pasaron tres años antes que estuviese a punto el A.21. Parecía muy pequeño

comparado con sus gigantescos predecesores, y resultaba difícil creer que era lo más cercano a una nave espacial que el hombre había jamás construido. Esta vez el despegue era desde el nivel del mar, y las Montañas del Atlas, que habían presenciado el comienzo de nuestros primeros disparos, no eran ahora sino el distante telón de fondo de nuestra escena.

Para aquel entonces, Jimmy y yo habíamos llegado a compartir la confianza de David en su propio destino. Recuerdo las últimas palabras de Jimmy al cerrarse la esclusa de aire:

—Ahora ya no tardaremos mucho, David, en construir aquella nave para tres hombres.

Y yo sabía que bromeaba solamente a medias.

Vimos como el A.21 trepaba lentamente hacia el cielo, describiendo círculos de creciente anchura, en forma diferente a todos los cohetes que el mundo había conocido hasta entonces. No había necesidad de preocuparse por la pérdida gravitacional, ahora que teníamos una fuente de suministro de combustible incorporada a la máquina, y David no tenía prisa. La máquina se movía aún con bastante lentitud cuando la perdí de vista, y me dirigí a la sala de observación.

Cuando llegué allí la señal estaba precisamente desvaneciéndose, y la detonación llegó a mis oídos un poco más tarde. Y aquello fue el fin de David y de sus sueños.

Lo siguiente que recuerdo de aquel período, es volar a lo largo del Valle de Conway en el helicóptero de Jimmy, con Snowden que resplandecía a distancia, y a nuestra derecha. Nunca habíamos estado en casa de David, y no nos tentaba mucho la visita. Pero era lo menos que podíamos hacer.

Mientras las montañas se deslizaban bajo nosotros, hablamos sobre el futuro repentinamente oscurecido, y nos preguntábamos qué era lo siguiente que íbamos a hacer. Aparte del sentimiento personal por la pérdida, comenzábamos a darnos cuenta de hasta qué punto habíamos llegado a compartir la confianza de David. Y ahora aquella confianza había sido destruida.

Nos preguntábamos qué haría Mavis, y discutíamos el futuro del muchacho. Debía ahora tener quince años, pero yo no lo había visto desde hacía muchos años, y Jimmy no lo conocía. Según su padre, sería un arquitecto, y prometía mucho.

Mavis estaba tranquila y dueña de sí misma, si bien me pareció mucho más vieja que la última vez que la había visto. Durante un rato hablamos de asuntos, y del arreglo de los bienes de David, aunque nunca había sido yo albacea.

Habíamos justamente comenzado a discutir sobre el muchacho, cuando oímos que se abría la puerta delantera, y que entraba en la casa. Mavis le llamó, y sus pisadas resonaron lentamente a lo largo del pasillo. Comprendimos que no tenía ganas de vernos, y sus ojos estaban aún enrojecidos cuando entró en la habitación.

Me había olvidado de lo mucho que se parecía a su padre.

—Hola, David —dije.

Pero no me miró a mí. Estaba contemplando a Jimmy con la expresión perpleja de la persona que ha visto a alguien antes, pero que no puede recordar donde.

Y repentinamente supe que el joven David no sería nunca un arquitecto.

EL CENTINELA

(*The Sentinel*, 1951)

La próxima vez que vean la luna llena allá en lo alto, por el sur, miren cuidadosamente al borde derecho, y dejen que vuestra mirada se deslice a lo largo y hacia arriba de la curva del disco. Alrededor de las 2 del reloj, notarán un óvalo pequeño y oscuro; cualquiera que tenga una vista normal puede encontrarlo fácilmente. Es la gran llanura circundada de murallas, una de las más hermosas de la Luna, llamada *Mare Crisium*, Mar de las Crisis. De unos quinientos kilómetros de diámetro, y casi completamente rodeada de un anillo de espléndidas montañas, no había sido nunca explorada hasta que entramos en ella a finales del verano de 1966.

Nuestra expedición era importante. Teníamos dos cargueros pesados que habían llevado en vuelo nuestros suministros y equipo desde la principal base lunar de *Mare Serenitatis*, a ochocientos kilómetros de distancia. Había también tres pequeños cohetes destinados al transporte a corta distancia por regiones que no podían ser cruzadas por nuestros vehículos de superficie. Afortunadamente la mayor parte del *Mare Crisium* es muy llana. No hay ninguna de las grandes grietas tan corrientes y tan peligrosas en otras partes, y muy pocos cráteres o montañas de tamaño apreciable. Por lo que podíamos juzgar, nuestros poderosos tractores oruga no tendrían dificultad en llevarnos a donde quisiésemos.

Yo era geólogo —o selenólogo, si queremos ser pedantes— al mando de un grupo que exploraba la región meridional del *Mare*. En una semana habíamos cruzado cien de sus millas, bordeando las faldas de las montañas de lo que había antes sido el antiguo mar, hace unos mil millones de años. Cuando la vida comenzaba sobre la Tierra, estaba ya muriendo aquí. Las aguas se iban retirando a lo largo de aquellos fantásticos acantilados, retirándose hacia el vacío corazón de la Luna. Sobre la tierra que estábamos cruzando, el océano sin mareas había tenido en otros tiempos casi un kilómetro de profundidad, pero ahora el único vestigio de humedad era la escarcha que a veces se podía encontrar en cuevas donde la ardiente luz del sol no penetraba nunca.

Habíamos comenzado nuestro viaje temprano en la lenta aurora lunar, y nos quedaba aún una semana de tiempo terrestre antes del anochecer. Dejábamos nuestro vehículo una media docena de veces al día, y salíamos al exterior en los trajes espaciales para buscar minerales interesantes, o colocar indicaciones para guía de futuros viajeros. Era una rutina sin incidentes. No hay nada peligroso, ni siquiera especialmente emocionante en la exploración lunar. Podíamos vivir cómodamente durante un mes dentro de nuestros tractores a presión, y si nos encontrábamos con dificultades siempre podíamos pedir auxilio por radio y esperar a que una de nuestras

naves espaciales viniese a buscarnos. Cuando eso ocurría se armaba siempre un gran alboroto sobre el malgasto de combustible para el cohete, de modo que un tractor solamente enviaba un SOS en caso de verdadera necesidad.

Acabo de decir que no había nada estimulante en la exploración lunar, pero, naturalmente, eso no es cierto. Uno no podía nunca cansarse de aquellas increíbles montañas, mucho más abruptas que las suaves colinas de la Tierra. Cuando doblábamos los cabos y promontorios de aquel desaparecido mar, no sabíamos nunca qué esplendores nos iban a ser revelados. Toda la curva sur del *Mare Crisium* es un vasto delta donde veinte ríos iban antes al encuentro del océano, alimentados quizá por las torrenciales lluvias que debieron haber batido las montañas en la breve época volcánica cuando la Luna era joven. Cada uno de aquellos valles era una invitación, retándonos a trepar a las desconocidas tierras altas de más allá. Pero aún nos quedaban más de cien kilómetros por recorrer, y no podíamos hacer otra cosa sino contemplar con nostalgia las alturas que otros deberían escalar.

A bordo del tractor seguíamos la hora terrestre, y exactamente a las 22.00 enviábamos el mensaje final por radio, y cerrábamos para el resto del día. Fuera, las rocas ardían todavía bajo el sol casi vertical, pero para nosotros era de noche hasta que nos despertábamos ocho horas más tarde. Entonces uno de nosotros preparaba el desayuno, se oía mucho zumbar de máquinas de afeitar eléctricas, y alguien siempre ponía en marcha la radio de onda corta de la Tierra. En realidad, cuando el olor del tocino frito comenzaba a llenar la cabina, era a veces difícil no creer que estábamos de regreso en nuestro propio mundo, todo era tan normal y casero, excepto por la sensación de poco peso y por la extraña lentitud con que caían los objetos.

Me tocaba a mí preparar el desayuno en el rincón de la cabina principal que servía de cocina. Después de tantos años, recuerdo aún vívidamente aquel instante, pues la radio acababa de tocar una de mis melodías favoritas, el viejo aire galés, *David de la Roca Blanca*. Nuestro conductor estaba ya fuera en su traje espacial, inspeccionando nuestras bandas oruga. Mi ayudante, Louis Garnett, estaba de pie delante, haciendo algunas anotaciones en el diario de a bordo del día anterior.

Mientras estaba de pie junto a la sartén, esperando, como cualquier ama de casa terrestre, que las salchichas se dorasen, dejé que mi mirada se pasease distraídamente por las paredes de la montaña que cubría todo el horizonte meridional, extendiéndose hasta perderse de vista hacia el este y el oeste, por debajo de la curva de la Luna. Parecían estar a unos dos kilómetros del tractor, pero sabía que la más cercana estaba a treinta kilómetros de distancia. En la Luna, como es natural, no hay pérdida de detalle con la distancia, nada de aquella neblina casi imperceptible que suaviza las cosas distantes de la Tierra.

Aquellas montañas tenían tres mil metros de altura, y se erguían abruptamente desde la llanura, como si en edades pasadas alguna erupción subterránea las hubiese

empujado hasta el cielo a través de la fundida corteza. La base de incluso la más cercana, estaba oculta de la vista por la pronunciada curvatura de la superficie del llano, pues la Luna es un mundo muy pequeño, y el horizonte estaba a solamente tres kilómetros del punto en donde me hallaba.

Alcé los ojos hacia las cumbres que ningún hombre había escalado aún, cumbres que, antes de llegar la vida a la Tierra, habían contemplado cómo los océanos en retirada se hundían sombríamente en sus tumbas, llevándose con ellos la esperanza y la temprana promesa de un mundo. La luz del sol batía aquellos baluartes con un resplandor que hería los ojos, y sin embargo, muy poco por encima de ellos las estrellas brillaban fijamente en un cielo más negro que el de una noche de invierno en la Tierra.

Apartaba yo la mirada cuando capté un brillo metálico en lo alto de una arista de un gran promontorio que se proyectaba hacia el mar, a unos cincuenta kilómetros hacia el oeste. Era un punto de luz sin dimensiones, como si una estrella hubiese sido arrancada al cielo por una de aquellas crueles cumbres, y me imaginé que alguna superficie lisa de roca recogía el resplandor del sol y lo reflejaba directamente hacia mis ojos. Tales cosas no son raras. Cuando la Luna está en el segundo cuadrante, los observadores en la Tierra pueden ver a veces cómo las grandes cordilleras del *Oceanus Procellarum* arden con una iridiscencia azul-blanca, al incidir sobre ellas la luz del sol y saltar de un mundo a otro. Pero tuve la curiosidad de saber qué clase de roca era la que tanto brillaba, y subí a la torrecilla de observación e hice girar hacia el este nuestro telescopio de diez centímetros.

Pude ver lo suficiente para ser tentado. Claros y bien definidos en el campo visual, las cumbres de las montañas parecían estar a solamente un kilómetro, pero lo que fuera que captaba la luz del sol era aún demasiado pequeño para ser resuelto con detalle. Y sin embargo, parecía tener una elusiva simetría, y la cumbre sobre la que se elevaba era extrañamente plana. Contemplé largo rato aquel resplandeciente enigma, forzando mis ojos hacia el espacio, hasta que un olor de quemado procedente de la cocina me indicó que las salchichas de nuestro desayuno habían hecho en vano su viaje de más de un millón de kilómetros.

Toda aquella mañana discutimos durante nuestra marcha a través del *Mare Crisium*, mientras las montañas occidentales se iban elevando hacia el cielo. Incluso cuando estábamos buscando minerales en nuestros trajes espaciales, continuamos la discusión por la radio. Mis compañeros sostenían que era absolutamente cierto que no había habido nunca ninguna forma de vida inteligente en la Luna. Los únicos seres vivientes que habían alguna vez existido allí, eran unas cuantas plantas primitivas y sus antepasados algo menos degenerados. Lo sabía tan bien como cualquier otro, pero hay ocasiones en que un científico no debe temer hacer el ridículo.

—Escúchenme —dije al fin—, voy a subir allá arriba, aunque solamente sea para

tranquilidad de mi conciencia. Aquella montaña tiene menos de cuatro mil metros de altura —es decir, solamente setecientos para la gravedad de la Tierra— y puedo hacer el recorrido en veinte horas a lo sumo. En todo caso, siempre he tenido ganas de subir a aquellas cumbres, y esto me proporciona una excelente excusa.

—Si no te rompes la cabeza —dijo Garnett—, serás el hazmerreír de la expedición cuando volvamos a la Base. Desde ahora en adelante aquella montaña probablemente se llamará «La Locura de Wilson».

—No me romperé la cabeza —dije firmemente—. ¿Quién fue el primero en ascender a Pico y a Helicon?

—¿Pero no eras bastante más joven en aquellos tiempos? —preguntó suavemente Louis.

—Eso —dije con gran dignidad— es otra razón más para ir.

Aquella noche nos acostamos temprano, después de conducir el tractor hasta un kilómetro del promontorio. Garnett iba a venir conmigo a la mañana siguiente; era un buen alpinista, y me había acompañado con frecuencia en tales hazañas. Nuestro conductor estaba más que satisfecho con quedarse a cargo de la máquina.

A primera vista, aquellos acantilados parecían completamente inaccesibles, pero para cualquiera que tenga la cabeza firme, es fácil trepar en un mundo en donde todos los pesos son solamente el sexto de su valor normal. El verdadero peligro del alpinismo lunar estriba en un exceso de confianza; una caída de cien metros en la Luna puede matar con tanta seguridad como una de veinte en la Tierra.

Hicimos nuestra primera parada sobre una repisa a unos mil metros sobre el llano. La ascensión no había sido muy difícil, pero mis miembros estaban algo rígidos por el desacostumbrado esfuerzo, y me alegré del descanso. Podíamos todavía ver al tractor como si fuese un pequeño insecto metálico allá a lo lejos, al pie del acantilado, e informamos al conductor sobre la marcha de nuestra ascensión antes de partir de nuevo.

De hora en hora nuestro horizonte se fue ensanchando, y una porción cada vez mayor de la llanura se fue haciendo visible. Podíamos ahora ver hasta ochenta kilómetros a través del *Mare*, incluso las cumbres de las montañas de la costa opuesta, a más de ciento sesenta kilómetros. Pocas llanuras lunares son tan planas como el *Mare Crisium*, y hasta podíamos imaginarnos que había un mar de agua y no de roca a tres kilómetros por debajo de nosotros. Solamente un grupo de agujeros de cráteres hacia el final del horizonte estropeaba la ilusión.

Nuestro objetivo seguía invisible sobre la arista de la montaña, y nos orientábamos por medio de mapas empleando la Tierra como guía. Casi exactamente al este de nosotros, aquel gran creciente de plata pendía bajo sobre la llanura, ya muy en su primer cuadrante. El sol y las estrellas seguirían su lenta marcha a través del cielo y acabarían por desaparecer de la vista, pero la Tierra siempre estaría allí, sin

moverse nunca de su lugar fijo, creciendo y menguando a medida que iban pasando los años y las estaciones. Dentro de diez días sería un disco cegador que bañaría aquellas rocas con su resplandor de medianoche, cincuenta veces más brillante que la luna llena. Pero teníamos que salir de las montañas mucho antes de la noche, o nos quedaríamos en ellas para siempre.

En el interior de nuestros trajes estábamos confortablemente frescos, pues las unidades de refrigeración combatían al feroz sol y extraían el calor corporal de nuestros esfuerzos. Rara vez nos hablábamos, salvo para comunicarnos instrucciones de escalada, y para discutir nuestro mejor plan de ascensión. No sé lo que pensaba Garnett, probablemente que aquella era la aventura más descabellada en que se había metido en su vida. Yo casi estaba de acuerdo con él, pero el gozo de la ascensión, el saber que ningún hombre había pasado antes por allí y la sensación vivificadora ante el paisaje que se ensanchaba, me proporcionaba toda la recompensa que necesitaba.

No creo haberme sentido especialmente agitado cuando vi frente a nosotros la pared de roca que había antes inspeccionado a través del telescopio desde una distancia de cincuenta kilómetros. Se hacía llana a unos veinte metros sobre nuestras cabezas, y allí, sobre la meseta, estaba lo que me había atraído a través de todos aquellos desolados yermos. Casi con seguridad no sería sino una roca astillada hacía siglos por un meteoro en su caída, con sus planos de escisión nuevos y brillantes en aquel incorruptible e inalterable silencio.

No había en la roca dónde asirse con las manos, y tuvimos que emplear un pitón. Mis cansados brazos parecieron recobrar nuevas fuerzas cuando hice girar sobre mi cabeza el ancla metálica de tres dientes y la lancé en dirección a las estrellas. La primera vez no agarró, y volvió cayendo lentamente cuando tiramos de la cuerda. Al tercer intento los tres dientes se fijaron fuertemente, y no pudimos arrancarlos aunando nuestros esfuerzos.

Garnett me miró ansiosamente. Comprendí que quería ir primero, pero le sonreí desde detrás del vidrio de mi casco, y denegué con la cabeza. Lentamente, sin apresurarme, comencé la ascensión final.

Incluso contando mi traje espacial, aquí solamente pesaba unos veinte kilos, de modo que me icé con las manos, sin preocuparme de utilizar los pies. Al llegar al borde me detuve y saludé a mi compañero, luego acabé de subir y me alcé, mirando frente a mí.

Deben comprender que hasta aquel momento había estado casi convencido que no podía encontrar allí nada extraño ni desacostumbrado. Casi, pero no del todo; había sido precisamente aquella duda llena de misterio la que me había impulsado hacia adelante. Pues bien, no era ya una duda, pero el misterio apenas había comenzado.

Me encontraba ahora sobre una meseta que tendría quizá unos treinta metros de ancho. Había sido lisa en un tiempo —demasiado lisa para ser natural—, pero los

meteoros en su cara habían marcado y perforado su superficie en el transcurso de incontables inmensidades de tiempo. Había sido aplanada para soportar una estructura aproximadamente piramidal, de una altura doble de la de un hombre, engastada en la roca.

Probablemente ninguna emoción llenó mi mente durante aquellos primeros segundos. Luego sentí una inmensa euforia, y una alegría extraña e inexplicable. Pues yo amaba a la Luna, y ahora sabía que el musgo rastreado de Aristarco y Eratóstenes no era la única vida que había soportado en su juventud. El viejo y desacreditado sueño de los primeros exploradores era cierto. Al fin y al cabo, había habido una civilización lunar, y yo era el primero en encontrarla. El hecho que había llegado quizá cien millones de años demasiado tarde, no me perturbaba; era suficiente haber llegado.

Mi mente comenzaba a funcionar normalmente, a analizar y a formular preguntas. ¿Era eso un edificio, un santuario o algo para lo cual mi lenguaje carecía de palabra? Si un edificio, ¿entonces por qué había sido erigido en lugar tan inaccesible? Me preguntaba si podría haber sido un templo, y me imaginaba a los adeptos de algún extraño sacerdocio clamando a sus dioses que les salvaran, mientras la vida de la Luna refluía con los agonizantes océanos; ¡clamando en vano!

Adelanté una docena de pasos para examinar más de cerca aquello, pero un cierto instinto de precaución me impidió acercarme demasiado. Sabía algo de arqueología, e intenté adivinar el nivel cultural de la civilización que había alisado aquella montaña, y levantado aquellas brillantes superficies especulares que deslumbraban aún mis ojos.

Los egipcios pudieron haberlo hecho, pensé, si sus trabajadores hubiesen poseído los extraños materiales que esos arquitectos, mucho más antiguos, habían empleado. Debido al pequeño tamaño de aquel objeto, no se me ocurrió pensar que quizá estaba contemplando la obra de una raza más adelantada que la mía. La idea que la Luna había poseído alguna inteligencia era aún demasiado inusitada para ser asimilada, y mi orgullo no me permitía dar el último y humillante salto.

Y entonces observé algo que me produjo un escalofrío por el cuero cabelludo y la espina dorsal, algo tan trivial e inocente que muchos ni siquiera lo hubiesen notado. Ya he dicho que la meseta presentaba cicatrices de meteoros; estaba también cubierta por algunos centímetros del polvo cósmico que está siempre filtrándose sobre la superficie de todos los mundos donde no hay vientos que lo perturben. Y sin embargo, el polvo y las marcas de los meteoros terminaban abruptamente en un círculo que incluía a la pequeña pirámide, como si una barrera invisible la protegiese de los estragos del tiempo y del lento pero incesante bombardeo del espacio.

Algo gritaba en mis auriculares, y me di cuenta que Garnett me había estado llamando desde hacía algún tiempo. Me dirigí vacilante hasta el borde del acantilado,

y le señalé para que viniese a unirse conmigo pues no osaba hablar. Luego volví al círculo señalado sobre el polvo. Recogí un fragmento de roca y lo arrojé suavemente hacia el brillante enigma. No me hubiese sorprendido si el guijarro hubiese desaparecido en aquella barrera invisible, pero pareció tocar una superficie lisa, hemisférica, y resbalar suavemente hasta el suelo.

Supe entonces que estaba contemplando algo que no tenía equivalente en la antigüedad de mi propia raza. Aquello no era un edificio, sino una máquina, que se protegía con fuerzas que habían desafiado a la eternidad. Aquellas fuerzas, cualesquiera que fuesen, operaban aún, y quizá me había acercado ya demasiado. Pensé en todas las radiaciones que el hombre había capturado y dominado durante el pasado siglo. Podía muy bien ser que estuviese ya tan irrevocablemente condenado como si hubiese entrado en el aura silenciosa y mortífera de una pila atómica sin protección.

Recuerdo que entonces me volví hacia Garnett, quien se me había reunido y estaba de pie e inmóvil a mi lado. Parecía haberse olvidado de mí, de modo que no le perturbé, sino que me dirigí hacia el borde del acantilado, esforzándome por ordenar mis pensamientos. Allá abajo estaba el *Mare Crisium*, extraño y misterioso para la mayoría de los hombres, pero tranquilizadamente familiar para mí. Levanté los ojos hacia la media Tierra, yacente en su cuna de estrellas, y me pregunté qué habrían cubierto sus nubes cuando esos desconocidos constructores habían terminado su trabajo. ¿Era la jungla llena de vapores del Carbonífero, la desolada costa sobre la cual debían trepar los primeros anfibios para conquistar la Tierra, o, antes aún, la larga soledad precursora de la llegada de la vida?

No me pregunten por qué no adiviné antes la verdad, la verdad que ahora parece tan obvia. En la primera exaltación de mi descubrimiento había asumido sin titubear que aquella aparición cristalina había sido construida por alguna raza perteneciente al remoto pasado de la Luna, pero de repente y con avasalladora fuerza, se hizo en mí la certeza que esta era tan extranjera a la Luna como yo mismo.

En veinte años no habíamos encontrado otros vestigios de vida sino unas cuantas plantas degeneradas. Ninguna civilización lunar, cualquiera que hubiese sido su fin, podía haber dejado no más que un solo testimonio de su existencia.

Miré nuevamente a la brillante pirámide, y me pareció aún más remota que todo lo que se relacionaba con la Luna. Y de repente sentí que me estremecía con una risa alocada e histérica, ocasionada por la exaltación y el exceso de fatiga; pues me había imaginado que la pequeña pirámide me hablaba diciéndome: «Lo siento, pero yo tampoco soy de aquí».

Hemos tardado veinte años en quebrantar aquella invisible coraza y en llegar a la máquina del interior de aquellas paredes de cristal. Lo que no podíamos comprender, lo rompimos al fin con la salvaje fuerza de la energía atómica, y ahora he visto los fragmentos de aquella hermosa y resplandeciente cosa que encontré en la montaña.

Carecen de sentido. Los mecanismos —si es que en realidad son mecanismos— de la pirámide, pertenecen a una tecnología que se encuentra mucho más allá de nuestro horizonte, quizá a la tecnología de las fuerzas parafísicas.

El misterio nos obsesiona tanto más ahora que los otros planetas han sido alcanzados, y que sabemos que solamente la Tierra ha sido el hogar de la vida inteligente. Ni tampoco ninguna civilización perdida de nuestro propio mundo pudo nunca haber construido aquella máquina, pues el espesor del polvo meteórico sobre la meseta nos ha permitido calcular su edad. Estaba ya allí, sobre su montaña, antes que la vida hubiese emergido de los mares de la Tierra.

Cuando nuestro mundo tenía la mitad de su presente edad, *algo* procedente de las estrellas pasó a través del Sistema Solar, dejó aquella señal de su paso, y prosiguió su camino. Hasta que la destruimos, aquella máquina seguía cumpliendo la misión de sus constructores; y en cuanto a esa misión, he aquí lo que yo presumo:

Hay cerca de cien mil millones de estrellas en el círculo de la Vía Láctea, y hace mucho tiempo que otras razas en los mundos de otros soles deben haber alcanzado y superado las alturas que nosotros hemos alcanzado. Piensen en tales civilizaciones, lejanas en el tiempo, en el resplandor mortecino que siguió a la Creación, dueñas de un Universo tan joven que la vida había llegado solamente a un puñado de mundos. De ellas hubiese sido una soledad que no podemos imaginarnos, la soledad de dioses que buscan a través del infinito, y que no encuentran a nadie con quien compartir sus pensamientos.

Debieron haber estado buscando por los racimos de estrellas del modo que nosotros rebuscamos por entre los planetas. Debía haber mundos por todas partes, pero debían estar vacíos, o poblados de cosas rastreras y sin mente. Tal era nuestra propia Tierra, con el humo de sus grandes volcanes que manchaba aún su cielo, cuando aquella primera nave de los pueblos de la aurora llegó desde los abismos de más allá de Plutón. Pasó los helados mundos externos, sabiendo que la vida no podría desempeñar parte alguna en sus destinos. Se detuvo entre los planetas interiores, calentándose al calor del Sol y esperando a que comenzasen sus historias.

Aquellos vagabundos debieron haber contemplado la Tierra, que giraba en la estrecha zona entre el hielo y el fuego, y debieron adivinar que era el favorito entre los hijos del Sol. Aquí habría inteligencia; pero tenían incontables estrellas delante de sí, y quizá nunca más volviesen por aquí.

Y así fue que dejaron un centinela, uno de los millones que han dispersado por todo el universo, para que vigilen los mundos con promesa de vida. Era un faro que a través de las edades ha venido señalando pacientemente el hecho que nadie lo había descubierto.

Quizá comprenderán por qué fue colocada aquella pirámide de cristal sobre la Luna en lugar de sobre la Tierra. A sus constructores no les interesaban las razas que

estaban aún luchando por salir del salvajismo. Solamente les interesaría nuestra civilización si demostráramos nuestra aptitud para sobrevivir, cruzando el espacio y escapándonos así de nuestra cuna, la Tierra. Ése es el reto con que todas las razas inteligentes tienen que enfrentarse, más tarde o más temprano. Es un reto doble, pues depende a su vez de la conquista de la energía atómica y de la última elección entre la vida y la muerte.

Una vez que hubiésemos superado aquella crisis sería solamente cuestión de tiempo el que encontrásemos la pirámide y la abriésemos. Ahora habrán cesado sus señales, y aquellos cuyo deber sea éste estarán dirigiendo sus mentes hacia la Tierra. Quizá deseen ayudar a nuestra joven civilización. Pero deben ser muy, muy viejos, y los viejos tienen con frecuencia una envidia loca de los jóvenes.

No puedo nunca mirar la Vía Láctea sin preguntarme de cuál de aquellas compactas nubes de estrellas vendrán los emisarios. Si me perdonan un símil tan prosaico, diré que hemos roto el cristal de la alarma de bomberos, y no nos queda más que hacer sino esperar.

Y no creo que tengamos que esperar mucho.



ARTHUR C. CLARKE, (Arthur Charles Clarke; Minehead, Inglaterra 1917 - Colombo, Sri Lanka 2008). Escritor británico, autor de notables novelas y relatos de ciencia ficción en las que destaca la presencia de una cierta reflexión de talante filosófico. Interesado por la ciencia desde niño, no dispuso de recursos para seguir una carrera universitaria. Su participación en la Segunda Guerra Mundial, alistado en la Royal Air Force, le permitió sin embargo entrar en contacto con la nueva tecnología del radar.

Durante la contienda publicó sus primeros relatos sobre la conquista del espacio y, en un artículo aparecido en 1945 y acogido con escepticismo por los especialistas, predijo detalladamente el uso de un sistema de satélites para las telecomunicaciones. En estos primeros años como escritor usó el seudónimo de Charles Willis en tres ocasiones, y una vez el de E. G. O'Brien. Es especialmente conocido por obras como *Claro de Tierra* (*Earthlight*, 1955), *Nafragio en el mar selenita* (*A Fall of Moondust*, 1961) y *Las fuentes del paraíso* (*The Fountains of Paradise*, 1979).

Sobre la base de uno de sus cuentos cortos, *El centinela* (*The Sentinel*, 1951), preparó junto con S. Kubrick el guión para el filme de este último *2001: una odisea del espacio*, que apareció también como libro en 1968 y del que luego publicó dos secuelas en 1983 y 1988. El relato de Clarke insistía en la aparición de unas mentes superiores que, desde fuera de nuestra galaxia, se hacían indirectamente presentes en la Historia humana.

A la vez que empezó a ser reconocido como autor de ciencia ficción, desarrolló un considerable interés por la exploración submarina en Ceilán (la actual Sri Lanka),

y relató sus experiencias en este campo en una serie de libros de los que el primero fue *La costa de coral* (*The Coast of Coral*, 1956). En 1980 ganó el premio Hugo de novela por *Las fuentes del paraíso*. Poco después, una enfermedad degenerativa del sistema nervioso lo incapacitó para la escritura. Sin embargo, en 1989 publicó *Días increíbles*: una autobiografía de ciencia-ficción.

Clarke representa, como R. Bradbury, una corriente trascendentalista de la ciencia-ficción, en la que se expresa una visible nostalgia de la presencia divina en el cosmos. Otras obras del autor son *Odisea tres*, *Cánticos de la lejana Tierra*, *3001: odisea final*, *Cuentos del planeta Tierra*, *El león de Comarre*, *Tras la caída de la noche* y *Cita con Rama*.